Sherlock Holmes 02 - El signo de los cuatro



Conan Doyle, Arthur

Produced by calibre 0.6.13

Arthur Conan Doyle

2 - EL SIGNO DE LOS CUATRO

Table of Contents

Capítulo Primero

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo Primero

LA CIENCIA DE LA DEDUCCIÓN

Sherlock Holmes cogió la botella del ángulo de la repisa de la chimenea, y su jeringuilla hipodérmica de su pulcro estuche de tafilete. Insertó con sus dedos largos, blancos y nerviosos, la delicada aguja, y se remangó la manga izquierda de la camisa. Por un instante sus ojos se posaron pensativos en el musculoso antebrazo y en la muñeca, cubiertos ambos de puntitos y marcas de los innumerables pinchazos.

Finalmente, hundió en la carne la punta afilada, presionó hacia abajo el delicado émbolo y se dejó caer hacia atrás, hundiéndose en el sillón forrado de terciopelo y exhalando un profundo suspiro de satisfacción.

Durante muchos meses había presenciado esa operación tres veces al día; pero la costumbre no había llegado a conseguir que mi alma se adaptara. Por el contrario, cada día que pasaba me sentía más irritado ante ese espectáculo, y todas las noches sentía sublevarse mi conciencia al pensar que me había faltado valor para protestar. Una y otra vez me había yo prometido que le diría todo lo que pensaba al respecto; pero había algo en las maneras frías y despreocupadas de mi compañero que lo hacían el último de los hombres con quien uno siente deseos de tomarse algo parecido a una libertad. Su gran energía, sus maneras dominadoras y la experiencia que yo había tenido de sus muchas y extraordinarias cualidades, me restaban confianza y me hacían reacio a llevarle la contraria.

Sin embargo, ya fuese efecto del Beaune que yo había tomado en la comida, o la irritación adicional que me producía el proceder de extrema deliberación con que Holmes actuó, el hecho es que aquella tarde tuve la súbita sensación de que no podía contenerme por más tiempo, y le pregunté: -¿Qué ha sido hoy: morfina o cocaína?

Levantó sus ojos con languidez del viejo libro de caracteres

góticos que había abierto.

-Cocaína -dijo-. Una solución al siete por ciento. ¿Le gustaría probarla?

-De ninguna manera -contesté con brusquedad-. Mi constitución fisica no ha superado aún por completo la campaña del Afganistán. No puedo permitirme el someterla a ninguna tensión anormal.

Holmes sonrió ante mi vehemencia.

-Quizá tenga usted razón, Watson -dijo-. Me imagino que su influencia es físicamente mala. Sin embargo, encuentro que estimula y aclara la mente de una forma tan trascendental, que sus efectos secundarios me resultan pasajeros. -¡Reflexione usted! -le dije con viveza-. ¡Calcule el coste resultante! Quizá su mente se estimule y se excite, según usted asegura; pero es mediante un proceso patológico y morboso, que provoca cambios en los tejidos y que pudiera dejar al cabo de un tiempo una debilidad permanente. Sabe usted, además, qué funesta reacción se produce cuando finalizan sus efectos. Le aseguro que es un coste demasiado caro. ¿Para qué correr el riesgo, por un simple placer pasajero, de perder esas grandes facultades de que usted se halla dotado? Tenga presente que no le hablo tan sólo como amigo, sino como médico a una persona de cuyo estado físico es, hasta cierto grado, responsable.

No pareció ofenderse. Al contrario, juntó las puntas de ambas manos, apoyó los codos en los brazos del sillón, como quien siente deseos de conversar, y dijo:

-Mi mente se subleva ante el estancamiento. Proporcióneme usted problemas, proporcióneme trabajo, déme los más abstrusos criptogramas o los más intrincados análisis, y entonces me encontraré en mi ambiente. Podré prescindir de estimulantes artificiales. Pero odio la aburrida monotonía de la existencia.

Deseo fervientemente la exaltación mental. Ahí tiene por qué he elegido esta profesión a que me dedico, o, mejor dicho, por qué razón la he creado, puesto que soy el único en el mundo que la practica. -¿Ei único detective privado? -le dije, arqueando mis cejas.

-El único detective privado con consulta -me contestó-. Soy el más alto y supremo tribunal de apelación en el campo de la investigación criminal. Cuando Gregson, Lestrade o AthelneyJones se encuentran deshordados (lo que, dicho sea de paso, les ocurre muy seguido), me plantean a mí el asunto.

Yo examino los datos en calidad de experto y doy mi opinión de especialista. En tales casos no reclamo ningún mérito. Mi nombre no aparece en los periódicos. Mi mayor recompensa está en el trabajo mismo, en el placer de encontrar dónde ejercitar mis especiales facultades. Pero usted ya ha podido comprobar mis métodos de trabajo en el caso de Jefferson Hope.

-Desde luego que sí -contesté cordialmente-. Nada me ha impresionado tanto en toda mi vida. Le he dado incluso forma literaria en un folleto que lleva el título, algo fantástico, de Estudio en escarlata.

Holmes volvió tristemente la cabeza y dijo:

-Le eché un vistazo. Hablando con honradez, no puedo felicitarle por esa obra. La investigación es, o debería ser, una ciencia exacta, que es preciso tratar de la misma manera fría y carente de emoción que toda ciencia exacta. Usted ha intentado darle un tinte novelesco, y el resultado es idéntico al que se produciría si se tratase de una novela de amor o el rapto de una mujer por el procedimiento de la quinta proposición de Euclides.

-Lo novelesco estaba allí, y yo no podía modificar los hechos -le dije en tono de reconvención.

-Hay algunos hechos que sería necesario suprimir o, por lo menos, tratarlos manteniendo sus justas proporciones. El único aspecto que en ese caso merecería atención es el curioso razonamiento analítico de efecto a causa que me permitió desenredarlo.

Me dolió su crítica de una obra que yo había realizado especialmente para que resultase de su gusto.

Confieso también que me irritó el egoísmo que exigía que hasta la última línea de mi escrito estuviese consagrada a sus propias actividades especiales. Más de una vez, durante los años que llevaba conviviendo con Holmes en Baker Street, había

observado que bajo las maneras tranquilas y didácticas de mi amigo se ocultaba algo de vanidad. No hice, sin embargo, comentario alguno, y seguí sentado, acariciando mi pierna herida. No hace mucho una bala de fusil de los jezail me la había atravesado, y aunque no me impedía el caminar, sentía dolores siempre que el tiempo cambiaba.

-Mis actividades se han extendido en los últimos tiempos al continente -dijo Holmes, al cabo de un rato, mientras llenaba su vieja pipa de raíz de eglantina-. La semana pasada fui consultado por François le Villard; ya sabrá usted que es de los que últimamente están al frente del servicio francés de Investigación Criminal. Posee esa capacidad céltica de rápida intuición, pero es deficiente en el amplísimo campo de los conocimientos exactos esenciales para alcanzar los más altos desarrollos en su profesión. El caso tenía relación con un testamento e incluía algunos aspectos interesantes. Pude establecer un paralelismo con dos casos, ocurridos uno en Riga, en 1857, y el otro en Saint Louis, en 1871, los que le sugirieron la solución exacta. Aquí tiene usted la carta que recibí esta mañana, y en la que me da las gracias por la ayuda que le he prestado.

Mientras hablaba, me pasó una arrugada hoja de papel de cartas extranjero. Lo recorrí con la vista, descubriendo toda una profusión de signos de admiración, y de una serie de magnifiques, de coup-demaitre s y de tours-de-force, todo lo cual era un testimonio de la ardiente admiración del francés.

-Habla como un discípulo a su maestro.

-El valora en exceso mi ayuda -dijo Sherlock Holmes con despreocupación-. Es un hombre de capacidad notable. Posee dos de las tres cualidades necesarias al detective ideal: la facultad de observar y la facultad de deducir. Falla en cuanto a conocimientos, pero eso quizá le venga con el tiempo. En la actualidad, está traduciendo al francés mis pequeñas obras. -¿Las obras de usted? -¿No lo sabía? -exclamó, echándose a reír-. Sí, soy autor de varias monografías. Todas ellas sobre asuntos técnicos. Aquí tiene usted, por ejemplo, una "Sobre las diferencias entre la ceniza de las distintas clases de tabacos». Enumero en ella las clases de tabaco de ciento cuarenta formas de cigarros, cigarrillos y preparados para pipa, y lleva láminas en colores con los que se ilustran las diferencias de cada ceniza.

Es un punto que aparece todos los días en los procesos criminales, y hay ocasiones en que resulta de gran importancia como clave. Es evidente que el campo de búsqueda se estrecha de una manera notable si se puede afirmar de modo terminante que el autor de un asesinato es un individuo que fumaba tabaco lunkoh, de la India. El ojo adiestrado encuentra entre la ceniza oscura de un Trichinopoly y la pelusa blanca del ojo de pájaro una diferencia tan grande como entre una col y una patata.

-Tiene usted un talento extraordinario para las minucias -señalé.

-Sé apreciar su importancia. Aquí tiene mi monografía sobre las huellas de pies, con algunas observaciones sobre el empleo del yeso en la conservación de sus impresiones. He aquí también una curiosa obrita sobre la influencia del oficio en la forma de las manos, con litografías de manos de canteros, marinos, leñadores, cajistas de imprenta, tejedores y pulidores de diamantes. Es un asunto de gran interés práctico para el investigador científico, especialmente en los casos de cadáveres no identificados, o para la averiguación de los antecedentes de los criminales. Pero le estoy aburriendo a usted con mis manías.

-De ninguna manera -le contesté con viveza-. Es del mayor interés para mí, en especial después de haber tenido la oportunidad de observar la aplicación práctica que usted realiza de ello. Pero hace un instante habló usted de observar y deducir. Claro que, hasta cierto punto, lo uno comprende lo otro.

-En absoluto -contestó Holmes, reclinándose cómodamente en su sillón y arrojando de su pipa hacia lo alto espesas volutas de humo azulado-. Por ejemplo, la observación me hace ver que usted estuvo esta mañana en la oficina de correos de la calle Wigmore; pero la deducción me dice que, una vez allí, despachó un telegrama. -¡Exacto! -exclamé-. ¡Acertó en ambas cosas! Pero confieso que no me explico de qué manera ha llegado usted a saberlo. Fue un súbito impulso, y no he hablado del asunto con nadie.

-Es elemental -dijo él, riéndose al ver mi sorpresa-. Tan absurdamente sencillo es, que toda explicación resulta superflua; sin embargo, puede servir para definir los límites de la observación y la deducción. La observación me hace descubrir que lleva usted adherido a su calzado un poco de barro rojizo. Delante de la oficina de correos de la calle Wigmore Street

acaban de levantar, precisamente, el pavimento y sacado tierra, de un modo que resulta difícil no pisarla al entrar. Hasta donde llegan mis conocimientos, esa tierra es de un tono rojizo característico que no se encuentra en ningún otro lugar de los alrededores. Hasta ahí es observación. El resto es deducción. -¿Cómo dedujo lo del telegrama?

-Veamos. Yo sabía que usted no había escrito ninguna carta, porque estuve toda la mañana sentado frente de usted. Observo también ahí, en su pupitre abierto, que tiene usted una hoja de sellos y un buen paquete de postales. ¿A qué, pues, podía usted entrar en las oficinas de correos sino a expedir un telegrama? Eliminados todos los demás factores, el único que aún resta tiene que ser el verdadero.

-En este caso, ciertamente lo es -contesté tras una breve meditación-. Como usted dice, es de lo más sencillo. ¿Consideraría impertinente que sometiese a una prueba más severa sus teorías?

-Todo lo contrario -me contestó-; con ello me evitaría una segunda dosis de cocaína. Me encantaría ahondar en cualquier problema que usted pudiera someter a mi consideración.

-Le he oído decir que es difícil que un hombre use todos los días un objeto cualquiera sin dejar impresa en el mismo su personalidad, hasta el punto de que un observador avanzado sería capaz de leerla. Pues bien: aquí tengo un reloj que ha pasado a mi posesión hace poco tiempo. ¿Tendría usted la amabilidad de exponerme su opinión sobre el carácter y costumbre de su anterior dueño?

Le entregué el reloj con cierta alegría en mi interior, porque, en mi opinión, era imposible semejante comprobación, y me proponía que constituyese un correctivo para el tono algo dogmático que de cuando en cuando solía adoptar Holmes. Este hizo oscilar el reloj en su mano, observó con fijeza la esfera, abrió la tapa posterior y examinó la maquinaria, primero a simple vista y luego con una potente lupa. Yo tuve que hacer un esfuerzo para no sonreírme viendo la cara alicaída que puso cuando cerró de golpe la tapa y me devolvió el reloj.

-Apenas si hay dato alguno -me dijo-. El reloj ha sido limpiado no hace mucho, y esto me priva de los hechos más sugerentes.

-Tiene usted razón -le contesté-. Fue limpiado antes que me lo enviaran.

Acusé para mis adentros a mi compañero por utilizar una disculpa débil e insuficiente con que tapar su fracaso. Pero, ¿qué datos esperaría sacar del reloj si hubiese estado sucio?

-Pero el examen del reloj, aunque insatisfactorio, no ha sido del todo estéril -comentó, mirando al techo fijamente, con ojos soñadores y apagados-. Salvo corrección de su parte, yo diría que el reloj pertenecía a su hermano mayor y que éste lo heredó del padre de ustedes.

-Lo ha deducido, sin duda, de las iniciales H. W. que tiene en la tapa posterior, ¿verdad?

-En efecto. La W recuerda el apellido de usted. La fecha del reloj es de unos cincuenta años atrás, y las iniciales son tan viejas como el reloj. De modo, pues, que fue fabricado para la generación anterior a la actual. Lo corriente suele ser que las joyas pasen al hijo mayor; suele ser muy probable, además, que lleven el nombre del padre. Creo recordar que el padre de usted falleció hace muchos años; de modo, pues, que el reloj ha estado en manos de su hermano mayor.

-Hasta ahí va usted bien -le dije-. ¿Algo más?

-Este era hombre muy poco limpio y descuidado. Tenía muy buenas perspectivas en la vida, pero desperdició sus posibilidades, vivió durante algún tiempo en la pobreza, con cortos intervalos aislados de prosperidad y, por último, se dio a la bebida y falleció. Es todo lo que puedo deducir.

Me puse en pie de un salto y cojeé con impaciencia por la habitación, lleno de amargura en mi interior.

-Holmes, eso es indigno de usted -le dije-. No le hubiera creído capaz de rehajarse hasta ese punto.

Usted ha realizado investigaciones sobre la vida de mi desgraciado hermano, y ahora pretende haber deducido de alguna manera fantástica esos conocimientos que ya tenía. ¡No esperará que yo vaya a creer que usted ha leído todo eso en el

viejo reloj de mi hermano! Lo que ha hecho usted es poco amable y, para hablarle sin rodeos, tiene algo de charlatanismo.

-Mi querido doctor, le ruego que acepte mis disculpas -me contestó con amabilidad-. Yo, considerando el asunto como un problema abstracto, olvidé que podía resultar para usted algo personal y doloroso. Sin embargo, le aseguro que jamás supe que usted tuviera un hermano hasta el momento de entregarme su reloj. -¿Cómo entonces, y en nombre de todo lo más sagrado, llegó usted a esos hechos? Porque son exactos en todos sus detalles.

-Pues, ha sido una cuestión de buena suerte, porque yo sólo podía hablar de lo que constituía un mayor porcentaje de probabilidades. En modo alguno esperaba ser tan exacto.

-Pero ¿no fueron simples suposiciones?

-No, no; yo nunca hago suposiciones. Es ese un hábito repugnante, que destruye la facultad de razonar.

Eso que a usted le resulta sorprendente, lo es tan sólo porque no sigue el curso de mis pensamientos, ni observa los hechos pequeños de los que se pueden hacer deducciones importantes. Por ejemplo, empecé afirmando que su hermano era descuidado. Si se fija en la parte inferior de la tapa del reloj, observará que no sólo tiene dos abolladuras, si no que muestra, también, cortes y marcas por todas partes, debido a la costumbre de guardar en el mismo bolsillo otros objetos duros, como llaves y monedas. Desde luego, no es una gran hazaña dar por supuesto que un hombre que trató así tan magnífico reloj de cincuenta guineas tiene que ser un descuidado. Ni es tampoco una deducción traída por los cabellos la de que una persona que hereda una joya de semejante valor haya recibido también otros bienes.

Asentí con la cabeza para dar a entender que seguía su razonamiento con atención.

-Es cosa muy corriente, entre los prestamistas ingleses, cuando toman en prenda un reloj, grabar en el interior de la tapa, valiéndose de un punzón, el número de la papeleta. Resulta más seguro que una etiqueta, y no hay peligro de extravio o trastueque del número. En el interior de esta tapa, mi lupa ha descubierto no menos de cuatro de estos números. De esto se

deduce que su hermano se veía con frecuencia en apuros. Otra deducción secundaria: gozaba de momentos de prosperidad, pues de lo contrario no habría podido desempeñar la prenda. Por último, le ruego que se fije en la chapa posterior, la de la llave. Observe los millares de rasguños que hay alrededor del agujero, es decir, las señales de los resbalones de la llave de la cuerda. ¿Puede un hombre sobrio hacer todas estas marcas? Jamás encontrará usted reloj de un beodo que no las tenga. Le dan cuerda por la noche y hacen estos arañazos por la inseguridad de su mano. ¿Ve usted ningún misterio en todo esto?

-Está claro como la luz del día -contesté-. Lamento haber sido injusto con usted. Debí tener una fe mayor en sus maravillosas facultades. ¿Puedo preguntarle si tiene actualmente en marcha alguna investigación profesional?

-Ninguna. Eso explica lo de la cocaína. No puedo vivir sin hacer trabajar mi cerebro. ¿Para qué otra cosa vale la pena vivir? Mire por esa ventana. ¿No es un mundo triste, lamentable e improductivo? Vea cómo la niebla amarilla se desliza por las calles y penetra en las casas marrones y grises. ¿Puede existir nada tan irremediablemente prosaico y material? ¿De qué le sirve a uno tener facultades, doctor, si carece de campo en que poder ejercitarlas? El crimen es algo vulgar, la vida es vulgar, y no hay en este mundo lugar sino para las dotes vulgares de la persona.

Ya tenía yo la boca abierta para contestar a esa parrafada; pero, después de unos vivos golpecitos en la puerta, entró nuestra patrona con una tarjeta en la bandeja de latón.

-Una joven dama pregunta por usted, señor -dijo, dirigiéndose a mi compañero.

-Señorita Mary Morstan -leyó él-. ¡hum! No recuerdo este nombre y apellido. Diga a la señorita que suba, señora Hudson. No se retire, doctor. Preferiría que se quede.

Capítulo II

LA EXPOSICIÓN DEL CASO

La señorita Morstan entró en la habitación con paso firme y mucha compostura exterior en sus maneras.

Era una joven rubia, menuda, fina, con guantes largos y ataviada con el gusto más exquisito. Sus ropas, sin embargo, eran de una sencillez y falta de rebuscamiento que daban a entender unos recursos monetarios limitados. El vestido era de un gris ligeramente oscuro, sin adornos ni realces; llevaba un turbante pequeño de la misma tonalidad apagada, sin otro relieve que unas mínimas plumas blancas en un costado. Su rostro no poseía rasgos regulares ni belleza de complexión, pero la expresión del mismo era dulce y bondadosa, y sus grandes ojos azules eran singularmente espirituales y simpáticos. A pesar de que mi conocimiento de las mujeres abarca muchas naciones y tres continentes distintos, mis ojos nunca se habían posado en una cara que ofreciese tan claras promesas de una índole refinada y sensible. Cuando se sentó junto a Sherlock Holmes, no pude menos de fijarme en el temblor de sus labios, cómo se estremecían sus manos y exteriorizaba todos los síntomas de una intensa emoción interior.

-Señor Holmes -dijo la joven-, he venido a verle porque fue usted quien en cierta ocasión hizo posible que la señora Cecil Forrester, con la que yo estaba empleada, pudiera solucionar una pequeña complicación doméstica, quedando muy impresionada de la bondad y la habilidad demostradas por usted.

-La señora Cecil Forrester -repitió Holmes, pensativo-. En efecto, creo que le hice un ligero servicio.

Sin embargo, si mal no recuerdo, el caso aquel fue muy sencillo.

-A ella no se lo pareció. Pero del mío, al menos, no podrá usted decir eso mismo. Dificilmente consigo yo imaginar nada más extraño, menos explicable, que la situación en que me encuentro.

Holmes se frotó las manos y sus ojos relucieron. Se inclinó hacia adelante; los rasgos de su cara, marcados y aguileños, adquirieron una expresión de extraordinaria concentración y dijo en tono seco y propio de hombre práctico:

-Exponga su caso.

Yo experimenté la sensación de que mi situación allí resultaba embarazosa, y dije, levantándome de la silla:

-Ustedes sabrán, sin duda, disculparme.

Vi con sorpresa que la joven alzaba su mano enguantada para detenerme y que decía:

-Si el amigo de usted tiene la bondad de seguir aquí, me haría con ello un inapreciable servicio.

Volví a dejarme caer en mi sillón, y ella prosiguió:

-Los hechos, expuestos brevemente, son los siguientes: mi padre era oficial de un regimiento en la India, y me envió a Inglaterra siendo muy niña. Mi madre había fallecido, y yo carecía de parientes aquí. Sin embargo, fui colocada en un cómodo internado de Edimburgo, y en él permanecí hasta los diecisiete años.

En 1878 mi padre, veterano capitán de su regimiento, obtuvo un permiso de doce meses y vino a Inglaterra. Me telegrafió desde Londres que había llegado sin novedad y dándome órdenes de venir inmediatamente a la capital, diciéndome que se hospedaba en el hotel Langham. Recuerdo que su mensaje rebosaba cariño y amor. Al llegar a Londres, me hice conducir en coche al Langham; en este hotel me informaron que el capitán Morstan se hospedaba allí, en efecto, pero que había salido la noche anterior y aún no había regresado. Le esperé durante todo el día, sin tener noticias suyas. Aquella noche, por consejo del gerente del hotel, me puse en comunicación con la policía, y a la mañana siguiente pusimos anuncios en todos los periódicos. Nuestras pesquisas no obtuvieron resultado; y desde entonces hasta hoy no he vuelto a saber nada de mi desdichado padre. Había venido a Inglaterra, con el corazón rebosante de esperanza, deseoso de un poco de paz, alguna comodidad, y en lugar de eso…

La joven se llevó la mano a la garganta, y un sollozo aliogado le impidió seguir hablando. -¿Fecha? -preguntó Holmes, abriendo su libro de notas.

-Desapareció el 3 de diciembre de 1878..., hace casi diez años. -¿Qué fue de su equipaje?

-Quedó en el hotel. Nada encontramos en él que sugiriese una clave: algunas ropas, algunos libros y gran número de curiosidades de las islas Andaman. Había sido uno de los oficiales encargados allí de la vigilancia de los convictos. -¿Tenía algún amigo en Londres?

-Unicamente sabemos de uno, el mayor Sholto, de su propio regimiento, el 34 de Infantería de Bombay.

El mayor había obtenido su retiro poco tiempo antes y residía en Upper Norwood. Nos pusimos en comunicación con él, como es natural; pero ignoraba incluso que su compañero de armas se encontrase en Inglaterra.

-Es un caso singular -comentó Holmes.

-Todavía no he explicado la parte más extraordinaria. Hará seis años, el 4 de mayo de 1882, para ser más exacta, apareció en el Times un anuncio en el que se solicitaba la dirección de la señora Mary Morstan, asegurando que se beneficiaría dándose a conocer. El anuncio no daba nombre ni dirección. Por aquel entonces acababa yo de colocarme en la casa de la señora Cecil Forrester como institutriz. Por consejo de dicha señora publiqué mi dirección en la columna de anuncios. El mismo día me llegó por correo una cajita de cartón que resultó contener una perla muy voluminosa y brillante. Ni una sola palabra escrita acompañaba al envío. Desde entonces, y en idéntica fecha, ha aparecido todos los años una caja por el estilo con una perla parecida, pero sin la menor clave respecto a quien la envía. Un especialista dictaminó que eran de una variedad rara y de gran valor. Pueden ver ustedes mismos que las perlas son hermosísimas.

La joven abrió, mientras hablaba, una caja plana, y me mostró seis de las perlas más finas que yo había visto hasta entonces.

-Su relato resulta por demás interesante -dijo Sherlock Holmes-. ¿Le ha sucedido algo más?

-Sí, y precisamente hoy. Por eso he venido a verle. Esta mañana recibí esta carta, que quizá prefiera leer usted mismo.

-Gracias -dijo Holmes-. El sobre también, por favor. Matasellos de Londres S. W., fecha, 7 de julio. ¡hum! En el ángulo veo la huella de un dedo pulgar, probablemente el del cartero. Papel de la mejor calidad. Sobre de los de seis peniques el paquete. Es curioso este hombre en sus gustos de papelería. Sin encabezamiento.

Vaya esta noche a las siete a la tercera columna, contando desde la izquierda, en la parte exterior del teatro Lyceum. Si desconfía, hágase acompañar de dos amigos. Usted ha sido perjudicada, y se le hará justicia. No se haga acompañar de la policía. Si lo hace, todo será inútil. Un amigo suyo desconocido. ¡Pues sí que resulta un pequeño misterio muy interesante! ¿Qué se propone hacer usted, señorita Morstan?

-Eso es precisamente lo que quiero preguntar a usted.

-En ese caso, iremos con toda seguridad usted, yo y...; sí..., ¿por qué no el doctor Watson es el hombre indicado. Quien escribe habla de dos amigos. El doctor Watson y yo hemos trabajado juntos antes de ahora.

-Pero ¿querrá venir? -preguntó la joven, con voz y expresión enternecedora.

-Será para mí un orgullo y una dicha el poder serle de utilidad -exclamé fervorosamente.

-Son ustedes muy amables -contestó ella-. Yo he llevado una vida retirada, y no cuento con amigos a quienes recurrir. Bastará con que yo esté aquí a las seis, ¿verdad?

-Pero no más tarde -dijo Holmes-. Sin embargo, aún hay otra cuestión. ¿Es esta letra igual a la que traían las cajas de las perlas?

-Las he traído -contestó ella, sacando media docena de trozos de papel.

-Es usted, sin duda alguna, una cliente modelo. Tiene una intuición muy correcta. Veamos ahora. - Holmes extendió los papeles encima de la mesa, y fue clavando en ellos, uno después de otro, miradas rápidas y penetrantes, hasta que dijo-:

Fuera de la carta, las otras letras son fingidas; pero no cabe duda alguna respecto a su autor. Fíjense de qué manera incontenible se. destaca la «y» y vean el remolino final de la «s». Pertenecen, indudablemente, a la misma mano. Señorita Morstan, no me agradaría despertar falsas esperanzas; pero ¿hay en esta escritura algún parecido con la de su padre?

-Nada se le pueda parecer menos.

-Esperaba esa respuesta. La esperaremos, pues, a las seis. Permítarne que me quede con estos papeles, para poder examinarlos más a mi gusto de aquí a esa hora. Son nada más que las tres y media. ¿ Au revoi r, entonces?

-Au revoi r -dijo nuestra visitante, y dirigiéndonos una mirada viva y amable, primero al uno y luego al otro, volvió a guardar en su seno la caja de las perlas y se retiró apresuradamente.

De pie junto a la ventana, la observé alejarse a paso vivo por la calle, hasta que su turbante gris y las plumas blancas no fueron ya sino un punto entre la oscura multitud. -¡Qué mujer tan extraordinariamente atractiva! -exclamé, volviéndome hacia mi compañero.

Este había encendido otra vez su pipa y estaba recostado en su sillón con los párpados entornados. -¿De veras? -dijo con languidez-. No me fijé.

-Es usted un autómata, una máquina calculadora -exclamé-. Hay momentos en que observo en usted un algo positivamente inhumano.

Holmes se sonrió amablemente, y dijo:

-Es de primordial importancia no dejar que nuestro razonamiento resulte influido por las cualidades personales. Para mí el cliente es una simple unidad, un factor del problema. Los factores personales son antagónicos del razonar sereno. Le aseguro que la

mujer más encantadora que yo conocí fue ahorcada por haber envenenado a tres niños pequeños para cobrar el dinero del seguro; en cambio, el hombre fisicamente más repugnante de todos mis conocidos es un filántropo que lleva gastado casi un cuarto de millón de libras en los pobres de Londres.

-Sin embargo, en este caso...

-Nunca excepciones. La excepción rompe la regla. ¿Tuvo usted alguna vez oportunidad de estudiar los caracteres de la escritura? ¿Qué saca usted de la letra de este individuo?

-Es una letra clara y regular -contesté-. Se trata de un hombre con hábitos de negociante y que posee cierta fuerza de carácter.

Holmes movió negativamente la cabeza, y dijo:

-Observe estas letras largas. Apenas si superan a las demás. Esta «d» pudiera pasar por una «a», y esta «1» por una «e». Las personas de carácter diferencian siempre sus letras largas, por muy ilegiblemente que escriban. Se observa aquí vacilación en la «k» y no hay en las letras mayúsculas sentimiento de propia estimación. Voy a salir ahora. Es preciso que haga algunas consultas. Permítame que le recomiende este libro, uno de los más notables que se han escrito: El martirio del hombre, por Winwood Reade. Estaré de vuelta antes de una hora.

Me senté junto a la ventana con el libro en las manos, pero mis pensamientos se hallaban muy lejos de las audaces especulaciones del escritor. Mi mente iba hacia nuestra reciente visitante, hacia sus sonrisas, hacia el tono profundo y vibrante de su voz, hacia el extraño misterio que se cernía sobre su vida. Si en el momento de la desaparición de su padre tenía ella diecisiete años, ahora debía tener veintisiete..., edad muy agradable, porque en ella la juventud ha perdido ya su presunción y se encuentra algo calmada por la experiencia. Permanecí, pues, sentado y haciendo cábalas, hasta que irrumpieron en mi cabeza pensamientos tan peligrosos que me apresuré a sentarme ante mi escritorio y a hundirme con furia en el tratado más reciente sobre patología. ¿Quién era yo, médico del ejército, con una pierna herida y una cuenta bancaria más débil todavía, para atreverme a pensar en tales cosas? Aquella joven era una unidad, un factor y nada más si mi porvenir era sombrío, lo mejor que podía hacer era afrontarlo como un

hombre, sin intentar alegrarlo con simples caprichos de la imaginación.

Capítulo III

EN BUSCA DE UNA SOLUCIÓN

Holmes regresó al dar las cinco y media. Estaba alegre, interesado y ansioso, un estado de espíritu que se alternaba en él con accesos de la más negra depresión.

-Este asunto no encierra un gran misterio -dijo, tomando la taza de té que yo le había servido-. Los hechos sólo parecen presentar una única explicación. -¡Cómo! ¿Tiene usted ya resuelto el misterio?

-Eso sería decir demasiado. De todas formas, he descubierto un hecho sugerente. Un hecho solo, pero muy sintomático. Hay que agregarle todavía los detalles. Al examinar los archivos del Times, he descubierto que el mayor Sholto, de Upper Nerwood, que perteneció al 34 de Infantería de Bombay, falleció el 28 de abril de 1882.

-Holmes, quizá sea yo muy obtuso; pero no veo qué es lo que ese hecho le sugiere. -¿Que no? Me sorprende usted. Considérelo, pues, de esta manera. El capitán Morstan desaparece. La única persona de Londres a la que podía haber visitado es el mayor Sholto. El mayor Sholto niega saber que aquél se encontrase en Londres. Cuatro años más tarde Sholto muere. Antes que transcurriese una semana de su muerte, la hija del capitán Morstan recibe un valioso regalo, que se repite año tras año, y que culmina ahora en una carta que la describe como perjudicada. ¿A qué otro perjuicio puede referirse sino al hecho de haberse visto? ¿Y por qué razón empiezan los obsequios inmediatamente después del fallecimiento de Sholto, sino porque ese heredero del mayor sabe algo del misterio y desea ofrecer una compensación? ¿Tiene usted, acaso, otra hipótesis alternativa que encaje con los hechos? -¡Qué extraña compensación! ¡Y qué manera más extraña de hacerla! ¿Y por qué, además, escribe una carta ahora y no hace seis años? Agregue a esto que la carta habla de hacer justicia a la joven. ¿Qué justicia es posible hacerle? Sería demasiado el suponer que su padre vive todavía.

No hay, en el caso de la joven, otra injusticia que nosotros sepamos.

-Hay ciertas dificultades; indiscutiblemente que las hay -dijo Sherlock Holmes, pensativo-; pero nuestra expedición de esta noche las resolverá todas. Vaya; ahí llega un coche de cuatro ruedas, y la señorita Morstan dentro del coche. ¿Está usted listo? Pues entonces lo mejor que podemos hacer es bajar, porque ya pasa un poco de la hora indicada.

Eché mano a mi sombrero y al más sólido de mis bastones, pero me fijé en que Holmes cogía su revólver del cajón y lo deslizaba en un bolsillo. Con toda evidencia, pensaba que el trabajo de aquella noche podía ser serio.

La señorita Morstan venía embozada en un manto oscuro, y su expresiva cara estaba serena pero pálida.

Habría sido más que mujer si no hubiese experimentado cierto desasosiego ante la empresa sorprendente en que íbamos a embarcarnos; pero su dominio de sí misma era perfecto, y contestó con facilidad a las pocas preguntas adicionales que Sherlock Holmes le hizo.

-El mayor Sholto era un gran amigo de papá -dijo-. Las cartas de éste venían llenas de alusiones al mayor. Ambos estaban al mando de las fuerzas que había en las islas Andamán; de modo, pues, que estaban siempre juntos. A propósito: en la mesa de papá encontramos un documento curioso que nadie pudo entender. No creo que tenga importancia alguna, pero pensé que quizás usted querría verlo, y lo traje. Aquí lo tiene usted.

Holmes desdobló con cuidado el documento y lo alisó encima de sus rodillas. Luego procedió a examinarlo metódicamente, de cabo a rabo, con su lupa.

-El papel es de fabricación manual de la India -comentó-. Además, estuvo en alguna ocasión clavado en un tablero. El diagrama que se ve en él parece el plano de parte de una gran construcción con numerosas salas, corredores y pasillos. En un punto del diagrama hay una crucecita hecha con tinta roja, y encima de ella, escrito en lápiz, casi borrado, «3,37 desde la mzquierda'. En el ángulo de la izquierda se ve un extraño jeroglífico de cuatro cruces alineadas y los brazos de la misma

tocándose. Junto al mismo hay escrito, en caracteres muy burdos y ordinarios, `El signo de los cuatro: Jonathan Small, Mahomet Singh, Abdullah Khan, Dost Akbar'. Reconozco que no veo qué relación pueda tener esto con el asunto.

Sin embargo, no cabe duda de que se trata de un documento importante. Ha sido guardado cuidadosamente en una agenda de notas; veo que está tan limpio de un lado como de otro.

-Lo encontramos en la agenda de notas de mi padre.

-Pues entonces, señorita Morstan, guárdelo con cuidado, porque quizá nos resulte útil. Empiezo a sospechar que es posible que este asunto nos resulte mucho más profundo y sutil que lo que al principio imaginé. Es preciso que vuelva a reconsiderar mis ideas.

Se recostó en el coche, y pude ver, juzgando por su frente arrugada y la expresión de ausencia de sus ojos, que Holmes meditaba intensamente. La señorita Morstan y yo conversamos en voz baja acerca de nuestra expedición y su posible desenlace, pero nuestro acompañante mantuvo su impenetrable reserva hasta el final de viaje.

Era un anochecer del mes de setiembre; no habían dado todavía las siete, pero el día había estado encapotado y una bruma densa y húmeda se extendía a poca altura sobre la gran ciudad. Nubes de color barroso flotaban tristemente sobre las enfangadas calles. A lo largo del Strand las lámparas del alumbrado no eran sino manchones nebulosos de luz difusa, que proyectaban un débil brillo circular sobre las pegajosas aceras. El brillo amarillento de los escaparates se alargaban por la atmósfera envuelta en un vaho vaporoso y difundía por la concurrida calle una luminosidad triste y de variada intensidad. Tuve la sensación de que había algo terrible y fantasmal en el cortejo sin fin de caras que pasaban flotando al través de aquellas estrechas franjas de luz; rostros tristes y alegres, desgraciados y felices. Al igual de lo que le ocurre a todo el género humano, pasaban de las tinieblas a la luz y volvían otra vez a las tinieblas.

Yo no me dejo impresionar fácilmente; pero aquel anochecer, melancólico y pesado, se combinaba con el extraordinario asunto en que nos habíamos lanzado, alterando mis nervios y haciéndome sentir deprimido.

Por las maneras de la señorita Morstan me di cuenta de que ella era víctima de idéntico sentimiento.

Holmes era el único capaz de sobreponerse a estas insignificantes influencias. Tenía abierta sobre las rodillas su agenda de notas, y de cuando en cuando trazaba cifras y notas en el mismo a la luz de su linterna de bolsillo.

Junto al teatro Lyceum, la multitud se apretujaba ya ante las puertas laterales. Frente a las de la fachada resonaba el estrépito de una corriente continua de coches de dos y de cuatro ruedas, de los que se apeaban caballeros de blanca pechera y señoras ataviadas de chales y adornos de brillantes. Sin darnos casi tiempo a llegar a la tercera columna, que era el sitio de nuestra cita, se nos acercó un hombre pequeño, moreno y enérgico, con traje de cochero. -¿Son ustedes las personas que vienen con la señorita Morstan? -preguntó.

-Yo soy la señorita Morstan, y estos dos caballeros son amigos míos -dijo la joven.

El hombre nos miró de soslayo con ojos extraordinariamente penetrantes e interrogadores.

-Usted me perdonará, señorita -dijo con tono algo terco-, pero tengo órdenes de pedirle que me dé su palabra de honor de que ninguno de sus acompañantes es agente de la policía.

-En cuanto a eso, le doy mi palabra -contestó ella.

El hombre dio entonces un agudo silbido; al oírlo, un pilluelo condujo hasta donde estábamos un coche de cuatro ruedas y abrió la portezuela. El hombre que nos había hablado subió al pescante, mientras nosotros ocupábamos nuestros sitios en el interior. Apenas nos habíamos sentado, cuando el cochero fustigó a su caballo y nos lanzamos a todo galope por las calles brumosas.

La situación era extraña. Nos dirigíamos hacia un lugar desconocido, para llevar a cabo una misión desconocida. Sin embargo, o bien la invitación era una trampa, hipótesis que resultaba inconcebible, o, de lo contrario, teníamos buenas razones para pensar que de aquella excursión pudieran estar

pendientes importantes consecuencias. La manera de conducirse la señorita Morstan era tan resuelta y serena como siempre. Yo intenté alegrarla y divertirla con recuerdos de mis aventuras en el Afganistán; pero, si he de decir la verdad, yo mismo me encontraba tan excitado por nuestra situación, y sentía tal curiosidad por saber cuál sería nuestro destino, que mis anécdotas resultaban un poco embarrulladas. Hoy mismo ella suele contar que yo le relaté una anécdota conmovedora en la que se hacía referencia a un mosquete que asomó al interior de mi tienda a altas horas de la noche, y al que yo le disparé con un cachorro de tigre de dos cañones. Al principio tenía cierta idea de la dirección que llevaba el coche, pero muy pronto, entre la rapidez con que marchábamos, la niebla y mis conocimientos limitados de Londres, me desorienté, y ya nada supe, salvo que parecía que nuestro viaje resultaba muy largo. Sherlock Holmes, sin embargo, no se equivocaba nunca e iba mascullando los nombres de las calles, conforme el coche cruzaba traqueteante por plazas y entraba y salía de tortuosos callejones.

-Rochester Row -iba diciendo-. Ahora Vincent Square. Ahora desembocamos en Vauxhall Bridge Road. Vamos, por lo visto, en dirección a la orilla del Surrey. Sí, lo que yo pensaba. Ahora cruzamos el puente. Se ven destellos del río.

Desde luego, descubrirnos una fugaz visión de un trozo del Támesis, con las lámparas del alumbrado brillando sobre las anchas y silenciosas aguas; pero nuestro coche avanzaba rápidamente, y no tardamos en perdernos en el laberinto de calles de la otra orilla.

-Wandsworth Road -dijo mi compañero-. Priory Road, Larkhall Lane, Stockwell Place, Robert Street, Cold Harbour Lane. Por lo visto, no se nos lleva hacia regiones muy elegantes.

En efecto, habíamos penetrado en una zona sospechosa y repelente. Largas hileras de monótonas casas de ladrillo, que sólo interrumpía el resplandor ordinario y la luminosidad chillona de las casas de mala nota, situadas en alguna que otra esquina. Se sucedieron luego manzanas de casas particulares de dos plantas, todas ellas con su miniatura de jardín delante; y otra vez las hileras interminables de espantosos edificios de ladrillo nuevo y llamativo, todo ello como tentáculos monstruosos que una ciudad gigantesca proyectaba hacia el campo. Al fin el coche se detuvo, en la tercera casa de una nueva explanada. Ninguna de

las casas restantes estaba habitada, y aquella en que hicimos alto se hallaba tan a oscuras como las demás, a excepción de un apagado resplandor en la ventana de la cocina. Sin embargo, y respondiendo a nuestra llamada, un criado indio abrió instantáneamente la puerta; llevaba turbante amarillo, ropas blancas muy amplias y un sash amarillo. Resultaba curiosamente incongruente aquella figura oriental encuadrada en la entrada de una casa en un suburbio de tercera clase.

-El sahib (2) los espera -dijo. Pero, sin darle tiempo a terminal; nos llegó desde alguna habitación interior una voz chillona y cantarina, que gritaba:

-Hazlos pasar aquí, khitmulgar. (3) Tráelos aquí en seguida.

(2) Sahih: amo; (3) khitmulgar: despensero.

Capítulo IV

LA HISTORIA DEL HOMBRE CALVO

Seguimos al indio a lo largo de un sórdido y vulgar pasillo, mal alumbrado y peor amueblado, hasta que llegamos a una puerta situada a la derecha, que él abrió de par en par. Surgió de ella un resplandor de luz amarilla, y en el centro de aquella luminosidad vimos en pie a un hombre pequeño, de gran cabeza, con una franja de erizados cabellos rojos alrededor de la misma, y sobresaliendo por encima de ella, corno el pico de una montaña asoma sobre un bosque de abetos, una brillante calva. En pie como estaba, se retorcía las manos, y los rasgos de su cara se hallaban en un respingo constante, tan pronto sonrientes como ceñudos, pero ni un solo momento inmóviles. La naturaleza lo había dotado de un labio colgante y de una hilera demasiado visible de dientes amarillos e irregulares, que procuraba inútilmente ocultar pasándose de continuo la mano por la parte inferior de la cara. No obstante su considerable calva, daba la impresión de ser joven. En realidad, apenas si había alcanzado los treinta años.

-Servidor de usted, señorita Morstan -repetía una y otra vez con voz delgada y chillona-. Servidor de ustedes, caballeros. Pasen, por favor, a mi pequeño sancta sanctórum. Es pequeño, señorita; pero está acondicionado a gusto mío. Es un oasis de arte en el árido desierto del sur de Londres.

Nos quedamos atónitos ante el aspecto que presentaba la habitación a la que nos había invitado a entrar.

Parecía tan fuera de lugar en aquella casa lamentable como un diamante de gran pureza en una montura de latón. Las paredes estaban revestidas de ricos y brillantes cortinajes y tapices, recogidos en pliegues aquí, y allá para exhibir alguna pintura magníficamente enmarcada o un jarrón oriental. La alfombra era de negro ámbar, tan blanda y tan tupida que el pie se hundía agradablemente dentro de ella, lo mismo que en un lecho de musgo. Dos anchas pieles de tigre, tendidas a través de la

habitación, aumentaban la impresión de lujo oriental, lo mismo que la hookah (4) o pipa turca, que se alzaba sobre una esterilla en el rincón. En el centro del cuarto, colgada de un cable dorado casi invisible, veíase una lámpara con forma de una paloma de plata. Al arder impregnaba la atmósfera de un sutil y aromático perfume.

(4) Hookah. También llamada narguile o pipa de agua.

-Thaddeus Sholto -dijo el hombrecillo, siempre entre respingos y sonrisas-. Ese es mi nombre. Desde luego, usted es la señorita Morstan. Y estos caballeros...

-Este es el señor Sherlock Holmes, y ese otro el doctor Watson. -¡Cómo!, ¿un doctor? -exclamó, muy nervioso-. ¿Lleva usted su estetoscopio? ¿Podría pedirle..., tendría usted la amabilidad? Abrigo grandes dudas sobre el estado de mi válvula mitral, y si usted tuviere las amabilidad... De mi aorta estoy seguro, pero me agradaría conocer su opinión acerca de la mitral.

Le ausculté el corazón, según me pedía; pero no encontré trastorno alguno, fuera de que era víctima de un arrebato de temor, porque temblaba de la cabeza a los pies.

-Creo que su estado es normal -le dije-. No tiene ningún motivo para in tranquilizarse.

-Señorita Morstan, usted disculpará mi ansiedad -dijo con volubilidad-. Soy muy aprensivo y, desde hace mucho, abrigo recelos acerca del estado de esa válvula. Me encanta saber que son infundados. Si el padre de usted, señorita Morstan, hubiese tenido cuidado de no exigir demasiado a su corazón, quizá viviese todavía.

Sentí impulsos de abofetearle, tal indignación me produjo aquella referencia indiferente y hecha como de paso sobre un asunto tan delicado. La señorita Morstan se sentó, y su rostro se empalideció hasta el punto que sus labios parecieron lívidos.

-El corazón me decía que había muerto -dijo ella.

-Puedo darle todos los datos necesarios -dijo el hombre-, y lo que es más, estoy en situación de hacerle justicia, y se la haré, diga lo

que diga el hermano Bartholomew. Me alegro mucho de que se hallen presentes estos amigos suyos, no sólo porque le sirven de escolta, sino también para que sean testigos de lo que me dispongo a hacer y decir. Entre los tres podemos plantar cara al hermano Bartholomew. Pero que no intervenga gente extraña: ni policías ni funcionarios. Podemos arreglarlo todo entre nosotros de una manera satisfactoria, sin entremetimientos de nadie. Nada molestaría tanto al hermano Bartholomew como cualquier tipo de publicidad.

Se sentó en un bajo canapé, y nos observó interrogativamente, con parpadeos de sus ojos azules, débiles y acuosos.

-Por mi parte -dijo Holmes-, no pasará de mí lo que usted vaya a decirnos.

Yo asentí con la cabeza para mostrar mi conformidad. Entonces, aquel hombre dijo: -¡Perfectamente! ¡Perfectamente! ¿Me permite ofrecerle un vaso de Chianti, señorita Morstan? ¿O de Tokay? Es lo único que tengo. ¿Quieren que descorche una botella? ¿No? Pues entonces espero que no pondrán inconveniente al tabaco, al aroma balsámico del tabaco oriental. Estoy un poco nervioso y mi hookah me resulta un sedante inapreciable.

Arrimó una bujía al gran receptáculo de la pipa turca y el humo burbujeó alegremente a través del agua rosada. Los tres nos sentamos en semicírculo, adelantando las cabezas y apoyando las barbillas en las manos, mientras aquel hombrecillo, extraño y gesticulante, de cabeza grande y lustrosa, despedía inquietas bocanadas en el centro.

-Cuando me decidí a hacerle a usted este relato -dijo-, podía haberle dado mi dirección; pero temí que quizá hiciese caso omiso de lo que yo le pedía y se hiciese acompañar de personas desagradables. Me tomé, por consiguiente, la libertad de citarla de manera que mi servidor, Williams, pudiera verla antes. Yo tengo absoluta confianza en la discreción de ese hombre, y tenía órdenes de que, si algo no le satisfacía, no seguir adelante con el asunto. Usted disculpará estas precauciones; soy hombre de gustos algo retraídos, y hasta pudiera decir que refinados, y no hay nada menos estético que un policía. Huyo por impulso natural de todas las formas de burdo materialismo. Pocas veces me pongo en contacto con las multitudes. Como ustedes ven, vivo en medio de una cierta atmósfera de elegancia. Podría aplicarme

el calificativo de protector de las artes. Estas son mi debilidad. Ese paisaje es un Corot auténtico, y si bien es cierto que quizás un entendido pudiera verter alguna duda acerca de este Salvator Rosa, no puede haberla acerca del Bouguereau. Soy un entusiasta de la escuela moderna francesa.

-Usted me disculpará, señor Sholto -dijo la señorita Morstan-, pero si me encuentro aquí es a petición suya y para enterarme de algo que usted desea poner en conocimiento mío. Es muy tarde y me agradaría que esta entrevista fuese lo más breve posible.

-En el mejor de los casos, requerirá algún tiempo -contestó el hombre-, porque no tendremos más remedio que marchar a Norwood para ver a mi hermano Bartholomew. Tendremos que ir e intentar imponernos a Bartholomew. Está muy enojado conmigo por haber adoptado el camino que me ha parecido correcto. La noche pasada cambiamos palabras muy fuertes. No pueden ustedes imaginarse qué hombre más terrible es cuando se enfada.

-Si hemos de ir a Norwood, quizá sería mejor que nos pusiésemos en camino de inmediato -me aventuré a apuntar.

Aquel hombre se echó a reír hasta que sus orejas se enrojecieron por completo, y exclamó:

-Poco adelantaríamos con ello. No sé qué diría él si yo les llevara de manera tan brusca. No, es preciso que antes los prepare haciéndoles ver nuestras respectivas posiciones. En primer lugar, debo decirles que en este asunto hay varios puntos que yo mismo ignoro. Sólo puedo exponer ante ustedes los hechos hasta donde los conozco.

«Ya habrán adivinado que mi padre fue el mayor John Sholto, que perteneció al ejército de la India. Se retiró hace unos once años y se instaló en Pondicherry Lodge, en Upper Norwood. En la India había prosperado, y se trajo con él una cantidad importante de dinero, una abundante colección de curiosidades y un servicio completo de criados nativos. Con todos estos recursos se compró una casa, y vivió con gran lujo. Mi hermano gemelo Bartholomew y yo éramos los únicos niños. »Recuerdo perfectamente la sensación que produjo la desaparición del capitán Morstan. Leímos la información detallada en los periódicos y, sabedores de que había sido amigo de nuestro padre, hablamos con toda

libertad del caso en su presencia. Nuestro padre se unía a nosotros en las hipótesis sobre lo que podía haberle ocurrido. Ni por un instante sospechamos que tuviese él, como lo tenía, oculto aquel secreto en su propio corazón, y que era el único que sabía lo ocurrido a Arthur Morstan.

«Sin embargo, sí que sabíamos que se cernía sobre nuestro padre algún misterio, algún peligro concreto.

Tenía mucho miedo de salir de casa solo, y había contratado a dos mercenarios en calidad de porteros de Pondicherry Lodge. Uno de ellos era Williams, o sea, quien los trajo a ustedes en coche esta noche. Fue, en otros tiempos, campeón de peso ligero de Inglaterra. Nuestro padre no nos contó nunca qué era lo que temía, pero experimentaba una repulsión extraordinaria hacia cualquier hombre con una pata de palo. En cierta ocasión llegó incluso a disparar su revólver contra un hombre que la tenía, y que resultó ser un inofensivo comerciante que visitaba las casas en busca de pedidos. Tuvimos que pagar una fuerte cantidad para echar tierra al asunto. Mi hermano y yo creíamos que se trataba de una simple manía de mi padre, pero los acontecimientos posteriores nos hicieron cambiar de opinión. »A principios de 1882, mi padre recibió una carta de la India que le produjo una gran emoción. Al abrirla estuvo a punto de desmayarse en la mesa del desayuno, y desde aquel día enfermó y acabó muriendo.

Jamás logramos descubrir qué era lo que decía la carta; pero sí pude ver yo, mientras mi padre la tenía en su mano, que era breve y estaba escrita con una letra muy confusa. Nuestro padre padecía desde hacía años de una dilatación del bazo; pero desde ese momento empeoró rápidamente, y hacia fines de abril fuimos informados de que estaba desahuciado y de que deseaba hacernos una comunicación postrera.

«Cuando entramos en su habitación se había incorporado en la cama, apoyado en almohadas, y respiraba con gran dificultad. Nos pidió que cerrásemos la puerta y que nos colocásemos a uno y otro lado de la cama. Entonces, cogiéndonos de la mano, y con voz entrecortada, tanto por la emoción como por el dolor, nos hizo una extraordinaria declaración. Intentaré repetírsela a ustedes con sus mismas palabras. »-En este instante supremo sólo hay una cosa que me abruma el alma -dijo-. Esa cosa es la manera como me he portado con la pobre huérfana de Morstan. La condenada avaricia, que en el transcurso de toda mi vida ha

constituido mi constante pecado, me ha hecho retener un tesoro del que la mitad por lo menos le pertenece a ella. Y con todo no he hecho uso alguno del mismo, porque la avaricia es algo ciego y estúpido. La simple sensación de poseerlo me era tan inapreciable, que no podía soportar la idea de compartir el tesoro con otra persona. ¿Veis ese rosario con cuentas de perlas que hay junto al frasco de quinina? Pues ni siquiera de él fui capaz de desprenderme, a pesar de haberlo sacado con el propósito de enviárselo. Vosotros, hijos míos, entregaréis a esa joven una parte equitativa del tesoro de Agra. Pero no le enviéis nada, ni siquiera el collar, hasta después que yo haya muerto. Después de todo, hombres hubo tan enfermos como yo estoy ahora que sanaron. »"Voy a deciros cómo murió Morstan -prosiguió nuestro padre-. Hacía años que sufría del corazón, pero lo ocultaba a todo el mundo. Yo era el único que lo sabía. Estando en la India, y debido a una extraordinaria cadena de circunstancias, entramos en posesión de un considerable tesoro. Yo lo traje a Inglaterra, y en cuanto Morstan llegó, vino rápidamente a reclamar su parte. Llegó directamente desde la estación, y le abrió la puerta mi fiel y viejo Lal Chowdar, ya fallecido. Morstan y yo tuvimos una diferencia de apreciación en cuanto a dividir el tesoro, y llegamos a frases airadas. Morstan, en el paroxismo de la ira, había saltado de su silla, y de pronto se oprimió el costado con la mano, su rostro adquirió una tonalidad oscura y cayó de espaldas, produciéndose un corte en la cabeza al golpearse contra un ángulo del cofre que contenía el tesoro. Al inclinarme sobre él, vi con espanto que estaba muerto.

Durante mucho rato permanecí sentado y medio enloquecido, preguntándome qué era lo que debía hacer.

Como es natural, mi primer impulso fue solicitar ayuda; pero no podía menos de darme cuenta de que había muchas probabilidades de que se me acusara de haberlo asesinado. Su muerte durante una disputa y la herida que tenía en la cabeza constituirían un negro indicio en mi contra. Además, la investigación oficial no podía menos de sacar a relucir ciertos hechos relacionados con el tesoro, hechos que yo tenía extraordinario interés en que permaneciesen ocultos. Morstan me había asegurado que nadie absolutamente estaba al tanto de que había venido a mi casa, y no parecía necesario que nadie lo supiese jamás. Aún seguía yo meditando sobre ello cuando, al levantar los ojos, vi en el umbral de la puerta a mi criado Lal Chowdar. Entró calladamente y cerró con pestillo la puerta.

"-Nada tema, sahib -dijo-; no es preciso que sepa nadie que usted lo ha matado. Ocultémoslo: ¿quién va a saberlo? no lo maté -le dije. Lal Chowdar movió su cabeza y se sonrió, diciendo: »"-Sahib, lo he escuchado todo. Oí la pelea y también oí el golpe. Pero mi boca está sellada. Todos duermen en la casa. Ocultémosle entre los dos.

"Aquello fue bastante para decidirme. Si mi propio criadoera incapaz de creer en mi inocencia, ¿qué esperanza podía yo tener de hacer buena mi afirmación ante los doce estúpidos miembros de un jurado?

Lal Chowdar y yo nos libramos del cadáver aquella misma noche, y a los pocos días los periódicos de Londres aparecían llenos de noticias acerca de la misteriosa desaparición del capitán Morstan. Por esto que os digo podréis ver que apenas si puede censurárseme en este asunto. Mi falta está en que no sólo ocultamos el cadáver, sino también el tesoro, y en que me quedara la parte que le correspondía a Morstan al mismo tiempo que la mía propia. Deseo, pues, que vosotros se la restituyáis. Acercad vuestros oídos a mi boca. El tesoro está escondido en..." »En ese instante le sobrevino un horrible cambio de expresión: sus ojos se dilataron extraordinariamente, le colgó la mandíbula inferior y gritó con una voz que jamás olvidaré: »-¡Echadle de ahí! ¡Por amor de Cristo, no le dejéis entrar! Mi hermano y yo nos volvimos hacia la ventana que teníamos a nuestras espaldas y en la que nuestro padre tenía clavados los ojos. Destacándose de la oscuridad, un rostro nos observaba. Pudimos ver el blanco de su nariz en el punto en que la oprimía contra el cristal. Era una cara barbuda e hirsuta, de ojos crueles y salvajes, y de expresión de concentrada malevolencia. Mi hermano y yo corrimos hacia la ventana; pero el hombre había desaparecido. Cuando volvimos junto a nuestro padre, éste había dejado caer la cabeza sobre el pecho, y su pulso ya no latía.

«Durante la noche registramos por el jardín, sin descubrir rastro alguno del intruso, salvo que debajo de la ventana y en un macizo de flores se observaba la huella de un solo pie. De no haber sido por ésta, quizá hubiésemos pensado que eran nuestras imaginaciones las que habían hecho aparecer aquel fiero y salvaje rostro. Sin embargo, muy pronto tuvimos otra prueba más elocuente todavía de que actuaban a nuestro alrededor factores secretos. Por la mañana se encontró abierta la ventana del cuarto

de mi padre; sus armarios y maletas habían sido revueltos, y sobre su cómoda estaba clavado un trozo de papel con estas palabras: "El signo de los cuatro" garrapateadas en él. Nunca hemos sabido lo que aquella frase significaba ni quién podría ser el misterioso visitante. Hasta donde alcanzan nuestros datos no se llevaron objeto alguno perteneciente a mi padre, aunque lo habían revuelto todo. Como es natural, mi hermano y yo relacionamos tan extraordinario incidente con el miedo que había perseguido a mi padre durante su vida; pero sigue siendo para nosotros un completo misterio.»

El hombrecillo se inclinó para encender otra vez su pipa turca, y dio varias chupadas a la misma, permaneciendo pensativo unos instantes. Todos nosotros nos mantuvimos sentados y absortos escuchando su extraordinario relato. La señorita Morstan se había puesto intensamente pálida al escuchar el breve relato de la muerte de su padre; temí por un momento que fuera a desmayarse. Sin embargo, se rehízo con sólo beber un vaso de agua que yo le escancié calladamente de una jarra veneciana situada en una mesa lateral. Sherlock Holmes se recostó en su sillón con expresión abstraída y los párpados casi cerrados sobre sus ojos centelleantes. Al verle en esta actitud, no pude menos de pensar en cómo durante aquel mismo día se había quejado amargamente de la monotonía de la vida. Aquí por lo menos se le presentaba un problema que exigiría el máximo de su sagacidad. El señor Thaddeus Sholto nos miraba a unos y a otros con evidente orgullo, al observar el efecto que su relato nos había producido; luego continuó, entre chupadas a su pipa borboteante:

-Mi hermano y yo, como pueden ustedes imaginarse, fuimos víctimas de una gran excitación por lo que se refiere al tesoro del que mi padre nos había hablado. Excavamos y revolvimos durante semanas y meses en todos los lugares del jardín, sin descubrir rastro alguno del mismo. Era cosa de volverse loco pensando que nuestro padre tenía en la punta de la lengua el lugar del escondite en el instante mismo de morir. Podíamos deducir la magnificencia de las riquezas perdidas por el collar que había extraído del tesoro. Mi hermano Bartholomew y yo tuvimos una pequeña discusión a propósito de aquel collar. Era evidente que las perlas tenían grandísimo valor, y mi hermano se oponía a separarse de ellas, porque, dicho sea entre amigos, también mi hermano sufre poco del vicio de mi padre. También pensó que, si nos desprendíamos del rosario, ello pudiera dar

lugar a habladurías, y acarrearnos, por fin, dificultades. Todo lo que yo pude conseguir fue que me permitiese averiguar el paradero de la señorita Morstan para enviarle, en fechas determinadas, una perla suelta, a fin de que de ese modo no pasara, al menos, necesidades.

-Fue tina idea sumamente generosa -dijo nuestra acompañante con gran emoción-, una idea sumamente bondadosa.

El hombrecito agitó la mano en actitud suplicante y dijo:

-Nosotros veníamos a ser albaceas suyos; así fue como yo consideré el asunto, aunque mi hermano Bartholomew no acababa de verlo bajo esa luz. Poseíamos bastante dinero y yo no deseaba más. Agregue a eso que habría sido de muy mal gusto dar a una joven un trato tan mezquino. Le mauvais goût méne au crime. (5) Los franceses tienen un modo muy claro de expresar estas cosas. Llegó a tal punto nuestra diferencia de opinión sobre la materia, que juzgué preferible instalarme en habitaciones propias.

Abandoné, pues, Pondicherry Lodge llevándome conmigo al viejo khitmulgar a Williams. Sin embargo, ayer me enteré de que había ocurrido un acontecimiento de extraordinaria importancia. El tesoro ha sido hallado. Busqué en el acto la manera de comunicarme con la señorita Morstan, y, sólo queda ya que marchemos en coche a Norwood y reclamemos nuestra parte. Anoche le expuse mi criterio al hermano; de modo que seremos visitantes esperados, aunque no bienvenidos.

(5) El mal gusto conduce el crimen

El señor Thaddeus Sholto dejó de hablar y siguió sentado en su lujoso canapé, gesticulando. Nosotros tres permanecimos silenciosos, con los pensamientos fijos en el nuevo curso que había tomado el misterioso asunto. Holmes fue el primero en ponerse en pie, diciendo:

-Caballero, ha obrado usted bien desde el principio hasta el fin. Es posible que, a cambio de ello, podamos hacerle nosotros algún pequeño servicio proyectando algo de luz sobre lo que sigue siendo para usted oscuro. Pero, tal como la señorita Morstan observó hace un rato, es ya tarde, y lo mejor que podemos hacer

es acabar el asunto sin más tardanza.

Nuestro nuevo amigo enrolló muy pausadamente el tubo de su pipa turca y sacó detrás de una cortina un abrigo muy largo de cuello y puños de astracán, que sujetaba con alamares. Se lo abrochó hasta arriba, a pesar de que la noche era bochornosa, y completó su atavío encasquetándose una gorra de piel de conejo con orejeras, de modo que no quedaba visible ninguna parte de su cuerpo fuera de su rostro gesticulante y enjuto.

-Mi salud es algo frágil -nos señaló, pasando delante de nosotros por el corredor-. No tengo más remedio que conducirme como una persona enfermiza.

Nuestro coche nos esperaba fuera de la casa, y era evidente que todo estaba previamente convenido, porque el cochero arrancó sin tardanza y a buen paso. Thaddeus Sholto habló sin cesar, con una voz que sobresalía por encima del traqueteo de las ruedas.

-Bartholornew es hombre inteligente -dijo-. ¿Cómo creen ustedes que descubrió dónde estaba oculto el tesoro? Había llegado a la conclusión de que estaba encerrado en alguna parte dentro de casa; entonces calculó todo el espacio cúbico de la misma, realizó mediciones por todas partes y no dejó ni una sola pulgada fuera. Entre otras cosas, se encontró con que la altura del edificio era de setenta y cuatro pies, pero que sumando unas con otras las alturas separadas de las habitaciones y dejando un margen amplio para los espacios entre ellas, cosa que comprobó por medio de calas, el total no daba más que setenta pies.

De modo, pues, que faltaban cuatro que no se encontraban por parte alguna. Esos cuatro pies sólo podían estar en lo alto de la construcción. En vista de ello, abrió un agujero en el techo de listones y yeso, del cuarto y último piso, y allí, como no podía menos, descubrió encima otra pequeña buhardilla que había sido tapiada y de la que nadie tenía conocimiento. En el centro se encontraba la caja del tesoro, descansando en dos vigas. La descolgó por el agujero y allí está. Bartholomew calcula el valor de las alhajas en no menos de medio millón de libras esterlinas.

Al oír pronunciar esa cifra gigantesca nos miramos todos unos a otros con ojos dilatados. Si lográbamos asegurar los derechos de la señorita Morstan, ésta se convertía de pobre institutriz en la heredera más rica de Inglaterra. Claro que cualquier amigo leal

tenía que regocijarse de tales noticias; sin embargo, me avergüenza confesar que el egoísmo se apoderó de mi alma y que sentí que el corazón me pesaba corno si se me hubiera convertido en plomo. Balbuceé unas pocas palabras entrecortadas de felicitación y permanecí sentado y abatido, con la cabeza inclinada, sordo al chachareo de nuestro nuevo amigo. Este era, evidentemente, un hipocondríaco indiscutible, y yo me daba cuenta, como en sueños, de que estaba espetando una interminable lista de síntomas de enfermedades y suplicando informes acerca de la composición y la eficacia de innumerables potingues de curandero, algunos de los cuales llevaba en el bolsillo, dentro de un estuche de cuero. Confio en que no se acordará de ninguna de las respuestas que le di aquella noche. Holmes asegura que oyó cómo lo ponía en guardia contra el grave peligro de tomar más de dos gotas de aceite de ricino, en tanto que le recomendaba que tomase estricnina en grandes dosis como calmante de los nervios. Sea lo que fuere, lo cierto es que me sentí muy aliviado cuando nuestro coche se detuvo bruscamente y el cochero se apeó de un salto para abrir la portezuela.

-Señorita Morstan, esto es Pondicherry Lodge -dijo el señor Thaddeus Sholto, dándole la mano para apearse.

Capítulo V

LA TRAGEDIA DE PONDICHERRY

LODGE

Eran ya casi las once de la noche cuando llegamos a la etapa final de nuestra noche de aventuras.

Habíamos dejado a nuestras espaldas la húmeda niebla de la gran ciudad, y la noche allí era bastante agradable. Soplaba desde el oeste un viento cálido y cruzaban lentamente por el firmamento pesadas nubes, mientras la media luna asomaba de cuando en cuando por entre los desgarrones de las mismas. La claridad era suficiente para ver a cierta distancia, pero Thaddeus Sholto descolgó uno de los faroles del coche para alumbrar mejor nuestro camino.

Pondicherry Lodge se alzaba en el centro de los terrenos que formaban la finca, y éstos se hallaban rodeados de un muro de piedra muy alto, con trozos de cristal en su parte superior. La única vía de acceso era una sola puerta con doble revestimiento de hierro. Nuestro guía la golpeó con el característico repiqueteo propio de los carteros. -¿Quién es? -gritó desde el interior una voz malhumorada.

-Soy yo, McMurdo. Ya debería distinguir mi manera de llamar.

Se oyó refunfuñar y un tintineo y rechinar de llaves. La puerta giró pesadamente, y un hombre de corta estatura y gran anchura de pecho apareció en el umbral, levantando la luz amarilla de la linterna por encima de su cara, proyectada hacia adelante, sus ojos parpadeantes y desconfiados. -¿Es usted, señor Thaddeus? Pero ¿quiénes son los demás? No he recibido del señor orden de dejarlos entrar. -¿Cómo que no, McMurdo? ¡Me sorprende! La noche pasada le dije a mi hermano que vendría con algunos amigos.

-Señor Thaddeus, él no ha salido en todo el día de su habitación y yo no he recibido orden alguna. Usted sabe muy bien que no

tengo más remedio que ceñirme a las normas. Puedo dejarle pasar a usted, pero sus amigos deben quedarse donde están.

Aquel era un obstáculo inesperado. Thaddeus Sholto le miró perplejo y sin saber qué hacer.

-Eso que usted hace está muy mal, McMurdo -dijo-. Debería bastarle el que yo los garantizase. Hay, además, entre ellos una joven que no puede quedarse esperando en medio de la calle a semejantes horas.

-Lo siento mucho, señor Thaddeus -dijo el portero, inexorable-. Esa gente pueden ser amigos de usted y no serlo del amo. El me paga bien para que cumpla con mi obligación, y con mi obligación cumpliré. Yo no conozco a ninguno de esos amigos suyos.

-Sí que conoce usted a alguno, McMurdo -exclamó con sorna Sherlock Holmes-. No creo que se haya usted olvidado de mí. ¿No recuerda al aficionado con que peleó tres asaltos en Allison's la noche de su homenaje, hace cuatro años? -¿Es posible que usted sea el señor Sherlock Holmes? -bramó el boxeador-. ¡Por vida mía! ¿Cómo he podido no reconocerlo? Si en lugar de permanecer ahí muy callado hubiese usted avanzado y me hubiese aplicado en la mandíbula aquel gancho característico suyo, lo habría identificado sin género alguno de duda. ¡Le digo a usted que ha desperdiciado sus cualidades! Hubiera llegado alto si le hubiese dado por ahí.

-Watson, ya ve usted que, cuando todo lo demás me falle, siempre tengo abierta una de las profesiones científicas -dijo Holmes, echándose a reír-. Estoy seguro de que nuestro amigo no nos obligará ya a permanecer aquí a la intemperie.

-Entre usted, señor; entre usted... y que entren también sus amigos -contestó-. Lo siento mucho, señor Thaddeus; pero las órdenes que tengo son muy rigurosas. Era preciso que yo me asegurase de quiénes eran sus amigos antes de permitirles el acceso.

Ya dentro, una senda de gravilla se curvaba entre desolados parterres hasta el enorme bloque de una casa, cuadrada y prosaica, oculta por completo en sombras, salvo allí donde un rayo de luna daba en una esquina y reverberaban en el cristal de

una ventana de la buhardilla. El enorme tamaño del edificio, con su lobreguez y su silencio mortal, infundía frío en el corazón. Incluso Thaddeus Sholto parecía desasosegado, y la linterna temblaba y traqueteaba en su mano. Por fin, dijo:

-No alcanzo a comprender lo que ocurre. Debe de haber algún error. Le dije de una manera terminante a Bartholomew que vendríamos, y, sin embargo, no veo luz en la ventana de su cuarto. No sé qué pensar. -¿Tiene siempre su casa tan vigilada? -preguntó Holmes.

-Sí; ha seguido en ello las costumbres de mi padre. Era el hijo preferido, y a veces pienso que acaso le dijo a él algo que a mí jamás me dijo. La ventana de Bartholomew es aquélla donde brilla la luna. Reluce mucho, pero me parece que no hay luz en su interior -Absolutamente ninguna -dijo Holmes-. Pero veo una rendija de luz en aquella ventana que hay junto a la puerta.

-La de la habitación del ama de llaves. Es ahí donde suele velar la señora Bemnstone. Ella nos informará. Quizá no tengan ustedes inconveniente en esperar aquí un par de minutos, porque, si entramos todos juntos sin que ella esté advertida, quizá se alarme... Pero ¡chis!... ¿Qué es eso?

Levantó la linterna, y su mano empezó a temblar de tal manera, que los círculos de luz acabaron parpadeando y osculando alrededor de nosotros. La señorita Morstan me cogió de la muñeca y todos permanecimos rígidos, con los corazones palpitando violentamente y los oídos tensos. Del negro interior de la casa y rasgando el silencio de la noche llegaba hasta nosotros el más triste y plañidero de los sonidos..., el gemir agudo y entrecortado de una mujer aterrorizada.

-Es la señora Bernstone -dijo Sholto-. No hay otra mujer en la casa. Espéreme aquí. Vuelvo en seguida.

Corrió hacia la puerta y llamó a ésta con su estilo característico. Vimos que le abría una anciana de elevada estatura, que se tambaleó de alegría con sólo verle. -¡Oh señor Thaddeus, cuánto me alegro de que haya venido! ¡Cuánto me alegro de que haya venido, señor Thaddeus!

Escuchamos sus reiteradas exclamaciones de alegría hasta que se cerró la puerta y la voz de la mujer se fue convirtiendo en un

prolongado y monótono murmullo.

Nuestro guía nos había dejado la linterna. Holmes la hizo girar lentamente a nuestro alrededor y miró con vivo interés la fachada de la casa y los grandes montones de la tierra removida que obstruían el terreno.

La señorita Morstan y yo permanecimos el uno junto al otro, y su mano en la mía. El amor es algo maravillosamente sutil; allí estábamos nosotros dos, que nunca nos habíamos visto hasta aquel mismo día, que no habíamos intercambiado una sola palabra ni mirada de cariño, y que ahora, en un momento de dificultades, nos buscábamos instintivamente con nuestras manos. Desde entonces he pensado en aquello con asombro, pero en aquel momento me pareció la cosa más natural el que yo la buscase a ella, y también ella me ha contado muchas veces que fue un instinto el que la empujó hacia mí en busca de protección y ayuda.

Estábamos, pues, cogidos de las manos, lo mismo que dos chiquillos, y reinaba la paz en nuestros corazones, a pesar de todas las lobregueces que nos rodeaban. -¡Qué lugar más extraño! -dijo ella, mirando a su alrededor.

-Se diría que han soltado aquí todos los topos de Inglaterra. Algo por el estilo tuve ocasión de ver en las laderas de una colina, después de que trabajaron allí unos buscadores de oro.

-En ambos casos, por un móvil idéntico -dijo Holmes-. Los buscadores de tesoros dejan estas huellas. Tenga presente que lo han buscado por espacio de seis años. Con razón, el terreno tiene todo el aspecto de una cantera.

En ese mismo instante se abrió la puerta de la casa, y Thaddeus Sholto salió de ella corriendo, con las manos extendidas a todo lo que daban sus brazos y una expresión de terror en los ojos.

-Algo terrible le ha ocurrido a Bartholomew -gritó-. ¡Estoy asustado! Mis nervios no aguantan más.

En efecto, balbuceaba de terror, y su rostro gesticulante y débil, asomando por encima del gran cuello de astracán, tenía la expresión desamparada y suplicante de un niño espantado.

-Entremos en la casa -dijo Holmes con su voz seca y firme. -¡Sí; entren! -suplicó Thaddeus Sholto-. La verdad es que yo no me siento con fuerzas para nada.

Le seguimos todos a la habitación del ama de llaves, que estaba a la mano izquierda, en el pasillo. La anciana se paseaba de un lado a otro con mirada asustada y dedos inquietos y nerviosos; pero la presencia de la señorita Morstan pareció ejercer un efecto sedante en ella. -¡Que Dios bendiga su cara dulce y serena! -exclamó con un sollozo histérico-. Me consuela tanto verla a usted. ¡Qué día más doloroso he pasado!

Nuestra acompañante le dio unas palmaditas cariñosas en la mano, enjuta y estropeada por el trabajo, y le murmuró algunas frases de consuelo, afectuosas y femeninas, que tuvieron la virtud de devolver el color a las mejillas macilentas de la anciana.

-El señor se ha encerrado y no me responde a mis llamadas -explicó-. A pesar de que gusta con frecuencia de permanecer a solas, he estado durante todo el día esperando oír su voz; pero hará una hora que empecé a temer de que hubiese ocurrido algo malo, y subí y miré por el ojo de la cerradura. Es preciso que suba usted, señor Thaddeus... Es preciso que suba y mire usted mismo. Yo llevo tratando al señor Bartholomew durante diez largos años, en momentos de alegría y en momentos de dolor; pero jamás le he visto una cara como la que ahora tiene.

Sherlock Holmes alzó la lámpara y echó a andar delante de todos, porque a Thaddeus Sholto le castañeteaban los dientes. Tan tembloroso estaba, que tuve que cogerle del brazo cuando subía las escaleras, porque se le doblaban las rodillas. Dos veces, mientras subíamos, Holmes sacó bruscamente su lupa del bolsillo y examinó con cuidado unas huellas que a mí me parecieron informes manchas de polvo en la esterilla que recubría la escalera. Caminaba despacio, de escalón en escalón, sosteniendo a poca altura la lámpara y lanzando penetrantes miradas a derecha e izquierda. La señorita Morstan se había quedado abajo con la asustada ama de llaves.

El tercer tramo de escaleras terminaba en un pasillo estrecho bastante largo, que tenía a la derecha un gran tapiz indio con una extensa composición pictórica, y a la izquierda, tres puertas. Holmes avanzó por él con igual meticulosidad, mientras nosotros le seguíamos pegados a sus talones; nuestras negras sombras se

alargaban hacia atrás en el pasillo. La puerta que buscábamos era la tercera. Holmes llamó con los nudillos sin recibir respuesta alguna, en vista de lo cual intentó hacer girar el picaporte y abrirlo a la fuerza. Sin embargo, estaba cerrado del lado de dentro con un cerrojo ancho y fuerte, según pudimos comprobar al acercar la luz por fuera. Pero, como habían hecho girar la llave, el agujero de la cerradura no estaba obstruido por completo. Sherlock Holmes se inclinó hacia él y volvió a erguirse instantáneamente con una brusca inspiración.

-Watson, en todo esto hay algo de endiablado -exclamó con una emoción que yo no le había visto nunca-. ¿Qué opina usted?

Me agaché para mirar por el agujero y retrocedí horrorizado. La luz de la luna penetraba en la habitación, y ésta se hallaba iluminada por un resplandor difuso y desigual. Mirando de frente hacia mí, y suspendida, como si dijéramos, en el aire, porque todo lo demás eran sombras, había una cara..., la mismísima cara de nuestro acompañante Thaddeus. Idéntica cabeza, frente alta y lustrosa; idéntica franja circular de hirsuto cabello rojo; idéntico rostro exangüe. Sin embargo, las facciones de esta cara tenían una mueca rígida, una mueca dilatada, fija y antinatural, que en aquella habitación silenciosa e iluminada por la luna crispaba los nervios más que un ceño amenazante. Tan parecida era aquella cara y la de nuestro pequeño amigo, que me volví para mirar a éste y cerciorarme de que, en efecto, estaba con nosotros. De pronto, me acordé de que nos había dicho que él y su hermano eran gemelos. -¡Es terrible! -le dije a Holmes-. ¿Qué debemos hacer?

-Hay que echar abajo la puerta -me contestó, y abalanzándose contra ella, cargó todo el peso de su cuerpo sobre la cerradura.

Esta crujió y rechinó, pero no cedió. Otra vez nos abalanzamos al mismo tiempo sobre ella, y esta vez saltó con un súbito estallido y nos encontramos dentro de la habitación de Bartholomew Sholto.

Parecía haber estado acondicionada como laboratorio químico. La pared que daba frente por frente de la puerta tenía arrimadas a ella una doble hilera de botellas con tapón de cristal, y la mesa se veía abarrotada de quemadores Bunsen, tubos de ensayo y retortas. En los rincones había garrafas de ácido dentro de canastas de mimbres. Una de estas canastas parecía rezumar o

haber sido rota, porque desde ella corría un reguero de líquido oscuro, y la atmósfera estaba impregnada de un olor característicamente acre, como de alquitrán. A un lado de la habitación había una escalera portátil, en medio de un montón de tablas y escombros, y encima de ella se veía en el techo una abertura de anchura suficiente para que pudiera pasar una persona. Al pie de la escalera, y tirado de cualquier manera, había un largo rollo de cuerda.

Junto a la mesa, en una silla de madera, se hallaba el dueño de la casa, sentado y encogido, con la cabeza caída sobre el hombro izquierdo y la sonrisa espantosa e inescrutable en su cara. Estaba rígido y frío, y era evidente que llevaba ya cadáver muchas horas. Me produjo la impresión de que no eran sólo sus facciones, sino todos los miembros de su cuerpo los que estaban retorcidos y contorsionados de forma totalmente extraña. Encima de la mesa y aliado de la mano del muerto se veía un curioso instrumento: un bastón de color oscuro, con una piedra toscamente atada para darle forma de martillo. Junto al bastón, una rasgada hoja de papel, en la que había garrapateadas algunas palabras. Holmes le echó un vistazo y luego me la entregó diciéndome con un arqueo elocuente de sus cejas:

-Vea usted.

A la luz de la linterna leí, con un estremecimiento de horror: «El signo de los cuatro». -¡Vive Dios! ¿Qué significa esto? -pregunté.

-Significa que se ha cometido un asesinato -contestó inclinándose sobre el cadáver-. Tal y como yo me lo suponía. ¡Mire aquí!

Me señaló con el dedo una cosa que parecía una larga y negra espina clavada en la piel, justamente bajo la oreja.

-Parece una espina -dije.

-Es una espina, en efecto. Puede usted extraerla; pero con cuidado, porque está envenenada.

La agarré entre el dedo pulgar y el índice. Salió de la piel con tal facilidad, que casi no dejó señal alguna.

Una gotita minúscula de sangre indicaba el sitio en que se había dado el pinchazo.

-Todo esto es para mí un misterio insoluble -dije-. En vez de aclararse, lo veo cada vez más oscuro.

-Por el contrario, cada vez se aclara más -me contestó-. Ya faltan únicamente algunos eslabones para componer un caso en el que todo ajusta perfectamente.

Desde que entramos en la habitación nos habíamos olvidado casi por completo de nuestro acompañante.

Thaddeus Sholto permanecía aún en el umbral de la puerta, retorciéndose las manos y gimiendo por lo bajo, convertido en la estatua viva del terror. Súbitamente, sin embargo, lanzó un chillido penetrante y quejumbroso. -¡Ha desaparecido el tesoro! ¡Nos robaron el tesoro! Por este agujero que se ve ahí lo bajó mi hermano. ¡Yo mismo le ayudé! ¡Yo fui la última persona que vio a mi hermano! Le vi aquí la noche pasada, y cuando bajaba le oí cerrar con llave puerta. -¿A qué hora fue eso?

-Eran las diez. Y ahora está él muerto, se llamará a la policía y sospecharán que yo he intervenido en ello. Sí; estoy seguro de que sospecharán. Pero ¿verdad, caballeros, que usted no creerán semejante cosa? ¿Verdad que no creen que he sido yo? Si hubiese sido yo, ¿cómo iba a traerlos a ustedes aqui ¡Válgame Dios, válgame Dios! Creo que voy a volverme loco Y, poseído de un frenesí convulsivo, agitó los brazos y pataleo el suelo.

-Sus temores son infundados, señor Sholto -le dijo cariñosamcnte Holmes, poniéndole la mano en el hombro-. Siga mi consejo y hágase llevar en coche a la comisaría para denunciar el caso a la policía.

Ofrézcase a ayudarles en todo Nosotros aguardaremos aquí a que usted regrese.

El hombrecito obedeció como atontado, y oímos cómo bajaba por la escalera en la oscuridad, dando traspiés.

Capítulo VI

SHERLOCK HOLMES HACE UNA

DEMOSTRACIÓN

-Y ahora, Watson, disponemos de media hora por nuestra cuenta -dijo Holmes, frotándose las manos-. Aprovechémosla bien. Ya le he dicho que tengo casi completo mi caso; pero no debemos equivocarnos por exceso de confianza. El asunto se presenta hasta ahora sencillo pero bien pudiera, sin embargo, ocultar todavía algo más profundo. -¡Sencillo! -fue la exclamación que se me escapó. -¡Claro que lo es! -dijo Holmes con cierto aire de profesor clínico que da una explicación ante sus alumnos-. Y ahora, siéntese en aquel rincón para que sus pisadas no compliquen más las cosas. ¡Y a trabajar! En primer lugar, ¿cómo entraron esos individuos y cómo salieron? Desde la noche pasada no se ha abierto la puerta. Veamos la ventana -paseó su lámpara por ella murmurando en voz alta las observaciones que hacía, aunque hablaba más bien para sí mismo que para mí-. La ventana se levanta por la parte de dentro. La armazón es sólida. No tiene goznes al costado. Abrámosla. No hay ninguna tubería cerca. El tejado está fuera del alcance de la mano. Sin embargo, un hombre ha subido por esta ventana. La noche pasada llovió. Aquí está la huella del pie, impresa en barro sobre el antepecho. Y aquí hay una huella circular de fango, que se repite aquí, en el suelo, y aquí otra vez, encima de la mesa. ¡Mire esto, Watson! Aquí tiene una demostración realmente interesante.

Contemplé los discos de fango, redondos y bien marcados.

-Esto no es la huella de un pie -dije.

-Es algo que para nosotros tiene un valor mucho mayor. Es la huella de una pata de madera. Vea aquí, en el antepecho, la pisada de la bota, una bota pesada, con ancho tacón de metal, y junto a esa pisada, la señal de la pata de palo.

-Aquí tenemos al hombre de la pata de palo.

-Exactamente. Pero alguien más estuvo aquí..., un aliado muy hábil y eficaz. ¿Sería usted capaz de escalar esta pared, doctor?

Me asomé a mirar por la ventana. La luna proyectaba todavía su brillante luz sobre aquella esquina de la casa. Estábamos a más de veinte metros del suelo; por mucho que miré, no vi por parte alguna sitio donde asentar el pie, ni siquiera una grieta, en la pared de mampostería.

-Es absolutamente imposible -le contesté.

-Sin ayuda, desde luego. Pero supóngase que tuviera aquí arriba un amigo que le echase una buena cuerda resistente, como esa que veo ahí, en el rincón, y afirmase un extremo de la misma en este fuerte gancho que hay en la pared. Entonces, y si usted fuera un hombre emprendedor, podría trepar hasta arriba con su pata de palo y todo. Y se retiraría de idéntica manera. Entonces, su aliado recogería la cuerda, la desataría del gancho, cerraría la ventana, la sujetaría por dentro y saldría, a su vez, por donde había entrado. -Luego, y palpando la cuerda, agregó-: Puede hacerse notar, como detalle secundario, que nuestro amigo de la pata de palo, aunque buen trepador, no es un marinero profesional. No tiene las manos bastante callosas ni mucho menos. Mi lupa descubre más de una mancha de sangre, en especial hacia el extremo de la cuerda, de lo cual deduzco que se deslizó con tal velocidad que se arrancó la piel de las manos.

-Todo eso está muy bien; pese a ello, la cosa se hace más comprensible que nunca -dije yo-. ¿Qué me dice de ese misterioso aliado? ¿Cómo pudo entrar aquí? -¡Sí; el aliado! -repitió Holmes, pensativo-. La cuestión de ese aliado presenta detalles interesantes.

Eleva el caso por encima de la vulgaridad. No se por qué, pero me parece que este aliado abre nuevos campos en los anales de la criminalidad en nuestro país, aunque la India nos ofrece casos paralelos y, si no me engaña la memoria, también nos los ofrece Senegambia. -¿Cómo entró, pues? -insistí-. La puerta está cerrada, la ventana es inaccesible. ¿Se metió por la chimenea?

-La rejilla es demasiado pequeña -contestó-. Ya se me había ocurrido esa posibilidad. -¿Cómo, entonces?

-Usted se empeña en no aplicar mi precepto -contestó Holmes,

moviendo negativamente la cabeza-. ¿Cuántas veces le tengo dicho que, una vez eliminado todo lo que es imposible, la verdad está en lo que queda, por improbable que parezca? Sabemos que no entró ni por la puerta, ni por la ventana, ni por la chimenea. Sabemos también que no pudo estar escondido en la habitación, porque no existe en ella escondite posible. ¿Por dónde entró, pues? -¡Por el agujero del techo! -exclamé. -¡Naturalinente que por ahí! No tuvo más remedio que entrar por ahí. Si es usted tan amable de sostenerme la lámpara, extenderemos nuestras pesquisas al cuarto del altillo, al cuarto secreto en el que fue hallado el tesoro.

Trepó por la escalera y, apalancándose con ambas manos sobre una viga, entró en la buhardilla. Hecho esto, tumbándose boca abajo, alargó la mano para alcanzar la lámpara y la sostuvo en alto mientras yo le seguía.

La habitación en que ahora nos encontrábamos era de unos tres metros en un sentido por dos en otro. El suelo lo formaban las vigas, unidas entre sí con bovedillas de listones y de yeso, de modo que era preciso ir poniendo, al caminar, los pies sobre las vigas. Todo el armazón terminaba en punta, y era evidentemente la parte interior del verdadero tejado de la casa. No había allí mueble alguno, y el polvo acumulado durante años formaba una espesa capa sobre el suelo.

-Aquí lo tenemos -dijo Holmes apoyando la mano contra el muro en declive-. Por esta trampilla se sale al tejado. La empujo, y aquí está el tejado, que muestra una suave inclinación. Por aquí, pues, entró el Número Uno. Veamos si descubrimos algunas huellas de su persona.

Colocó la lámpara en el suelo, y yo advertí por segunda vez aquella noche en la cara de Holmes una expresión de sobresalto y de sorpresa. Y al seguir la dirección de su mirada sentí que se me enfriaba la piel bajo las ropas. El suelo estaba lleno de pisadas de un pie desnudo. Eran pisadas claras, bien definidas, de perfecta conformación, pero que apenas llegaría a la mitad de los pies de un hombre normal.

-Holmes -le dije cuchicheando-, fue un niño quien hizo esta horrenda faena.

Mi amigo recobró en el acto el dominio de sí mismo, y dijo:

-Al momento, la cosa me sorprendió; pero es perfectamente natural. Me falló la memoria, pues de otro modo habría podido preverlo. Ya nada más podemos ver aquí. Bajemos. -¿Cuál es, pues, su hipótesis acerca de estas huellas? -le pregunté ansiosamente, una vez que estuvimos de nuevo en el cuarto inferior.

-Intente hacer usted mismo un poco de análisis, mi querido Watson -me contestó con un dejo de impaciencia-. Ya conoce mis métodos. Aplíquelos, y algo aprenderemos al comparar los resultados.

-No tengo idea alguna capaz de abarcar todos los hechos -le dije.

-No tardarán éstos en serle suficientemente claros -dijo, corno si pensara en otra cosa-. Creo que ya no hay aquí nada importante, pero echaré una mirada.

Sacó la lupa y una cinta métrica, se arrodilló, y de esta forma recorrió con precipitación el cuarto midiendo, comparando, examinando, con su larga y delgada nariz a pocas pulgadas del entarimado, y con sus ojos de abalorio, hundidos y brillantes como los de un pájaro. Sus movimientos, que se asemejaban a los de un sabueso amaestrado que buscara un rastro, eran tan rápidos, silenciosos y furtivos, que no pude menos de pensar en la clase de criminal temible que habría sido si hubiese aplicado su energía y su sagacidad a luchar contra la ley, en vez de hacerlo en defensa de la misma. Mientras rebuscaba, iba mascullando para sí, hasta que estalló, por fin, en una ruidosa exclamación de satisfacción, y dijo:

-Nos acompaña la suerte, desde luego. De aquí en adelante no deberíamos tener ya dificultades. El Número Uno ha tenido la desgracia de pisar en la creosota. Vea la línea exterior de su pequeño pie aquí, junto a este barro maloliente. La garrafa se ha agrietado, como puede usted observar, y el contenido se ha salido fuera. -¿Y qué hay con eso? -pregunté.

-Pues que ya es nuestro..., nada más que eso -me contestó-. Conozco un perro capaz de seguir este olor hasta el fin del mundo. Si una jauría es capaz de seguir por todo un condado del Midlands el olor de un arenque arrastrado por el suelo, ¿hasta dónde no será capaz un sabueso adiestrado de seguir un olor tan

penetrante como éste? Es como una regla de tres. El resultado tiene que darnos la... ¡Hola! Ya tenemos aquí a los acreditados representantes de la ley.

Desde la planta baja llegaban ruidos de fuertes pisadas y el clamor de voces, y la puerta del vestíbulo se cerró con un sonoro portazo.

-Antes que lleguen -dijo Holmes- ponga usted la mano aquí, en el brazo, y aquí, en la pierna de este pobre hombre. ¿Qué nota?

-Los músculos están duros como una tabla -contesté.

-Así es. Están en un estado de extremada contracción, que excede con mucho del rigor mortis.

Relacione eso con la contorsión de la cara, con la sonrisa hipocrática, o risus sardonicus, como la llamaban los autores antiguos, ¿y qué sugiere todo eso a su imaginación?

-Que la muerte ha sobrevenido por algún fuerte alcaloide vegetal -le contesté-, por alguna sustancia similar a la estricnina y que produce el tétanos.

-Esa fue la idea que se me ocurrió en el mismo instante en que vi los contraídos músculos de la cara.

Cuando entré en el cuarto, me puse a buscar el sistema de que se habían servido para introducir el veneno en el organismo. Ya vio usted cómo di con la espina que le habían metido o disparado con no mucha fuerza contra el cuello. Observe que el sitio en que se la clavaron es el que corresponde a la parte de la cabeza que este hombre tendría vuelta hacia el techo, si estaba sentado y erguido en su silla. Y ahora, examine la espina.

La recogí con gran cuidado y la puse a la luz de la linterna. Era larga, aguda y negra, y cerca de la punta se distinguía una parte brillante, como si alguna sustancia mucilaginosa se hubiese secado allí. La punta, embotada, había sido afilada con un cuchillo. -¿Es esta una espina inglesa? -me preguntó.

-No; desde luego que no.

-Con todos estos datos debería usted hallarse en situación de

sacar una consecuencia justa.

Pero aquí están los oficiales; de modo que las fuerzas auxiliares deben batirse en retirada.

A medida que hablaba, los pasos, que se habían ido acercando, resonaban ruidosos en el pasillo; un hombre muy fornido y voluminoso de traje gris entró pesadamente en la habitación. Era un individuo de cara rubicunda, corpulento y pletórico, de ojos muy pequeños y parpadeantes, que miraban con viveza por entre unos párpados hinchados y que formaban gruesas bolsas. Seguíale muy de cerca un policía de uniforme, y a éste, el todavía trémulo Thaddeus Sholto. -¡Vaya asunto! -exclamó con voz ahogada y ronca-. ¡Vaya bonito asunto! ¿Quiénes son éstos? ¡Esta casa parece tan concurrida como una conejera!

-Creo que se acordará usted de mí, señor Athelney Jones -dijo Holmes con tranquilidad. -¡Claro que lo recuerdo! -silbó aquel en tono teatral-. ¡El señor Sherlock Holmes, el teórico! ¡Que si me acuerdo de usted! Jamás olvidaré su conferencia sobre las causas, las consecuencias y efectos en el caso de las joyas de Bishopgate. Es cierto que nos puso sobre la pista verdadera, pero reconocerá que se debió más bien a buena suerte que a buena deducción.

-Fue una serie de razonamientos muy sencillos. -¡Bueno, bueno! No se avergüence de confesarlo. Pero ¿qué es todo esto? ¡Mal negocio, mal negocio!

Aquí tenemos hechos tajantes; no hay lugar para teorías. ¡Qué suerte ha sido que me encontrase en Norwood, ocupado en otro caso! Cuando llegó el aviso, estaba en la comisaría. ¿Cuál cree usted que ha sido la causa de la muerte?

-Verá usted; aquí no hay ocasión para que yo entre a teorizar -dijo Holmes con sequedad.

-Desde luego que no, desde luego que no. Sin embargo, no se puede negar que usted da de cuando en cuando en el clavo. ¡Por vida mía! La puerta, cerrada con llave, según me dicen. Alhajas que valían medio millón, desaparecidas. ¿Cómo estaba la ventana?

-Cerrada, pero en el antepecho hay pisadas.

-Bien, bien; si la ventana estaba cerrada, las pisadas del antepecho nada tienen que ver en este asunto.

Eso es cosa de sentido común. Quizás este hombre haya muerto de un ataque cardíaco; pero el caso es que han desaparecido las alhajas. ¡Ajá! Ya tengo una teoría. A veces me suelen dar esos prontos. Sargento, y usted, señor Sholto, hagan el favor de salir del cuarto. El amigo de usted puede quedarse. ¿Qué opina de esto, Holmes? Sholto, según confesión propia, estuvo anoche con su hermano. ¡Éste murió de un ataque, y entonces Sholto se largó de aquí con las alhajas! ¿Qué tal le suena eso?

-Y cuando él se marchó con las alhajas, el cadáver tuvo la atención de levantarse y de cerrar la puerta por dentro. -¡Hum! Sí; ahí hay un punto que no encaja. Apliquemos el sentido común al problema. Este Thaddeus Sholto estaba con su hermano; riñeron; todo esto nos consta. El hermano ha muerto y las joyas han desaparecido. También eso nos consta. Desde el momento en que Thaddeus dejó aquí a su hermano, nadie volvió a ver a éste. Tampoco durmió en su cama. Thaddeus se encuentra evidentemente en un profundo estado de turbación. El aspecto suyo, la verdad, no tiene nada de simpático. Ya ve usted cómo estoy tejiendo mi red alrededor de Thaddeus.

Empieza ya a cerrarse sobre él.

-Le faltan a usted todavía algunos datos -dijo Holmes-. Esta astillita de madera, que tengo toda clase de motivos para creer que está envenenada, la tenía este hombre en el cuero cabelludo, ahí donde puede usted ver todavía la señal; esta tira de papel, con la inscripción que usted ve, se hallaba encima de la mesa; y junto al papel, este instrumento, bastante curioso, con una piedra en su extremo. ¿Encaja bien todo esto en su teoría?

-La confirma desde todo punto de vista -dijo pomposamente el gordiflón detective-. Esta casa está llena de curiosidades indias. Thaddeus subió este bastón de la planta baja, y si esta astillita está envenenada, Thaddeus pudo servirse de ella igual que cualquier otra persona. La tira de papel es una añagaza, algo para desviar la atención. La única cuestión es ésta: ¿cómo salió de aquí? ¡Ya está! En el techo hay un agujero, desde luego.

Dando pruebas de gran agilidad, si se tiene en cuenta lo voluminoso de su cuerpo, trepó por la escalera y se escurrió en la

buhardilla; casi en seguida oímos su voz jubilosa, que proclamaba el descubrimiento que había hecho de la trampilla.

-Es capaz, en ocasiones, de descubrir algo -comentó Holmes, encogiéndose de hombros-; tiene de cuando en cuando algunos destellos de razón. Il n'a pas des sots si incommodes que ceux qui ont de l'esprit! (6)

(6) No hay tontos más molestos que los ingeniosos.

-Ya ve usted que, en fin de cuentas, las realidades son superiores a las teorías -dijo Athelney Jones reapareciendo al pie de la escalera-. Se ve confirmada mi opinión sobre el caso. Existe una trampilla que comunica con el tejado y que está parcialmente abierta.

-Fui yo quien la abrió. -¡Ah!, ¿sí? ¿De modo que usted ya la había visto? -este hallazgo pareció dejarle un poco alicaído-.

Bueno, la viese quien la viese, ella nos demuestra que nuestro caballerito escapó por allí. ¡Inspector!

-Mande, señor -contestaron desde el pasillo.

-Que venga aquí el señor Sholto... Señor Sholto, me veo en el deber de comunicarle que cualquier cosa que diga podrá ser empleada en contra suya. Lo detengo, en nombre de la reina, como implicado en la muerte de su hermano. -¡Ya está! ¿No se lo dije a ustedes? -exclamó el pobre hombrecillo, extendiendo sus manos hacia nosotros y mirándonos sucesivamente.

-Señor Sholto, no se aflija por ello -dijo Holmes-. Creo que puedo librarle de esa acusación.

-No prometa demasiado, señor teórico, no prometa demasiado -dijo secamente el detective-. Quizá le resulte una tarea más difícil de lo que piensa.

-No solamente lo libraré de esa acusación, señor Jones, sino que le obsequiaré a usted, sin retribución alguna, con el nombre y la descripción de uno de los dos hombres que la noche pasada estuvieron en esta habitación. Tengo toda clase de razones para creer que se llama Jonathan Small. Es hombre de escasa

educación, de pequeña estatura, activo, le falta la pierna derecha y utiliza una pata postiza de palo con la parte inferior desgastada por el lado interior. Su bota izquierda es de suela ordinaria con punta cuadrada y tiene una tira de hierro alrededor del tacón. Es hombre muy curtido por el sol, de mediana edad y ha estado en presidio. Quizás estas ligeras indicaciones le sean a usted útiles, completándolas con el hecho de que tiene lastimadas las palmas de las manos. El otro hombre... -¡Ah! ¿Tenernos otro hombre? -preguntó Athelney Jones en tono de mofa, pero impresionado, no obstante, como yo pude advertir fácilmente, por la seguridad con que hablaba su interlocutor.

-El otro hombre es un tipo bastante curioso -dijo Sherlock Holmes, dando media vuelta-. Confio en que podré presentar a usted esa pareja antes de no mucho tiempo. Tengo que decirle unas palabras, Watson.

Me condujo a lo alto de la escalera, en el pasillo, y me dijo:

-Este hecho inesperado nos ha desviado bastante del propósito original de nuestro viaje.

-Eso mismo estaba yo pensando -le contesté-. No está bien que la señorita Morstan esté más tiempo en esta condenada casa.

-No. Usted debería acompañarla a la suya. Vive con la señora Cecil Forrester, en Lower Camberwell, de modo que no queda muy lejos. Yo le esperaré aquí, si vuelve usted en coche y si no está demasiado rendido.

-De ninguna manera. Creo que me sería imposible descansar hasta saber más detalles de este fantástico asunto. Llevo visto bastante del aspecto desagradable de la vida; pero le aseguro que esta rápida sucesión de sorpresas extraordinarias que hemos tenido esta noche ha alterado por completo mis nervios. Sin embargo, me agradaría, puesto que tan lejos he llegado, presenciar con usted el final del asunto.

-Su presencia me será de gran utilidad -contestó Holmes-. Trabajaremos el asunto por nuestra cuenta hasta aclararlo y dejaremos a este pobre diablo de Jones que se dé tono con cualquier paparrucha que se le antoje. Cuando haya usted dejado en su casa a la señorita Morstan, quiero que se dirija al número 3 de Pinchin Lane, muy cerca del río, en Lamheth. La tercera casa a

la derecha es la de una pajarería llamada Sherman. En el escaparate verá una comadreja con un gazapito en la boca. Haga usted levantarse de la cama al viejo Sherman y digale, después de saludarle de parte mía, que necesito en seguida a Tobv. Me lo traerá usted en el coche.

-Se trata de un perro, ¿verdad?

-Sí; de un perro mestizo con una capacidad asombrosa para el rastreo. Prefiero la colaboración de Toby a la de todas las fuerzas de policías de Londres.

-Se lo traeré entonces dije-. Ahora es la una. Podré estar de vuelta antes de las tres, si consigo un caballo descansado.

-Y yo -dijo Holmes- veré lo que puedo averiguar de boca de la señora Berstone y de la del sirviente indio, que, según me dice el señor Thaddeus, duerme en la buhardilla contigua. Después tendré que dedicarme a estudiar los métodos de Jones y a prestar oídos a sus no siempre delicados sermones. Wir sind gewohnt dass die Menschen verhóhnen was sie nicht verstehen . (7). Goethe es siempre sustancioso.

(7) Estamos acostumbrados a que los hombres se rían de lo que no entienden.

Capítulo VII

EL EPISODIO DEL BARRIL

Los dos policías habían venido en coche, y yo lo utilicé para acompañar a la señorita Morstan hasta su casa. De acuerdo con la costumbre angelical de las mujeres, ella había aguantado los momentos dificiles con rostro sereno, mientras hubo otra persona más débil que ella a quien consolar, y yo la había visto mantenerse animosa y tranquila junto a la aterrorizada ama de llaves. Sin embargo, una vez en el coche, primero desfalleció y luego estalló en incontrolados sollozos. ¡Tan dolorosamente la habían afectado las aventuras de la noche! Con posterioridad, me ha dicho que durante ese viaje de regreso a su casa le parecí frío y reservado. ¡Qué poco adivinaba ella la lucha que se libraba dentro de mi pecho o el esfuerzo que tuve que hacer para dominarme y mantener mi reserva! Mis simpatías y mi amor se dirigían hacia ella, como se había dirigido mi mano cuando estábamos en el jardín. Supe que ni muchos años de las rutinas de trato diario podrían hacerme comprender la índole afectuosa y valiente de aquella mujer tan bien como aquel único día de extraños sucesos. Sin embargo, había dos pensamientos que sellaban mis labios para que no pronunciasen frase alguna de afecto. Ella era débil y se encontraba desamparada; su mente y sus nervios estaban quebrantados. El imponerle en un momento así una declaración de amor era aprovecharse de las circunstancias. Y lo que resultaba peor,ahora era rica. Si las investigaciones de Holmes tenían éxito, ella sería una rica heredera. ¿Era noble y honrado que un médico a media paga aprovechase la intimidad que le había proporcionado el azar? ¿No me consideraría ella un simple cazador de fortunas?

Yo no hubiera podido soportar que pudiera cruzar por su mente ni la sombra de semejante pensamiento.

El tesoro de Agra se interponía entre nosotros como una barrera insalvable.

Eran casi las dos de la madrugada cuando llegamos a la casa de

Cecil Forrester. Los criados se habían retirado a descansar hacía horas; pero la señora Forrester, que se había preocupado muchísimo por el sorprendente mensaje que había recibido la señorita Morstan, estaba levantada en espera de que ésta regresase. Nos abrió la puerta ella misma. Era una mujer de edad mediana, simpática, y me alegró mucho ver con qué ternura ciñó con su brazo el talle de la joven y qué tono maternal tenía la voz con que la recibió. Evidentemente, la señorita Morstan no era tan sólo una empleada, sino también una amiga estimada. Fui presentado, y la señora Forrester me suplicó con gran interés que entrase y le refiriese nuestras aventuras. Sin embargo, yo le expliqué la importancia de la misión que tenía encomendada y le prometí solemnemente visitarla para contarle cualquier avance que pudiéramos realizar. Cuando me retiraba de allí en mi coche, miré disimuladamente hacia atrás y vi que el pequeño grupo se hallaba todavía en la escalinata: las dos esbeltas figuras de mujer, abrazadas, la puerta entreabierta, la luz del vestíbulo brillando a través del vidrio de colores, el barómetro y las brillantes varillas de latón que sujetaban la alfombra de la escalera. Resultaba consolador echar un vistazo, aunque fuese pasajero, a un tranquilo hogar inglés en medio de aquel asunto salvaje y sombrío en que estábamos metidos.

Cuando más pensaba en lo ocurrido, más salvaje y sombrío me resultaba. Repasé toda la serie extraordinaria de acontecimientos mientras avanzaba con estrépito por las calles silenciosas, alumbradas con la luz de gas. Teníamos, por un lado, el problema original, que, por lo menos, estaba ya claro. La muerte del capitán Morstan, el envío de las perlas, el anuncio, la carta...; habíamos hecho luz sobre todos esos hechos. Sin embargo, éstos nos habían conducido a otro misterio más profundo y mucho más trágico: el tesoro indio, el curioso plano encontrado entre el equipaje de Morstan, la extraordinaria escena de la muerte del mayor Sholto, el redescubrimiento del tesoro, seguido acto continuo del asesinato de su descubridor; las singularísimas circunstancias que acompañaron al crimen, las huellas, la extraña arma, las palabras escritas en la tira de papel, iguales a las que figuraban en el plano del capitán Morstan. Todo ello constituía, desde luego, un laberinto en el que cualquier hombre que no tuviese las facultades de mi compañero de alojamiento tendría que desesperar de encontrar la clave.

Pinchin Lane era una manzana de pobres casas de ladrillo de dos plantas en el barrio más bajo de Lambeth. Tuve que llamar

durante algún tiempo en el número 3 antes de que me hicieran caso. Sin embargo, por último apareció la luz de una vela detrás de las persianas, y una cara se asomó a la ventana superior.

-Largo de ahí, vagabundo borracho -me dijo aquella cara-. Si vuelve usted a golpear y armar barullo, abriré las perreras y le echaré encima mis cuarenta y tres sabuesos.

-Me basta con que suelte uno de ellos, y para eso precisamente vengo -contesté. -¡Siga su camino! -aulló una voz-. Sólo me faltaba un gracioso. Por Dios que tengo en esta bolsa una barra de hierro y se la voy a tirar a la cabeza como usted no se marche.

-Lo que yo quiero es un perro -grité.

-No quiero discutir más -vociferó el señor Sherman-. Y ahora apártese, porque cuando yo diga «¡A las tres!», allá va la barra de hierro.

-El señor Sherlock Holmes... -empecé a decir. Pero estas palabras produjeron un efecto realmente mágico, porque la ventana se cerró de golpe y no había transcurrido un minuto cuando desatrancaron la puerta y la abrieron. Era el señor Sherman, un anciano enjuto y reseco, cargado de espalda, de cuello arrugado y gafas de cristales azules.

-Los amigos del señor Sherlock son siempre bienvenidos -dijo-. Entre, señor. No se acerque al tejón, porque muerde. ¡Ea, malísimo, malísimo! Qué, ¿quieres darle un mordisco a este caballero? -esto se lo decía a un armiño, que asomaba su maligna cabeza y sus ojos inyectados de sangre entre los barrotes de su jaula-. No se preocupe de ese reptil, señor, porque no tiene colmillos; es sólo un lución, y lo dejo suelto porque mata a las cucarachas. No debe molestarse porque al principio me haya conducido con algo de desconfianza; los muchachos no me dejan tranquilo, y son bastantes los que se meten por esta callejuela para dar aldabonazos en la puerta. ¿Qué es lo que desea el señor Sherlock Holmes, caballero?

-Uno de sus perros. -¡Ah! Será Toby.

-Sí, ese es su nombre.

-Toby tiene su casa en el número 7, aquí a la izquierda.

Avanzó lentamente con la vela en la mano por entre la extraña familia de animales reunida a su alrededor.

A la luz incierta y cortada de sombras, pude distinguir confusamente ojos brillantes que se clavaban en nosotros desde todos los rincones y hendiduras. Hasta en las vigas que cruzaban por encima de nuestras cabezas había hileras de pájaros solemnes, que alzaban perezosamente el peso de su cuerpo de una pata cargándolo en la otra al despertarlos de su reposo nuestras voces.

Toby resultó ser un animal feo, de largo pelo y orejas colgantes, mitad spaniel y mitad sabueso, castaño y blanco y de andares desgarbados y patosos. Aceptó, después de alguna vacilación, un terrón de azúcar que el viejo naturalista me entregó y, después de sellar de ese modo nuestra alianza, me siguió al coche y no puso dificultad alguna en acompañarme. Acababan de dar las tres en el reloj del palacio, cuando llegaba de regreso a Pondicherry Lodge. Me enteré de que el ex boxeador, McMurdo, había sido detenido como cómplice y que él y el señor Sholto habían sido llevados a la comisaría. Dos agentes uniformados estaban de guardia en la estrecha puerta exterior; pero en cuanto mencioné el nombre del detective me dejaron pasar con mi perro.

Holmes estaba en pie en el umbral de la casa, con las manos en los bolsillos y fumando en su pipa. -¡Vaya; ya lo trae usted! -exclamó-. ¡Qué perro magnífico! Athelney Jones se ha marchado. Desde que usted se fue hemos tenido aquí un enorme despliegue de energía. No solamente ha detenido a nuestro amigo Thaddeus, sino también al que guardaba la puerta exterior, al ama de llaves y al criado indio. La casa, salvo por el sargento que está arriba, ha quedado a nuestra disposición. Deje usted al perro aquí y suba conmigo.

Atamos a Toby a la mesa del vestíbulo y subimos de nuevo al piso superior. La habitación estaba tal cual nosotros la habíamos dejado, salvo que habían colocado una sábana sobre la figura central. Recostado en el rincón estaba un sargento de policía con cara de cansado.

-Présteme su linterna, sargento -dijo mi compañero-. Ahora áteme esta tira de papel al cuello, de manera que me cuelgue por delante. Gracias. Ahora voy a quitarme las botas y los calcetines.

Watson, hágame el favor de llevármelos abajo. Voy a realizar un pequeño ejercicio de trepador. Empaparé mi pañuelo en la creosota, eso bastará. Ahora suba conmigo un momento a la buhardilla.

Trepamos por el agujero y Holmes proyectó una vez más la luz sobre las huellas que había en el polvo, y dijo:

-Quiero que se fije usted muy bien en estas huellas. ¿Observa usted en ellas algo que le llame la atención?

-Pertenecen a un niño o a una mujer pequeña -dije.

-Prescindiendo, sin embargo, del tamaño, ¿no encuentra nada más?

-Parecen, más o menos, como cualquier otra huella de pie.

-De ninguna manera. Mire aquí. Es la impresión del pie derecho en el polvo. Ahora haré yo con mi pie desnudo una impresión junto a ella. ¿Cuál es la diferencia principal?

-Los dedos de los pies de usted están muy juntos. Los dedos de la otra impresión están totalmente separados los unos de los otros.

-Así es. He ahí el detalle importante. Téngalo presente. Hágame ahora el favor de pasar por encima de esa ventana plegadiza y huela el borde del marco de madera. Yo me quedaré del lado de acá con este pañuelo en la mano.

Hice lo que me indicaba y advertí en el acto un fuerte olor a alquitrán.

-Es ahí donde puso el pie al salir de aquí. Si usted ha sido capaz de sentir el olor, creo que Toby no tendrá dificultad alguna. Y ahora corra a la planta baja, suelte al perro y preste atención en Blondin. (8)

(8) Célebre equilibrista de la época.

Cuando salí de la casa a los jardines, Sherlock Holmes ya estaba en el tejado y pude verlo como si fuese un enorme gusano de luz reptando muy despacio a lo largo del caballete del tejado. Le

perdí de vista detrás de una serie de chimeneas, pero reapareció en seguida y luego volvió a desaparecer por el lado opuesto. Di vuelta a la casa y me lo encontré sentado en el ángulo de uno de los aleros. -¿Es usted, Watson? -me gritó.

-Sí.

-Este es el lugar. ¿Qué es esa cosa negra que se ve ahí ahajo?

-Una barrica de agua. -¿Con tapa encima?

-Sí. -¿No se ve por ahí una escalera?

-No. -¡Condenado individuo! ¡Esto es como para desnucarse! Sin embargo, por donde él trepó, yo he de poder bajar. La tubería de bajada de aguas parece sólida. Allá va, ocurra lo que ocurra.

Se oyó un rumor de pies y la linterna empezó a bajar sin interrupción por el ángulo de la pared, hasta que, dando un salto ligero, se plantó encima de la barrica, y de allí volvió a saltar al suelo.

-Fue fácil seguirle -dijo volviéndose a poner los calcetines y las botas-. A todo lo largo del camino he encontrado tejas sueltas, y ese hombre se dejó caer esto con la precipitación que llevaba. Como suelen decir ustedes los médicos, viene a confirmar mi diagnóstico.

El objeto que me alargó era una bolsita de lana teñida con colores vegetales y con algunas cuentecitas llamativas enhebradas a su alrededor. Tanto por la forma como por el tamaño, presentaba cierto parecido a una petaca. En el interior había media docena de espinas de madera negra, puntiagudas por un lado y redondeadas por el otro, lo mismo que la que había herido a Bartholomew Sholto.

-Son unos artefactos infernales -dijo-. Tenga cuidado de no pincharse. Estoy muy contento de haberme hecho con ellas, porque, según toda probabilidad, ese hombre no debía tener más que éstas. De modo que es menor el peligro de que usted y yo nos encontremos de pronto con una espina clavada en la piel. Por mi parte, preferiría que me disparasen una bala Martini. ¿Se siente usted con valor para una caminata de seis millas a paso vivo, Watson?

-Desde luego que sí -contesté. -¿La resistirá su pierna? -¡Oh, sí! -¡De modo que ya estamos aquí, mi bueno y querido Toby! ¡Huele, Toby, huele!

Holmes adelantó el pañuelo empapado de creosota hasta colocarlo debajo de la nariz del perro, mientras el animal, con las peludas patas separadas y ladeando la cabeza de una manera cómica, olía como huele un catador de vinos el bou quet de una cosecha especial. Hecho eso, arrojó Holmes el pañuelo muy lejos, ató una fuerte cuerda al collar del perro y condujo a éste hasta el pie de la barrica de agua. El animal estalló inmediatamente en una serie de agudos y trémulos ladridos, y, con la nariz pegada al suelo y la cola enhiesta, salió pataleando en pos de la huella a un paso que mantenía tensa la traílla y nos hizo caminar a todo lo que daban nuestras piernas.

El este había empezado a clarear de una manera paulatina y la luz, fría y gris, nos permitía ver a cierta distancia. La casa, cuadrada y maciza, con sus ventanas negras y sin vida y los muros altos y pelados, se alzaba a nuestras espaldas, triste y solitaria. Nuestra carrera nos llevó a través de los terrenos de la casa, entrando y saliendo por las trincheras y pozos que los cortaban y se entrecruzaban. Todo aquel lugar, con los montones de tierra desperdigados y sus raquíticos arbustos, tenía un aspecto ominoso y decadente que armonizaba de una manera perfecta con la negra tragedia que lo envolvía.

Al llegar a la cerca exterior, Toby corrió a lo largo de la misma, resoplando ansiosamente por la sombra que aquélla proyectaba y deteniéndose por último en un rincón en el que se levantaba una joven haya. En el ángulo de las dos paredes habían aflojado varios ladrillos, y las grietas así dejadas presentaban un desgaste y estaban redondeadas en la parte inferior, como si hubiesen servido de escalones con frecuencia. Holmes trepó por ellos, yo le alcancé el animal, y él lo dejó caer, al otro lado de la cerca. Al subir yo y ponerme a su lado, me dijo:

-Vea usted aquí la impresión de la mano del hombre de la pata de palo. Fíjese en la manchita de sangre que hay sobre el yeso blanco. ¡Qué suerte hemos tenido con que no haya llovido fuerte desde ayer! A pesar de la ventaja de veintiocho horas que nos llevan, el olor no habrá desaparecido todavía de la carretera.

Confieso que tuve mis dudas pensando en el denso tráfico que habría circulado durante ese tiempo por la carretera de Londres. Pero pronto se apaciguaron mis temores. Toby no dudó ni se desorientó una sola vez, sino que avanzaba pataleando con su curioso caminar bamboleante. No cabía duda de que el penetrante olor de la creosota se sobreponía a todos los demás olores en pugna.

-No vaya usted a figurarse -dijo Holmes- que fio mi éxito en el caso actual a la simple casualidad de que uno de estos individuos haya metido su pie en ese producto químico. Dispongo ya de datos como para seguirles la pista de diferentes maneras. Esta es, sin embargo, la más fácil, y ya que la suerte nos la ha deparado, sería negligente si la desperdiciase. De todos modos, el caso ha dejado con esto de ser el interesante problemita intelectual que se nos prometía. Quizá ganemos con él algún crédito, pero ésta es una pista demasiado palpable.

-El caso encierra mucho mérito -dije yo-. Le aseguro, Holmes, que los medios con que está consiguiendo sus resultados en este caso me maravillan más aún que los que empleó en el del asesinato de Jefferson Hope. Me parece todo más profundo y más inexplicable. Por ejemplo, ¿cómo pudo describir con tal seguridad al hombre de la pata de palo? -¡EIemental, querido muchacho, eso fue algo elemental! No deseo dar teatralidad al asunto. Todo en él está a la vista y encima de la mesa. Dos oficiales al mando de la guardia de un presidio se enteran de un importante secreto referente a un tesoro sepultado. Un inglés, llamado Jonathan Small, traza para ellos un mapa. Recordará usted que vimos ese nombre en el que se hallaba en posesión del capitán Morstan.

Jonathan Small lo había firmado en nombre suyo y el de sus asociados con el signo de los cuatro, como él lo llamaba dramatizando la cosa. Los oficiales o uno de ellos se hace, gracias a este mapa, con el tesoro, y se lo traen a Inglaterra dejando incumplida alguna de las condiciones bajo las cuales lo recibieron. Y yo me pregunto: ¿por qué no retiró el mismo Jonathan Small aquel tesoro? La contestación salta a la vista. El mapa está fechado en una época en que Morstan mantuvo una estrecha relación con presos. Jonathan Small no fue en busca del tesoro porque él y sus asociados estaban en presidio y no podían salir del mismo.

-Pero todo eso son simples hipótesis -dije.

-Son algo más que hipótesis. Es la única hipótesis capaz de explicar los hechos. Veamos si encaja dentro de lo que después ocurrió. El mayor Sholto vive en paz por espacio de algunos años y es feliz con la posesión de su tesoro. Después recibe una carta de la India que le llena de pánico. ¿Qué quiere decir eso?

-Que la carta le anunciaba que los hombres a quienes él había perjudicado estaban en libertad.

-O que se habían fugado. Esto es mucho más probable, porque él debía de saber cuáles eran sus condenas. No le habría producido sorpresa. ¿Y qué hace entonces? Se protege para defenderse de un hombre que tenía una pierna postiza... un hombre de raza blanca, fíjese bien, porque en cierta ocasión confundió con él a un comerciante blanco, y le disparó con su pistola. Pues bien: en el plano sólo figura un nombre de persona de raza blanca. Los otros son hindúes o mahometanos. No hay ningún otro hombre blanco. Podemos, pues, afirmar con toda confianza que el hombre de la pata de palo es el mismo Jonathan Small. ¿Le ve usted algún defecto a este razonamiento?

-No; es claro y conciso.

-Pues bien: situémonos ahora en el lugar de Jonathan Small. Consideremos el problema desde su punto de vista. El hombre llega a Inglaterra con el doble propósito de apoderarse de lo que él cree que le pertenece y de vengarse del hombre que le ha engañado. Averigua dónde vive Sholto, y se pone, muy probablemente, en contacto con alguien de dentro de la casa de éste. Aún no le hemos echado la vista encima a ese Lal Rao. La señora Bernstone me ha hablado de él como de persona más que dudosa. Pero Small no consiguió averiguar dónde estaba escondido el tesoro, porque nadie lo supo, fuera del mayor y de su leal servidor, ya fallecido. De pronto, Small se entera de que el mayor está en su lecho de muerte.

Fuera de sí por el temor de que se lleve a la tumba su secreto, desafa a la vigilancia, se abre camino hasta la ventana del moribundo, y lo único que le impide entrar en la habitación es la presencia de sus dos hijos.

Sin embargo, loco de odio contra el difunto, entra aquella misma noche en la habitación de éste, registra sus papeles particulares,

con la esperanza de encontrar algún papel que hable del tesoro, y deja, por último, un recuerdo de su visita en la breve frase de la cartulina. Sin género alguno de duda, Jonathan Small lo había planeado todo por adelantado, y si hubiese podido matar al mayor, habría dejado sobre el cuerpo esta indicación, como señal de que no se trataba de un asesinato vulgar, sino, desde el punto de vista de los cuatro asociados, de algo que se parecía mucho a un acto de justicia. En los anales del crimen, por muy extraños y caprichosos que parezcan, existen bastantes conceptos de esa clase, que suelen proporcionar valiosas indicaciones acerca de quién es el criminal, ¿Sigue usted mi razonamiento?

-Con toda claridad. -¿Qué podía hacer, en vista de eso, Jonathan Small? No tenía otro recurso que el de vigilar los esfuerzos que se realizaban para encontrar el tesoro. Es posible que se ausentase de Inglaterra, para regresar de tiempo en tiempo a ella. De pronto, se produce el descubrimiento en la buhardilla, y Jonathan es informado de inmediato. Volvemos a encontrarnos con la presencia de algún cómplice en la casa.

Jonathan, con su pierna postiza, es impotente para subir hasta la habitación alta de Bartholomew Sholto.

Sin embargo, se lleva con él a un socio, por demás raro, que supera esa dificultad, pero que hunde un pie desnudo en la creosota, y entonces aparece Toby y la necesidad de una caminata de seis millas para un funcionario a media paga con el tendón de Aquiles lesionado.

-Pero quien cometió el crimen fue el socio, y no Jonathan.

-Probablemente. Y lo cometió con gran disgusto de Jonathan, a juzgar por la manera como fue y vino por el cuarto, una vez que estuvo dentro. Ningún rencor sentía él contra Bartholomew Sholto, y habría preferido que lo hubiese maniatado y amordazado. No tenía ninguna gana de poner en peligro su cabeza.

Pero ya no podía evitarlo: los instintos salvajes de su compañero se habían desbordado y el veneno había hecho su obra. Jonathan Small dejó su señal, descolgó al suelo del jardín el cofre del tesoro y luego se descolgó él mismo. Los acontecimientos, hasta donde yo puedo descifrar, se desarrolIaron de este modo.

Por lo que a la apariencia personal de Jonathan Small se refiere, debe de ser de edad mediana y seguramente que muy atezado, después de haber cumplido condena en un horno como el de las islas Andamán. Por lo ancho de su zancada puede fácilmente calcularse su estatura. Sabemos también que tiene barba. La abundancia de su pelambre fue lo que que más impresionó a Thaddeus Sholto cuando lo vio a través del cristal de la ventana. Creo que no hay nada más. -¿Ysu socio?

-Bueno; creo que eso no se trata de un gran misterio. Pero ya lo sabrá todo muy pronto... ¡Qué agradable es el aire de la mañana! Fíjese en cómo flota esa nubecilla, igual que la pluma rosada de algún flamenco gigantesco. Y cómo ahora emerge el borde rojo superior del disco solar por encima del banco londinense de nubes. Alumbra a muchísima gente, pero me atrevo a apostar que no alumbra a nadie que esté entregado a una misión tan extraña como la nuestra. ¡Qué pequeños nos sentimos, con nuestras minúsculas ambiciones y querellas, en presencia de las grandes fuerzas elementales de la naturaleza! ¿Está usted versado en la lectura de su Jean Paul? (10)

(10) Johann Pan Friedrich Richter (1763-1825), novelista y pensador alemán mejor conocido como Jean Paul.

-Bastante. Volví a él a través de Carlyle.

-Eso fue como remontar el arroyuelo hasta el lago en que nace. Ese autor hace una observación curiosa, pero profunda. Afirma que la prueba mayor de la auténtica grandeza del hombre está en la percepción de su propia pequeñez. Esto demuestra, como usted comprenderá, una capacidad de comparación que es en sí misma una prueba de nobleza. Hay en Richter mucho en qué pensar.. -No lleva usted pistola, ¿verdad?

-Tengo mi bastón.

-Quizá nos haga falta algo por este estilo si llegamos hasta el cubil de esta gente. Dejaré que usted se encargue de Jonathan; pero al otro, si se pone peligroso, lo mataré a tiros.

Mientras hablaba sacó su revólver y, después de poner dos cartuchos en el tambor del mismo, volvió a meterlo en el bolsillo derecho de su chaqueta.

En todo ese tiempo veníamos siguiendo a Toby, que nos llevaba por carreteras rurales que van hacia la metrópoli por entre hileras de villas. Pero ahora empezamos a cruzar por calles de construcciones ininterrumpidas, en las que los peones y los obreros del puerto iban y venían, mientras mujeres desaseadas abrían las ventanas y fregaban los escalones de las puertas de la calle. En las tabernas de las esquinas estaba empezando el movimiento; hombres de traza ruda salían de ellas frotándose la barba con la manga, después del trago de la mañana. Extraños perros callejeros iban y venían y nos miraban con curiosidad; pero nuestro inimitable Toby no miraba ni a derecha ni a izquierda, sino que avanzaba trotando, con la nariz pegada al suelo, dejando escapar de cuando en cuando un gemido ansioso que delataba un fuerte aroma.

Habíamos cruzado Streatham, Brixton y Camberwell, y nos encontrábamos en Kennington Lane, porque nos habíamos ido desviando por calles laterales hacia el este de Oval. Parecía que los hombres a quienes veníamos persiguiendo habían caminado trazando un curioso zigzag, probablemente con el propósito de que nadie se fijase en ellos. Nunca habían seguido la carretera principal si podían servirse de una lateral y paralela. Al final de Kennington Lane se desviaron hacia la izquierda, por las calles Bond y Miles. Toby dejó de avanzar donde esta última calle desemboca en Knight's Place, y empezó a dar carreras hacia adelante y hacia atrás, con una oreja tiesa y la otra caída, convertido en el mismísimo retrato de la indecisión canina. Luego pataleó en círculos y alzando su mirada hacia nosotros de cuando en cuando, como solicitando nuestra simpatía ante su desconcierto. -¿Qué diablos le pasa a este perro? -refunfuñó Holmes-. Seguramente que no tomaron un coche ni se han ido por los aires en globo.

-Quizá permanecieron aquí un buen rato -apunté yo. -¡Bueno; todo va bien! Ya arranca de nuevo -dijo mi compañero con expresión de alivio.

En efecto, había arrancado otra vez, porque después de olfatear de nuevo a su alrededor pareció decidirse y se lanzó adelante con una energía y una resolución superiores a todas las que había demostrado hasta entonces. Se diría que el olor era mucho más fuerte ahora, porque ni siquiera tenía necesidad de arrimar la nariz al suelo y tiraba con fuerza de la traílla, empeñado en echar

a correr. Por como brillaban los ojos de Holmes comprendí que pensaba que estábamos llegando al final de nuestro recorrido.

Seguimos ahora por Nine Elms adelante, hasta llegar al gran depósito de maderas de Broderick y Nelson, inmediatamente después de la taberna WhiteEagle. El perro, en el frenesí de la excitación, se metió en la puerta lateral dentro del espacio cercado, en el que los aserradores ya estaban trabajando. El perro avanzó corriendo por entre el serrín y las virutas, a lo largo de un callejón, dobló por un pasillo, entre dos pilas de madera, y, por último, se abalanzó con un aullido de triunfo sobre un gran barril que se hallaba aún sobre la carretilla de mano en que acababan de traerlo. Con lengua pendiente y ojos parpadeantes, Toby se plantó encima del tonel y nos miraba tan pronto al uno como al otro, en busca de una señal de aprobación.

Las duelas del barril y las ruedas de la carretilla estaban embadurnadas de un líquido oscuro, y toda la atmósfera se hallaba impregnada de olor a creosota.

Sherlock Holmes y yo nos miramos inexpresivamente el uno al otro y estallarnos a un tiempo en un acceso de risa incontrolada.

Capítulo VIII

LOS IRREGULARES DE BAKER

STREET

-Y ahora, ¿qué? -pregunté yo-. Es obvio que Toby acaba de perder su reputación de infalibilidad.

-Ha obrado de acuerdo con sus luces -dijo Holmes, bajando al perro de encima del tonel y sacándolo de aquel aserradero-. Si usted medita en la gran cantidad de creosota que se transporta de un lado para otro en Londres en el espacio de un día, no es de extrañar que la huella que seguíamos se haya cruzado con otra. Emplean actualmente mucho ese producto, en especial para la conservación de la madera. El pobre Toby no merece por ello ninguna censura.

-Me imagino que tendremos que volver a buscar el rastro principal.

-Así es. Por suerte, no tenemos que ir lejos. Es evidente que el perro se confundió en Knight's Place; allí había dos huellas dilerentes con direcciones distintas. Seguimos por la equivocada. Sólo nos queda, pues, tomar ahora la otra.

Aquello no ofreció dificultad alguna. En cuanto llevamos a Toby al punto en que había cometido su equivocación, trazó un ancho círculo y se lanzó por último en una nueva dirección.

-Debemos cuidar de que no nos lleve ahora en la dirección de donde procedía el barril de creosota -dije yo.

-Ya había pensado en ello. Pero observe que ahora marcha por la acera, mientras que el barril vino por la calzada. No, esta vez seguirnos la verdadera pista.

Ésta iba en dirección de la orilla del río, pasando por Belmot Place y Prince Street. Al terminar Broad Street se dirigió en línea recta a la orilla del río, donde se alzaba un pequeño muelle de

madera. Toby nos condujo hasta el mismo borde de éste, y allí se quedó gimoteando y mirando hacia la negra corriente de agua que había delante.

-Tenemos mala suerte -dijo Holmes-. Han embarcado aquí.

Por allí cerca, y al borde del muelle, se veían varias embarcaciones de fondo plano y algunos esquifes.

Llevamos a Toby a todos ellos, uno después del otro; pero, a pesar de que olfateó con gran avidez, no encontró señal alguna.

Cerca del tosco desembarcadero había una pequeña casa de ladrillo, de cuya segunda ventana sobresalía un cartelón de madera, a lo largo del cual estaba pintado con grandes letras:

Mordecai Smith, y debajo: Se alquilan lanchas por horas y días. Otra inscripción sobre la puerta nos informó de que disponían de una lancha a vapor, cosa que resultaba confirmada por una gran pila de carbón de coque que había en el malecón. Sherlock Holmes dirigió lentamente la mirada a su alrededor, y su cara adquirió una expresión seria.

-Esto presenta mal cariz -dijo-. Estos individuos son más astutos de lo que yo esperaba. Por lo visto han borrado sus huellas. Me temo que lo tenían todo bien preparado previamente.

Se iba acercando a la puerta de la casa, cuando ésta se abrió; salió de ella corriendo un niño de unos seis años, de cabellos rizados, seguido de una mujer fortachona, de cara rubicunda, que llevaba en la mano una gran esponja.

-Vuelve aquí para que te lave,Jack -gritó--. Vuelve, pilluelo; si tu padre llega a casa y te ve así, vamos a tener que oírle. -¡Qué muchachito tan encantador! -exclamó Holmes, con estrategia-. ¡Vaya diablillo de carrillos sonrosados! Vamos a ver, Jack: ¿qué te gustaría que te diese?

El muchacho lo pensó un momento, y dijo:

-Un chelín. -¿Nada más que un chelín?

-Bueno, más aún me gustarían dos -contestó aquel niño prodigio, después de pensarlo un poco. -¡Aquí los tienes, pues! ¡A ver si los

agarras! ¡Estupendo niño, señora Smith!

-Sí que lo es, señor... Que Dios lo bendiga a usted..., y para cuidarlo. Yo casi no puedo con él, sobre todo cuando mi hombre falta varios días seguidos.

-Entonces, ¿está fuera? -dijo Holmes con voz de contrariedad-. Lo siento, porque deseaba hablarle.

-Falta desde ayer por la mañana, señor, y para serle franca, empiezo a preocuparme por él. Pero si se trata de alquilar una lancha, señor, quizá yo misma pudiera servirle.

-Deseaba alquilar la de vapor.

-Es una lástima, señor, porque precisamente es ésa la que se llevó. Y eso es lo que me tiene intrigada; porque me consta que no lleva más carbón que el que necesitaría para ir a Woolwich y regresar. Si se hubiera ausentado en la gabarra, la cosa no me habría preocupado; más de una vez lo han contratado para ir hasta Gravesand, y quizá se hubiese quedado allí si encontraba tarea. Pero ¿de qué sirve una lancha de vapor si no lleva carbón?

-Quizá lo haya comprado en algún muelle, río abajo.

-Sí, quizá. Pero a él no le gusta eso. Le he oído muchas veces protestar contra los precios que cobran por unos pocos sacos de carbón. Además, no me agrada nada ese hombre de la pata de palo, con su feísima cara y acento extranjero. ¿Qué es lo que anda buscando con tanto venir por aquí? -¿Un hombre con una pata de palo? -preguntó Holmes, con cierta sorpresa.

-Sí, señor: un individuo moreno, con cara de mono, que ha venido varias veces en busca de mi hombre.

El fue quien lo despertó ayer por la noche; y lo que es más, mi hombre lo esperaba, porque tenía la lancha a presión. Le digo a usted sin rodeos, señor, que no las tengo todas conmigo en este asunto.

-Pero, mi querida señora Smith -dijo Holmes, encogiéndose de hombros-, se asusta usted por una nadería. ¿Cómo sabe usted que fue el hombre de la pata de palo quien vino por la noche? No se me ocurre cómo puede usted estar tan segura.

-Por su voz, señor. A mí se me había quedado grabada su voz, que es gruesa y ronca. Dio unos golpecitos en la ventana, serían las tres, y dijo: «Compañero, déjese ver, es hora del cambio de guardia».

Mi hombre despertó a Jim, que es mi hijo mayor, y allá se fueron sin decirme siquiera una palabra.

Escuché el martilleo de la pata de palo sobre las piedras.

-Pero ¿estaría solo ese hombre?

-Pues de verdad, señor, que no lo sé. No oí a ninguna otra persona.

-Lo siento, señora Smith; quería una lancha de vapor y me habían hablado muy bien de la... Veamos: ¿cómo me dijeron que se llamaba la lancha?

-La Aurora, señor. -¡Ya! ¿No es una vieja lancha verde, con una línea amarilla, muy ancha de popa?

-De ninguna manera. Es la lanchita más esbelta y nueva que hay en el río. Está recién pintada de negro, con dos franjas encarnadas.

-Gracias. Deseo que tenga pronto noticias del señor Smith. Voy río abajo, y si le echo la vista encima a la Aurora le diré a su marido que está usted inquieta. ¿Dijo usted que tenía la chimenea pintada de negro?

-No, señor; de negro con una franja blanca. -¡Ya caigo! De negro en los costados. Buenos días, señora Smith. Watson, tenemos ahí a un barquero con una chalana. La alquilaremos y cruzaremos el río. -Cuando estuvimos sentados a popa de la chalana, Holmes me dijo-: Con esta clase de gente, lo principal es no dejarles que supongan que los datos que uno les pide puedan tener la menor importancia. Como se lo debe usted suponer, se cierran como una ostra. En cambio, si hace como que los escucha porque no tiene otro remedio, es probable que averigüe lo que desea.

-Nuestra línea de acción parece que está ahora bastante clara - dije yo. -¿Quiere decirme lo que usted haría?

-Contrataría una lancha de vapor y marcharía río abajo tras las huellas de la Aurora.

-Esa sería una tarea colosal, querido amigo. Ha podido atracar en uno cualquiera de los muelles de una y otra orilla que hay desde aquí a Greenwich. Más allá del puente y en un trayecto de muchas millas, los desembarcaderos forman un verdadero laberinto. La tarea de visitarlos todos nos llevaría días y días.

-Recurra usted entonces a la policía.

-No. Aunque es probable que en el último momento llame a Athelney Jones. No es mala persona, y no quisiera hacer nada que pudiera perjudicarle profesionalmente. Puesto que hemos avanzado ya tanto, tengo el capricho de llevar yo mismo el asunto hasta su desenlace. -¿Y no podríamos poner un anuncio pidiendo datos a los encargados de los diversos muelles? -¡Mucho peor todavía! Nuestros hombres sabrían entonces que les pisamos los talones y se largarían del país. Aunque, y tal como están las cosas, es probable que se larguen; pero no lo harán con precipitación mientras se crean a salvo. La energía de Jones nos será en esto de gran utilidad, porque sus puntos de vista acerca del asunto aparecerán en la prensa diaria y los fugitivos creerán que todo el mundo anda despistado. -¿Qué vamos, pues, a hacer? -le pregunté cuando desembarcábamos cerca de la penitenciaría del Millbank.

-Alquilar ese coche, irnos a casa, desayunar y dormir unas horas. Es posible, dentro del juego, que tengamos que pasar en pie otra noche más. ¡Cochero, deténgase en una oficina de telégrafos! Nos quedaremos con Toby, porque quizá pueda sernos de utilidad todavía.

El coche se detuvo frente a la oficina de telégrafos de Great Peter Street, y Holmes envió su telegrama.

Cuando reanudábamos la marcha, dijo: -¿A quién cree que se le lo he enviado? -¡Cómo voy a saberlo! -¿Se acuerda de la sección del cuerpo de investigadores de Baker Street, a la que recurrí en el caso de Jefferson Hope?

-Sí, ¿y qué? -le pregunté, echándome a reír.

-Que en esta ocasión pudieran sernos de incalculable utilidad. Si ellos fracasan tengo otros recursos de que echar mano, pero voy a empezar por ponerlos a prueba. Ese telegrama lo dirigí a mi sucio tenientillo Wiggins, y confio en antes de que hayamos acabado de desayunar, él y su pandilla estarán con nosotros.

Serían entre las ocho y las nueve en ese momento, y yo notaba una fuerte reacción después de las sucesivas emociones de la noche. Estaba lánguido y cansado, con el cerebro brumoso y el cuerpo dolorido. No poseía el entusiasmo profesional que sostenía a mi compañero, ni podía encarar el asunto como un simple problema intelectual abstracto. Por lo que se refería al asesinato de Bartholomew Sholto, nada de bueno había oído hablar de esta persona y no podían inspirarme excesiva antipatía sus asesinos.

Lo del tesoro ya era distinto. El tesoro, o por lo menos parte del mismo, le pertenecía, en justicia, a la señorita Morstan. Mientras existiese alguna posibilidad de recuperarlo, yo estaba dispuesto a consagrar mi vida a ese único objetivo. Es cierto, me decía yo mismo, que ello la colocará fuera de mi alcance. Pero el mío sería un amor ruin y egoísta si se dejase influir por una consideración tal. Si Holmes era capaz de trabajar para dar con los criminales, existía una razón diez veces más fuerte que me impelía a mí a la búsqueda del tesoro.

Un baño en Baker Street y el cambio total de ropas me reanimaron maravillosamente. Cuando bajé a nuestro cuarto de estar, me encontré el desayuno servido y a Holmes sirviendo el café.

-Ahí está el asunto -me dijo, riéndose, y señalándome el periódico-. Entre el enérgico Jones y el ubicuo informador de prensa, lo han averiguado ya todo. Pero basta ya para usted del caso. Lo mejor que puede hacer es probar, antes que nada, los huevos con jamón.

Le quité el periódico y leí una breve gacetilla cuyo encabezamiento era: «Misterioso asunto misterioso en Upper Norwood». Decía el Standard:

"La noche pasada, y a eso de las doce, fue encontrado muerto, en su habitación y en circunstancias que hacen pensar en algo turbio, el señor Bartholomew Sholto, de Pondicherry Lodge,

Upper Norwood. Según nuestros datos, el cadáver del señor Sholto no presentaba ningún rastro de violencia, pero ha desaparecido una valiosa colección de piedras preciosas de la India que el muerto había heredado de su padre. Los primeros en descubrir el cadáver fueron el señor Sherlock Holmes y el doctor Watson, que habían ido a visitar al señor Thaddeus Sholto, hermano del difunto. Por afortunada coincidencia, el conocido miembro de cuerpo de detectives, señor Athelney Jones, se encontraba en la comisaría de Norwood y pudo hacer acto de presencia en el lugar del suceso menos de media hora después de la primera alarma. Sus facultades de hombre entrenado y experimentado se enfocaron inmediatamente hacia la tarea de descubrir a los criminales, con el satisfactorio resultado de que el hermano, Thaddeus Sholto, se encuentra ya detenido, junto con el ama de llaves, señora Bernstone, un mayordomo indio llamado Lal Rao y el portero McMurdo. Es evidente que el ladrón o ladrones conocían perfectamente la casa; los bien probados conocimientos técnicos del señor Jones y sus dotes de minuciosa observación le han permitido demostrar de un modo terminante que los criminales no pudieron entrar por la puerta ni por la ventana y se vieron obligados a introducirse por el tejado del edificio, valiéndose de una trampilla, hasta una habitación que comunica con la misma en que se encontró el cadáver.

Este hecho, que ha quedado terminantemente establecido, demuestra que no se trata de un robo con escalo casual. La acción rápida y enérgica de los funcionarios de la ley prueba la gran ventaja que tiene en tales ocasiones la presencia de una sola inteligencia enérgica y dominadora. No podemos menos de pensar que suministra un argumento favorable a quienes desean que nuestros detectives estén más descentralizados, para que de ese modo puedan ponerse en contacto más cercano y eficaz con los casos que se ven obligados a investigar. " -¿No es estupendo? -dijo Holmes, sonriendo anchamente por encima de su taza de café-. ¿Qué le parece a usted?

-Creo que nos hemos librado por los pelos de no ser detenidos por el crimen.

-Eso mismo creo yo. No respondo de que ni aun ahora estemos seguros si a Jones le entrase otro de sus arrebatos de energía.

En ese mismo instante dieron un fuerte tirón a la campanilla de la puerta y llegó hasta mis oídos la voz de la señora Hudson,

nuestra patrona, con un tono de súplica y de apocamiento.

-Por vida de... Holmes, creo que, realmente, vienen a por nosotros.

-No llega a tanto como eso la cosa. Son las fuerzas particulares... Los irregulares de Baker Street.

Mientras él hablaba, se oyó subir escaleras arriba un ruido de pies descalzos y un estruendo de voces chillonas, e irrumpió en el cuarto una docena de pilluelos sucios y desarrapados. A pesar de su entrada tumultuosa, se advertía entre ellos cierta disciplina, porque se alinearon instantáneamente y permanecieron frente a nosotros con caras expectantes. Uno de ellos, más alto y de más años que los otros, se adelantó con aire de tranquila superioridad, que resultaba por demás divertido en un monigote tan insignificante, y dijo:

-Recibí su mensaje, señor, y me los traje volando. Tres chelines y un penique en billetes.

-Tómalos -dijo Holmes, sacando algunas monedas de plata-. De aquí en adelante, Wiggins, que se pongan todos en contacto contigo y tú conmigo. No puedo consentir que invadáis la casa de este modo.

Ahora, sin embargo, es mejor que todos escuchéis las órdenes. Deseo averiguar las andanzas de una lancha de vapor llamada Aurora, propiedad de Mordecai Smith. Es negra con dos franjas rojas y chimenea negra con una franja blanca. Debe de andar río abajo. Quiero que uno de vosotros se sitúe en el embarcadero de Mordecai Smith, frente al Millhank, para avisar si la lancha regresa. Tenéis que distribuiros entre vosotros el trabajo y revisar bien ambas orillas. En cuanto tengáis noticias, comunicádmelas. ¿Está todo claro?

-Sí, jefe -dijo Wiggins.

-La tarifa de siempre, y una guinea para el que descubra la lancha. Aquí tenéis la paga adelantada de un día. ¡Y ahora, largo!

Dio a cada uno de ellos un chelín, y allá se fueron alborotando escaleras abajo, y un momento después pude ver cómo se alejaban corriendo por la calle.

-Si la lancha está a flote, la descubrirán -dijo Holmes, levantándose de la mesa y encendiendo su pipa-. Ellos se meten en todas partes, lo ven todo y lo escuchan todo. Confio en tener noticias, de aquí a la noche, de que han localizado la lancha. Entre tanto, no podemos hacer otra cosa que esperar los resultados. Nos es imposible encontrar la pista interrumpida mientras no demos con la Aurora o con Mordecai Smith.

-Me parece que Toby podría comerse estas sobras. ¿Va usted a acostarse, Holmes?

-No, no estoy cansado. Mi constitución es muy especial. No recuerdo que el trabajo me haya fatigado nunca, pero el ocio me agota por completo. Voy a ponerme a fumar y a meditar en este extraño asunto en el que nos ha metido nuestra bella cliente. Nuestra empresa debiera resultar facilísima, si alguna empresa lo es. Los hombres con una pata de madera no abundan demasiado; pero el otro individuo que lo acompaña es, creo yo, un tipo absolutamente único. -¡Otra vez el otro individuo!

-De todos modos, no deseo en modo alguno hacer un misterio de él. Usted debe de haber formado ya su propia opinión. Y ahora, fijese en los detalles que tenemos: huellas de pie diminutas, dedos que no se han sentido nunca apretados por las botas, pies descalzos, porra de madera con cabeza de piedra, gran agilidad, pequeños dardos emponzoñados. ¿Qué saca usted de todo esto? -¡Que se trata de un salvaje! -exclamé-. Quizás uno de los indios con los que estaba asociado Jonathan Small.

-Dificilmente puede ser eso -dijo Holmes-. Yo también me sentí inclinado a pensarlo la primera vez que encontré señales de armas extrañas; pero lo extraordinario de las huellas de los pies me obligó a volver a meditar sobre mis puntos de vista. Algunos de los habitantes de la península indostana son de pequeña estatura, pero ninguno de ellos habría dejado huellas como éstas. El auténtico indio tiene pies largos y delgados. Los mahometanos, que usan sandalias, suelen tener el dedo gordo muy separado de los demás, porque suelen pasar entre ese dedo y los otros la correa de las mismas. Además, estos minúsculos dardos sólo pueden ser disparados de una manera: por medio de una cerbatana. Ahora bien: ¿en dónde vamos a encontrar a nuestro salvaje?

-En Sudamérica -aventuré.

Alargó la mano hacia un estante y retiró del mismo un grueso volumen que puso encima de la mesa.

-Es el tomo primero de un diccionario geográfico que se está publicando. Puede considerársele como la más reciente autoridad. Veamos que nos dice aquí: «Islas Andamán, situadas a trescientas cuarenta millas al norte de Sumatra, en la bahía de Bengala». ¡Vaya! Vaya! ¿Qué es todo esto? Clima húmedo, arrecifes de coral, tiburones, Port Blair, penitenciaría, isla Rutland, algodoneros...» ¡Aquí lo tenemos!: «Los aborígenes de las islas Andamán pueden reclamar el honor de ser la raza más pequeña del mundo, aunque algunos antropólogos se inclinan por los bosquimanos de Africa, a los indios Digger de Norteamérica y a los fueguinos. La estatura media de aquéllos es bastante inferior a cuatro pies, pero se encuentran muchos adultos en pleno desarrollo que son de estatura bastante menor. Son pueblos intratables, adustos, feroces, aunque capaces de entablar amistades de la mayor abnegación una vez que se consigue ganar su confianza.» Fíjese en esto Watson. Y ahora,escuche lo que sigue: «Son, por naturaleza, feísimos; tienen cabezas voluminosas y deformes, ojos pequeños y agresivos y rasgos faciales distorsionados. Sin embargo, los pies y las manos de esta raza son extraordinariamente pequeños. Es gente tan intratable y salvaje, que los funcionarios oficiales han fracasado por completo en sus esfuerzos por atraérselos, aunque sólo sea en parte. Han constituido siempre una pesadilla para las tripulaciones de barcos náufragos, porque acaban con los supervivientes a golpes de sus mazas de piedra o hiriéndolos con dardos envenenados. Estas matanzas acaban de una manera invariable con un festín caníbal.» ¡Pueblo invariable y simpático este, Watson! Si a nuestro individuo le hubieran dejado actuar a gusto suyo, quizás este asunto hubiese tomado un cariz más siniestro todavía. Me imagino que incluso, tal como han ocurrido las cosas. Jonathan Small daría mucho por no haberse servido de este hombre.

-Pero ¿cómo habrá llegado a tener tan singular compañero?

-Eso es más de lo que yo estoy en situación de decir. Sin embargo, puesto que tenemos ya probado que Small procede de las islas Andamán, no resulta muy extraordinario el que le acompañe un isleño de las mismas. Sin duda alguna que lo averiguaremos todo

con el tiempo. Escuche, Watson, usted parece bastante agotado. Túmbese ahí, en el sofá, y vea si yo consigo dormirle.

Holmes echó mano al violín que estaba en un rincón, y al mismo tiempo que yo me tumbaba en el sofá, empezó a tocar una suave melodía ensoñadora en sordina, original suya, sin duda, porque poseía dotes notables para improvisar. Conservo un vago recuerdo de sus miembros enjutos, su cara expresiva, y del alzarse y bajar del arco del violín. Luego me pareció flotar serenamente, alejándome por un blando mar de sonidos, hasta que me encontré en el país de los sueños, con el dulce rostro de Mary Morstan que se inclinaba para mirarme.

Capítulo IX

UN ESLABÓN ROTO

La tarde estaba ya avanzada cuando desperté, fortalecido y vigorizado. Sherlock Holmes seguía sentado de la misma manera que yo lo dejé, salvo que había dejado a un lado su violín y estaba ahora absorto en un libro. Cuando yo me moví, él miró de través y puede observar que tenía la cara ensombrecida y con expresión de preocupación.

-Ha dormido usted profundamente -me dijo-. Tenía miedo de que nuestra conversación lo hubiese desvelado.

-Pues no oí nada -le respondí-. ¿Eso quiere decir que ha tenido usted noticias?

-No, por desgracia. Confieso que me encuentro sorprendido y defraudado. Confiaba en haber tenido ya alguna noticia concreta. Acaba de estar aquí Wiggins, para informarme. Dice que no ha podido encontrar rastro alguno de la lancha. Es un obstáculo irritante, porque cada hora que pasa tiene importancia. -¿Puedo hacer algo? Me siento completamente descansado, y muy dispuesto para otra noche al aire libre.

-No, nada podemos hacer. Sólo nos resta esperar. Si saliésernos nosotros mismos, pudiera llegar en ausencia nuestra el mensaje y se ocasionaría un retraso. Usted puede hacer lo que guste, pero yo no tengo más remedio que quedarme de guardia.

-Pues, entonces me acercaré en una carrera hasta Camberwell, para visitar a la señora Cecil Forrester.

Me lo pidió ayer. -¿A la señora Cecil Forrester? -preguntó Holmes, con el parpadeo de una sonrisa en los labios.

-Bueno; también a la señorita Morstan. Las dos mostraron la más viva ansiedad por saber lo que había ocurrido.

-Yo no les contaría demasiadas cosas -me contestó Holmes-. Nunca se debe uno confiar por completo a las mujeres..., ni siquiera a la mejor de ellas.

No quise ponerme a discutirle una opinión tan atroz, y le dije:

-Estaré de regreso dentro de una o dos horas a lo sumo.

-Muy bien. ¡Buena suerte! Pero oiga una cosa: si va usted a cruzar el río podría aprovechar para devolver a Toby, porque no me parece en modo alguno probable que lo necesitemos ya para nada.

Me llevé, pues, a nuestro perro, y lo entregué, junto con medio soberano, en la tienda del viejo naturalista de Pinchin Lane. En Camberwell encontré a la señorita Morstan un poco cansada después de sus aventuras de la noche anterior, pero ansiosa en recibir noticias. También la señora Forrester estaba llena de curiosidad. Les conté todo cuanto habíamos hecho, suprimiendo, no obstante, los detalles más terribles de la tragedia. De ese modo, aunque hablé de la muerte del señor Sholto, nada dije de la manera exacta y del método empleado para matarlo. Sin embargo, a pesar de todas mis omisiones, había materia suficiente para sorprenderlas y asombrarlas. -¡Pero si es toda una novela! -exclamó la señora Forrester-. Una dama perjudicada, medio millón de libras, un caníbal negro y un bribón con una pata de palo. Estos personajes vienen a sustituir al dragón y al conde malvado que suele aparecer de ordinario.

-Tenemos, además, los dos caballeros andantes que acuden al rescate -agregó la señorita Morstan, mirándome con ojos encendidos.

-Pues bien, Mary: la fortuna de usted depende del resultado de esta búsqueda. Me parece que la cosa no la emociona ni con mucho lo que debiera. ¡Imagínese lo que debe ser el disponer de semejante riqueza y el tener el mundo a sus pies!

Mi corazón tuvo un pequeño estremecimiento de júbilo al comprobar que ella no mostraba síntoma alguno de entusiasmo

ante aquella perspectiva. Al contrario, sacudió su orgullosa cabeza como si ese asunto despertara poco su interés.

-Lo que me tiene ansiosa es la suerte del señor Thaddeus Sholto -dijo-. Todo lo demás, carece de importancia. Creo que ese señor se ha portado, desde el principio hasta el fin, con la mayor bondad y honradez. Nuestro deber es librarlo de esa tremenda e infundada acusación.

Era ya de noche cuando yo abandoné Camberwell, y la oscuridaci era completa cuando llegué a casa. El libro y la pipa de mi compañero estaban al lado de su silla, pero él había desaparecido. Miré por todas partes con la esperanza de descubrir una carta, pero no había ninguna. -¿Ha salido de casa el señor Holmes? -pregunté a la señora Hudson, cuando ésta entró para bajar las persianas.

-No, señor. Se ha metido en su dormitorio, señor. -Y luego me preguntó, bajando la voz hasta convertirla en un cuchicheo elocuente-: ¿Sabe usted, señor, que temo por la salud del señor Holmes? -¿Por qué, señora Hudson? -¡Es que es tan extraño! Después de marcharse usted, se puso a pasear de arriba abajo y de abajo arriba; acabé por cansarme de oír sus pasos. Después le oí que hablaba consigo mismo y que mascullaba frases, y siempre que tocaban la campanilla de la puerta, él salía a lo alto de la escalera a preguntar: «¿Quién es, señora Hudson?» Y ahora se marchó a su cuarto dando un portazo, pero sigo oyéndole pasear lo mismo que antes. Espero que no se ponga enfermo, señor.

Me arriesgué a decirle algunas palabras recomendándole un medicamenito para los enfriamientos; pero se volvió y me miró de una manera tal, que yo no sé ni cómo acerté a salir del cuarto.

-Señora Hudson, no creo que haya motivos para que se intranquilice usted -le contesté-. Yo le he visto de esa manera antes de ahora. Tiene seguramente algún problema en mente que le desasosiega.

Procuré hablar a nuestra digna patrona sin dar importancia a la cosa; pero yo mismo me sentí algo preocupado, porque durante toda la larga noche seguí oyendo de cuando en cuando el ruido monótono de sus pasos, y comprendí toda la irritación de su espíritu activo contra aquella inactividad forzada.

Cuando nos sentamos a desayunar, Holmes apareció fatigado y ceñudo, mostrando en las mejillas una mancha de tipo febril.

-Amigo mío, usted se está matando -le dije-. Le he oído pasearse durante toda la noche.

-Es que no podía dormir -contestó-. Este problema infernal está consumiéndome. Resulta demasiado duro el verse detenido por un obstáculo tan insignificante, después de haber vencido todos los demás.

Conozco a los hombres, sé cuál es la lancha, lo sé todo; y, sin embargo, no consigo noticia alguna. He puesto en acción otros grupos y he empleado todos los recursos a mi alcance. Se ha rebuscado todo el río en una y otra orilla, pero no hay noticias, y la señora Smith no las tiene tampoco de su marido. Pronto tendré que llegar a la conclusión de que ha hundido la laucha. Pero existen varias razones que lo contradicen.

-Quizá la señora Smith nos ha lanzado sobre una pista falsa.

-No, creo que hay que descartar esa suposición. He realizado investigaciones, y existe, en efecto, una lancha de esas características. -¿Y no han podido navegar río arriba?

-También esa posibilidad la he tomado en cuenta, y he enviado un grupo explorador, que actuará hasta la altura de Richmond. Si hoy no tenemos alguna noticia, mañana me lanzaré yo mismo a la búsqueda, y veré de encontrar a los individuos más bien que a la embarcación. Pero estoy seguro de que hoy tendremos alguna noticia.

Sin embargo, no la tuvimos; ni de parte de Wiggins ni de la de ningún otro de los actuantes llegó hasta nosotros una sola palabra. En la mayoría de los periódicos se publicaron artículos acerca de la tragedia de Norwood. Todos ellos se mostraban bastante hostiles al desdichado Thaddeus Sholto. Sin embargo, no había en esos artículos ningún detalle nuevo, salvo que anunciaban que al día siguiente se celebraría una encuesta judicial. A la caída de la tarde fui caminando hasta Camberwell para comunicar a aquellas señoras nuestra falta de éxito, y a mi regreso me encontré a Holmes abatido y algo malhumorado. Apenas si contestó a mis preguntas, y durante toda la velada anduvo atareado en un abstruso análisis químico, que exigió

calentar innumerables retortas y destilar gran cantidad de vapores, acabando después de todo en un olor que me obligó a salir del cuarto. Hasta las primeras horas de la madrugada seguí escuchando el entrechocar de sus tubos de ensayo, lo cual me indicó que Holmes se hallaba todavía entregado a su maloliente experimento.

Empezaba a clarear cuando desperté sobresaltado y quedé sorprendido al descubrir, de pie junto a mi cama, a Holmes vestido con las ropas de un rudo marinero: grueso chaquetón de lana y una tosca bufanda encarnada alrededor del cuello.

-Me voy río abajo, Watson -dijo-. He dado vuelta a todo el asunto en mi cabeza y sólo veo una salida. Vale la pena, en todo caso, intentarla.

-Podré acompañarle, ¿verdad? -le dije.

-No, usted puede ser mucho más útil quedándose aquí, en representación mía. Me cuesta trabajo marcharme, porque cabe perfectamente, dentro del juego, que me llegue algún mensaje durante el día, a pesar de que Wiggins se manifestó anoche muy pesimista. Quiero que abra usted todas las cartas y telegramas y que, si llega alguna noticia, actúe según le dé a entender su propio criterio. ¿Puedo contar con usted? -¡Con toda seguridad!

-Sospecho que no podrá encontrar manera de telegrafiarme, porque yo mismo me vería apurado para decirle ahora dónde andaré. Sin embargo, si la suerte me acompaña, quizá no permaneceré ausente demasiado tiempo. Antes de regresar, habré de conseguir noticias, sean las que sean.

A la hora del desayuno no sabía aún nada de Holmes. Sin embargo, al desdoblar el Standard encontré en el periódico una alusión nueva a nuestro caso. Decía así:

Con referencia a la tragedia de Upper Norwood, tenemos motivos para creer que el asunto promete ser todavía más complejo y misterioso de lo que al principio se había supuesto. Pruebas posteriores han venido a demostrar que es del todo imposible que el señor Thaddeus Sholto haya podido tener intervención de ninguna clase en el mismo. Tanto el señor Thaddeus Sholto como el ama de llaves, señora Berstone, fueron puestos en libertad ayer por la noche. Se cree, sin embargo, que la policía tiene una pista

acerca de los verdaderos culpables, pista que sigue el señor Acheiney Jones, de Scotland Yard, con toda su bien conocida energía y sagacidad. Pueden esperarse en cualquier momento nuevas detenciones.

«Hasta ahí, todo marcha satisfactoriamente -pensé yo-. El amigo Sholto, en todo caso, se encuentra a salvo. Me pregunto cuál será esa nueva pista, aunque tengo la impresión de que se trata de la frase estereotipada que emplea la policía siempre que ha cometido un error.»

Dejé el periódico encima de la mesa, pero en ese instante mis ojos descubrieron un anuncio en la sección de avisos personales. Estaba redactada de esta manera:

"Desaparecido. Mordecai Smith, barquero, y su hijo Jim, que partieron del embarcadero de Smith, a eso de las tres de la madrugada del martes pasado, en la lancha de vapor Aurora, negra con dos franjas encarnadas, chimenea negra con franja blanca. Se pagará la cantidad de cinco libras a cualquier persoima que pueda citar informes a la señora Smith, en el embarcadero Smith o en el 221 B, Baker Street, sobre el paradero de dicho Mordecai Smith y de la lancha Aurora. "

Aquello era sin duda obra de Holmes. Bastaba para demostrarlo la dirección de Baker Street. A mí me pareció un recurso ingenioso, porque podían leerlo los fugitivos sin descubrir en el mismo otra cosa que la ansiedad natural de una mujer por la desaparición de su marido.

El día resultó muy largo. Cada vez que llamaban a la puerta o que se oían en la calle pasos rápidos, yo imaginaba que o bien era Holmes que volvía, o que llegaba una contestación a su anuncio. Me esforcé por leer, pero mis pensamientos se desviaban con frecuencia hacia nuestra investigación y a los dos hombres, tan dispares y tan malvados, a quienes perseguíamos. ¿Era posible, me preguntaba, que hubiese algún fallo radical en los razonamientos de mi compañero? ¿No sería éste quizá víctima de alguna enorme alucinación? ¿No habría quizá su inteligencia, ágil y especuladora, construido su atrevida teoría sobre premisas falsas? Yo no lo había visto nunca equivocado; sin embargo, hasta el más agudo razonador puede sufrir un engaño. Holmes podía, posiblemente, equivocarse al llevar su lógica a excesos de refinamiento…, por su preferencia a buscar una explicación sutil

y extraña cuando tenía a mano otra más sencilla y más vulgar. Sin embargo, y por otro lado, yo mismo había visto las pruebas y le había oído exponer las razones que le servían para sus deducciones. Al repasar en mi imaginación la larga cadena de detalles curiosos, triviales muchos de ellos en sí mismos, pero que todos tendían a la misma dirección, no podía ocultarme a mí mismo que, aun en el caso de que la explicación de Holmes fuese incorrecta, la tesis verdadera tenía por fuerza que ser igualmente outré y sorprendente.

A las tres de la tarde resonó con fuerza la campanilla de la puerta, se oyó en el vestíbulo una voz autoritaria y, con gran sorpresa mía, fue introducido en mi habitación nada menos que Athelney Jones en persona. Sin embargo, se mostraba ahora muy distinto del profesor en sentido común, tan brusco y dominador, que tan confiadamente se había hecho cargo del caso en Upper Norwood. Su expresión era de abatimiento, y sus maneras, mansas incluso, parecían pedir disculpa.

-Buenos días, señor; buenos días -dijo-. Me dicen que el señor Holmes ha salido.

-Sí, y no sé de fijo cuándo regresará. Pero quizá desee usted esperarle. Tome esa silla y sírvase un cigarro de éstos.

-Gracias; no tengo inconveniente -dijo, enjugándose la cara con un gran pañuelo rojo estampado. -¿Un whisky con soda?

-Bueno, medio vaso. El tiempo es muy caluroso para la época del año en que estamos, y yo he tenido muchas preocupaciones y dificultades. ¿Conoce usted mi hipótesis sobre el caso de Norwood?

-Recuerdo que usted expuso una teoría.

-Pues bien: me he visto en la necesidad de reconsiderarla, Yo tenía bien sujeto en mis redes al señor Sholto, pero se me escapó por un agujero que había en su centro. Consiguió demostrar una coartada que no ha habido modo de echar abajo. Desde la hora en que se separó de su hermano ha habido en todo momento una u otra persona que no le han perdido de vista. De modo, pues, que no pudo ser él quien trepó hasta el tejado y se metió por la trampilla. Es un caso muy oscuro, y en él se juega mi crédito profesional. Me alegraría mucho recibir alguna pequeña ayuda.

-Todos nosotros la necesitamos en ocasiones -le dije.

-Su amigo, el señor Holmes, es una persona maravillosa -me dijo en un cuchicheo ronco y confidencial-. Es hombre al que nadie puede vencer. He visto a este joven acometer una buena cantidad de casos, y hasta ahora no he conocido ninguno en el que no haya conseguido arrojar luz. Es un hombre un tanto irregular en sus métodos y quizá demasiado rápido en aplicar teorías; pero, en conjunto, me parece que habría sido un agente con grandes perspectivas, y no me importa que se entere nadie de lo que digo. Esta mañana he recibido un telegrama suyo, del que saco la consecuencia de que él tiene alguna pista del caso de Sholto. Vea usted el mensaje.

Extrajo el telegrama de su bolsillo y me lo entregó. Estaba fechado en Poplar, a las doce del mediodía, y decía:

Vaya de inmediato a Baker Street. Si no he regresado, espéreme. Estoy siguiendo la pista de la pandilla de Sholto. Si quiere venir esta noche para asistir al momento final, puede acompañarnos.

-Esto suena bien. Es evidente que ha vuelto a encontrar el rastro -dije.

-Vamos... según eso él también lo había perdido -exclamó Jones con satisfacción evidente-. Hasta los mejores nos despistamos en ocasiones. Desde luego, quizá sea esta una alarma falsa; pero mi deber de funcionario de la ley es no dejar que se me escurra ninguna posibilidad. Pero hay alguien a la puerta. Tal vez sea él.

Se oyeron fuertes pisadas escaleras arriba, acompañadas de muchos jadeos y bufidos, como de un hombre a quien le cuesta mucho recobrar el aliento. El que subía se detuvo una o dos veces, como si aquel esfuerzo le resultase excesivo, pero al fin llegó hasta nuestra puerta y entró en la habitación. Su aspecto correspondía a los ruidos que habíamos escuchado. Era un anciano, con atuendo completo de marinero y un viejo chaquetón, de lana gruesa, abrochado hasta el cuello. Era cargado de espalda, le temblaban las rodillas y su respiración era dolorosamente asmática. Al apoyarse en un grueso bastón de roble, sus hombros se alzaron en un gran esfuerzo por inspirar el aire en sus pulmones. Llevaba alrededor de la barbilla una bufanda de colores, y yo pude ver muy poco su cara, fuera de un

par de ojos negros, de mirada penetrante, sombreados por unas tupidas cejas blancas, y largas patillas, también blancas. En conjunto, me produjo la impresión de un respetable y avezado marino cargado ya de años y venido a menos. -¿Qué le trae, buen hombre? -le pregunté.

El visitante miró alrededor de sí de la manera lenta y metódica propia de los ancianos. -¿Está aquí el señor Sherlock Holmes? -dijo.

-No; pero yo actúo en nombre suyo. Puedo darle cualquier mensaje que traiga para él.

-Es a él a quien yo tenía que dárselo -dijo.

-Ya le digo que actúo en nombre suyo. ¿Se trata de algo relacionado con la lancha de Mordecai Smith?

-Sí. Yo sé muy bien dónde se encuentra. Y sé dónde se hallan los hombres que persigue. Y sé dónde está el tesoro. Lo sé todo sobre el caso.

-Dígamelo entonces, y se lo comunicaré a él.

-Es a él a quien yo tenía que decírselo -repitió con la obstinación impertinente propia de toda persona muy anciana.

-Bueno, tendrá usted que esperarle.

-No, no; no voy a perder todo el día por dar gusto a nadie. Si el señor Holmes no está aquí, entonces el señor Holmes tendrá que descubrirlo todo por sí mismo. A mí no me convence el aspecto de ninguno de ustedes dos, y no les diré ni una palabra.

El viejo caminó arrastrando los pies hacia la puerta, pero Athelney Jones se le plantó delante, y le dijo:

-Espere un poco, amigo. Usted posee datos importantes y no debe marcharse de aquí. Le guste o no le guste, se quedará aquí hasta que regrese nuestro amigo.

El anciano dio una carrerita hacia la puerta, pero viendo que Athelney Jones apoyaba contra ella su ancha espalda, se convenció de que era inútil la resistencia, y gritó golpeando el

suelo con su bastón: -¡Bonita manera de tratarme es ésta! Vengo aquí para ver a un caballero, y ustedes dos, a quienes no he visto nunca en mi vida, me sujetan y me tratan de esta manera.

-No perderá usted nada con ello -le dije-. Le recompensaremos por el tiempo que haya perdido.

Siéntese en aquel sofá, y no tendrá que esperar mucho.

El viejo se dirigió con semblante malhumorado hasta el sofá, tomó asiento en el mismo apoyando la cara en sus manos. Jones y yo volvimos a nuestros cigarros y a nuestra charla. Pero súbitamente nos interrumpió la voz de Holmes, que decía:

-Creo que podrían ustedes ofrecerme a mí también un cigarro.

Los dos pegamos un salto en nuestros asientos. Holmes estaba sentado junto a nosotros, con expresión tranquilamente divertida. -¡Holmes! -exclamé yo-. ¡Usted aquí! Pero ¿dónde está el viejo?

-Aquí está el viejo -dijo, enseñándonos un montón de cabellos blancos que tenía en la mano-. Aquí está...: peluca, patillas, cejas y todo lo demás. Yo creía que mi disfraz era bastante bueno, pero no llegué a imaginarme que pudiera superar esta prueba. -¡Ah bribón! -exclamó Jones, divertido-. Hubiera usted podido ser actor, y actor extraordinario. Ha imitado con exactitud la tos de los asilos de viejos, y esas piernas temblorosas bien valen diez libras por semana. Yo creí, sin embargo, reconocer el brillo de sus ojos. Ya ve que no se nos escapó tan fácilmente.

-He trabajado todo el día con este disfraz -dijo, encendiendo su cigarro-. Es que una buena cantidad de los criminales empiezan a conocerme..., en especial desde que a nuestro amigo aquí presente le dio por publicar algunos de mis casos; por eso ya no circulo por terreno peligroso sino bajo un sencillo disfraz como éste. Recibiría mi telegrama, ¿verdad?

-Sí; eso es lo que me ha traído aquí.

-Y qué, ¿ha adelantado su caso?

-Se quedó todo reducido a la nada. Tuve que dejar en libertad a dos de mis detenidos y no hay pruebas contra los otros dos.

-No importa. Le proporcionaremos otros dos, en lugar de éstos. Pero es preciso que usted se ponga bajo mis órdenes. Le dejo con mucho gusto todo el mérito oficial, pero tiene usted que actuar siguiendo las líneas que yo trazaré. ¿Convenido?

-Por completo, si usted me ayuda a atrapar a esos hombres.

-Pues bien: necesitaré, en primer lugar, una lancha rápida de la policía, una lancha a vapor, que deberá encontrarse en Westminster Stairs a las siete.

-Eso se arregla con facilidad. Siempre anda por allí alguna; pero para estar seguros voy a cruzar la calle y telefonear.

-Necesitaré, además, dos hombres valerosos, por si se nos ofrece resistencia.

-Habrá dos o tres en la lancha. ¿Algo más?

-Cuando cojamos los hombres nos apoderaremos también del tesoro. Yo creo que para este amigo mío aquí presente sería una satisfacción llevar el cofre a la joven a quien, en justicia, pertenece la mitad. Que sea ella la primera en abrirlo... ¿Qué le parece, Watson?

-Tendría un grandísimo placer en ello.

-El procedimiento es irregular -dijo Jones, sacudiendo la cabeza-. Sin embargo, todo el negocio es irregular, y supongo que podemos acceder a ello. El tesoro deberá ser entregado después a las autoridades hasta que termine la investigación oficial.

-Desde luego. Así es como debe ser. Otro punto más. Me agradaría escuchar de boca del propio Jonathan Small algunos detalles relativos a este asunto. Ya sabe usted que en todos mis casos me gusta perfilar los detalles. ¿No habrá, pues, obstáculo para que yo mantenga con él una entrevista en privado, ya sea aquí, en mis habitaciones, o en cualquier otro lugar, siempre que ese hombre se encuentre bien custodiado?

-Bueno, usted es el dueño de la situación. Yo no tengo todavía pruebas de la existencia del tal Jonathan Small. Sin embargo, si usted es capaz de echarle el guante, no veo modo de rehusarle

una entrevista con él. -¿Entendido, pues?

-Por completo. ¿Algo más?

-Unicamente que insisto en que usted cene con nosotros. La comida estará preparada antes de media hora. Tengo ostras y un par de perdices, con un buen surtido de vinos blancos. Watson, usted no ha sabido apreciar nunca mis méritos como ama de casa.

Capítulo X

EL FINAL DE UN ISLEÑO

Nuestra cena discurrió felizmente. Cuando quería, Holmes era un extraordinario conversador, y aquella noche quiso serlo. Parecía encontrarse en un estado de exaltación nerviosa. Nunca le he visto tan brillante.

Habló sobre una rápida sucesión de temas; desde autos sacramentales hasta la vajilla medieval, los violines Stradivarius, el budismo en Ceilán y sobre los barcos de guerra del futuro. Trató todos y cada uno de los temas como si hubiese hecho un estudio especial de cada uno. Su humor alegre indicaba una reacción al sombrío abatimiento de los días anteriores. Athelney Jones resultó ser, en sus horas de asueto, un compañero agradable, e hizo frente a la comida con el aire de un bon vivant. En cuanto a mí, me sentía eufórico al pensar que nos aproximábamos al final de nuestra tarea, y me contagié en parte de la alegría de Holmes. Ninguno de los tres aludimos en el transcurso de la comida a la causa que nos había reunido.

Levantando los manteles, Holmes miró su reloj y escanció tres vasos de Oporto, diciendo:

-Bebamos un vaso por el éxito de nuestra pequeña expedición. Y ahora, es ya tiempo de que nos pongamos en camino. ¿Lleva usted pistola, Watson?

-Tengo en mi mesa mi viejo revólver de servicio.

-Entonces es preferible que lo coja. Conviene estar preparados. Veo que tenemos el coche de alquiler en la puerta. Lo cité para las seis y media.

Pasaba un poco de las siete cuando llegamos al muelle de Westminster, donde encontramos la lancha esperándonos. Holmes la examinó con ojo crítico. -¿Lleva alguna indicación de que pertenece a la policía?

-Sí; esa lámpara verde a babor.

-Pues quitadla.

Se hizo ese pequeño cambio, subimos a bordo y se soltaron las amarras. Jones, Holmes y yo íbamos en la popa. Uno de los hombres manejaba el timón, otro cuidaba de las máquinas y a proa iban dos robustos inspectores de la policía. -¿Adónde? -preguntó Jones.

-A la Torre. Dígales que se detengan frente al astillero de Jacobson.

Era evidente que nuestra embarcación era muy rápida. Cruzamos como una flecha junto al costado de las pesadas gabarras, que producían la impresión de estar inmóviles. Holmes se sonrió satisfecho al ver que alcanzábamos un vapor ribereño y lo dejábamos atrás.

-Seguramente, hemos de ser capaces de alcanzar cualquier embarcación del río -dijo.

-Quizá no a todas; pero pocas habrá que nos dejen atrás.

-Tendremos que perseguir a la Aurora, que tiene fama de correr mucho. Watson, voy a ponerlo al corriente de la situación. ¿Recuerda lo molesto que estaba al vernos obstaculizados por algo tan pequeño?

-Sí.

-Pues bien: deje descansar por completo a mi mente zambulléndome en un análisis químico. Uno de nuestros más grandes estadistas ha dicho que el mejor descanso es un cambio de actividad. Y así es, en efecto. Cuando conseguí disolver el hidrocarbono, que era la tarea en que estaba empeñado, volví al problema de los Sholto y lo revisé de nuevo desde el principio. Mis muchachos habían recorrido arriba y abajo, sin resultado, las orillas del río. La lancha no aparecía en ningún embarcadero ni muelle; tampoco había regresado. Sin embargo, resultaba difícil que la hubiesen hundido para ocultar sus huellas, aunque esta hipótesis fue siempre una posibilidad, si todo lo demás fracasaba. Yo sabía que el tal Small poseía cierto grado de astucia, pero no

le creí capaz de efectuar alguna estratagema sutil. Estas suelen ser producto de una educación más elevada. Pensé, pues, que desde el momento en que Small había permanecido, sin duda, en Londres, durante algún tiempo, como nos lo demostraba el que había mantenido contanste vigilancia sobre Pondicherry Lodge, era difícil que pudiera largarse en el acto; necesitaría algún tiempo, aunque sólo fuese un día, para arreglar sus asuntos. En todo caso, la balanza de probabilidades se inclinaba hacia ello.

-Yo creo que esa suposición era algo débil -dije-; lo más probable es que hubiera dejado liquidados sus asuntos antes de emprender su expedición.

-No; a mí me resulta difícil creerlo. Su cubil sería un refugio demasiado valioso si llegaba el caso de necesitarlo, y por ello no lo abandonaría hasta estar seguro de que podía presncinclir del mismo. Pero un segundo razonamiento me llamó poderosamente la atención. Jonathan Small debía forzosamente darse cuenta de que lo extraordinario de la figura de su compañero, por mucho que lo hubiera envuelto en ropas, daría pábulo a las charlas, y quizá le ocurriese a alguien asociarlo a esta tragedia de Norwood.

Jonathan era lo bastante inteligente como para darse cuenta de ello. Salieron de su cuartel general a cubierto de la oscuridad, y querría regresar al mismo antes que se hiciese completamente de día. Pues bien: de acuerdo con lo que nos ha dicho la señora Smith, eran más de las tres cuando llegaron a la lancha. Una hora más tarde sería completamente de día, y la gente andaría ya de un lado para otro. Por consiguiente, me dije, no debieron de ir muy lejos. Pagaron bien a Smith para que no hablase, se reservaron su lancha para la huida final y se apresuraron a regresar a su alojamiento con la caja del tesoro.

Un par de noches después, cuando hubiesen tenido tiempo de ver cómo se explicaban los periódicos y si existía alguna sospecha, emprenderían viaje, a cubierto de la oscuridad, hasta algún barco anclado en Gravesand o en los Downs, donde tendrían ya reservados sus pasajes para América o las colonias.

-Pero ¿y la lancha? No pudieron llevarse la lancha a su madriguera.

-Desde luego que no. Me dije que la lancha, a pesar de no vérsela por ninguna parte, no debía de estar lejos. Entonces me puse en

lugar de Small, y me encaré con el problema como lo habría hecho un hombre de su capacidad. Probablemente, él pensaría que si enviaba la lancha a su punto de origen, o si le ordenaba quedarse en algún muelle, facilitaría con ello a la policía su persecución, si acaso ésta le seguía la pista. ¿Cómo esconder la lancha, pero teniéndola a mano para cuando la necesitase? Yo me pregunté qué haría yo metido en sus zapatos. Sólo se me ocurrió un medio. Podía llevarla a algún astillero, encargándole que hiciese en ella algunos pequeños arreglos. De ese modo la trasladarían a su cobertizo o explanada y quedaría eficazmente oculta, pudiendo, no obstante, disponer de ella con sólo avisar con algunas horas de anticipación.

-Parece bastante sencillo.

-Lo sencillo suele ser precisamente lo que con mayor facilidad se nos pasa por alto. Pues bien: me decidí a actuar de acuerdo con esa idea. Me lancé en el acto bajo estos inofensivos atavíos de pescador y pregunté en todos los astilleros. Fracasé en quince; pero al dieciséis, el de Jacobson, averigüé que la Aurora había sido entregada allí dos días antes por un hombre con una pata de palo y que dio algunas órdenes triviales sobre un arreglo en el timón. El capataz me dijo: «A ese timón no le pasa nada. Es aquel de las franjas encarnadas que está en el suelo». Pero ¿a quién se le ocurrió presentarse en ese instante sino al mismísimo Mordecai Smith, el propietario de la lancha desaparecida? Venía bastante «tocado» por la bebida. Como ya se supondrán, yo no le habría conocido; pero él gritó su nombre y el de su lancha y dijo:

«La quiero para esta noche, a las ocho... A las ocho en punto, recuérdenlo, porque he de llevar a dos caballeros que no les agrada esperar. Era evidente que le habían pagado bien, porque venía bien provisto de dinero y repartió algunos chelines entre los hombres. Le seguí algún trecho, pero se metió en una cervecería. Entonces me volví al astillero, y como en el camino tropecé con uno de mis muchachos, le llevé conmigo y le situé de centinela junto a la lancha. Deberá permanecer al borde del agua y agitar su pañuelo cuando ellos embarquen. Nosotros estaremos al acecho en el centro de la corriente, y muy extraño será que no les echemos el guante, con el tesoro y todo.

-Sean o no los hombres que buscamos, lo ha planeado usted todo muy limpiamente -dijo Jones-.

Pero si el asunto hubiese estado en mis manos, yo habría situado un destacamento de policía dentro del astillero y habría detenido a esos hombres cuando se presentasen.

-Y no se habrían presentado nunca. Ese Small es un individuo bastante astuto. Podía enviar un explorador, y si recelaba de cualquier cosa, permanecería oculto otra semana más.

-Pero usted podía pegarse a Mordecai Smith, y de ese modo sería usted guiado a su escondite -dije yo.

-En cuyo caso habría malbaratado un día. Creo que hay cien probabilidades contra una de que Smith no sabe dónde viven. ¿Para qué preocuparse en hacer preguntas mientras dispone de bebida abundante y buena paga? Ellos le envían mensajes ordenándole lo que tiene que hacer. No; yo he meditado en todos los caminos que se podían seguir y éste es el mejor.

Mientras manteníamos esta conversación habíamos ido pasando como una flecha por debajo de la larga serie de puentes que cruzan el río Támesis. Cuando pasamos por delante de la City, los últimos rayos del sol doraban la cruz que hay en lo más alto de St. Paul. Cuando llegamos a la Torre era ya el crepúsculo.

Holmes, señalando un erizamiento de mástiles y de jarcias que había en la orilla de Surrey, dijo:

-Ese es el astillero de Jacobson. Cruzad despacio río arriba y río abajo, a cubierto de esta fila de barcazas -sacó del bolsillo unos gemelos de teatro y observó la costa durante cierto tiempo-. Veo a mi centinela en su sitio, pero no hay indicio alguno de su pañuelo - comentó. -,¿Y si fuéramos un corto trecho río abajo y permaneciésemos allí al acecho? -exclamó Jones con gran ansiedad.

Ya la ansiedad nos había ganado a todos, hasta a los policías y a los tripulantes, que sólo tenían una confusa idea de lo que traíamos entre manos. Holmes le contestó:

-No tenemos derecho a dar nada por supuesto. Existen, desde luego, diez probabilidades contra una a que vayan río abajo, pero no podemos tener la seguridad absoluta. Desde aquí podemos distinguir la entrada del astillero, mientras que ellos difícilmente pueden vernos. La noche va a ser despejada y dispondremos de

luz abundante. Debemos permanecer donde estamos. Fíjense en cómo hormiguea la gente allí, al resplandor de las luces de gas.

-Salen del trabajo en el astillero.

-Dan la impresión de unos bergantes de mal aspecto, y, sin embargo, yo supongo que todos ellos ocultan dentro su pequeña chispa inmortal. Nadie lo diría viéndolos. No existe, a priori ninguna probabilidad en su favor. ¡Qué extraño enigma es el hombre!

-Alguien lo llamó un alma encerrada dentro de una bestia -apunté yo.

-Winwood Reade escribe muy bien acerca del tema -dijo Holmes-. Hace observar que mientras el hombre, tomado individualmente, es un acertijo irresoluble, el conjunto de los hombres se convierte en una certidumbre matemática. No puede usted, por ejemplo, anunciar de antemano qué es lo que hará un hombre determinado, pero se puede prever con precisión lo que hará la mayoría de ellos. Eso es lo que dice la estadística. Pero... ¿no es un pañuelo lo que estoy viendo? Con seguridad que allí se mueve una cosa blanca.

-Sí; es nuestro muchacho -exclamé-. Lo veo con toda claridad.

-Y allí está la Aurora -exclamó Holmes-. ¡Y que navega que la llevan los diablos! Adelante y a toda velocidad, maquinista! Siga esa lancha de luz amarilla hasta alcanzarla. ¡Por vida mía que no me lo perdonaré nunca si resulta que puede más que nosotros!

La Aurora se había deslizado disimuladamente por la entrada del astillero y había avanzado por detrás de dos o tres pequeñas embarcaciones, de manera que cuando nosotros la vimos, ya ella había alcanzado toda su velocidad. Y ahora volaba río abajo, cerca de la orilla, a una marcha tremenda. Jones miró muy serio hacia ella y movió en son de duda la cabeza, diciendo:

-Es muy rápida. Dudo de que podamos alcanzarla. -¡Es preciso que la alcancemos! -exclamó Holmes entre dientes-. ¡Echadle combustible, fogoneros! ¡Exigidie todo lo que puede dar de sí! ¡Tenemos que echarles el guante aunque se queme la lancha!

Ibamos ahora bastante bien tras ella. Los hornos bramaban, los

potentes motores zumbaban y traqueteaban, lo mismo que un inmenso corazón metálico. La afilada proa, casi perpendicular, cortaba las tranquilas aguas del río y despedía a derecha e izquierda de nosotros dos olas ondulantes. A cada palpitación de las máquinas saltábamos y nos estremecíamos lo mismo que si fuéramos una sola cosa viva. Una gran linterna amarilla, colocada a proa, proyectaba delante de nosotros un haz de luz largo y fluctuante. Más allá, en línea recta, un manchón sobre el agua nos indicaba el lugar en que estaba la Aurora, y el remolino de blanca espuma que dejaba detrás pregonaba la marcha que llevaba. Avanzamos como una flecha, dejando atrás barcazas, vapores y navíos mercantes, surgiendo por detrás de unos y dando un quiebro a otros; pero la Aurora seguía rugiendo, y nosotros detrás, pegados a su estela. -¡Echad más carbón; echadlo, hombres! -gritó Holmes asomándose a mirar hacia abajo, a la sala de máquinas, y recibiendo en su cara anhelante y aguileña el fiero resplandor que de allí ascendía-. Subid la presión hasta la última libra.

-Creo que vamos acortando un poco la distancia -dijo Jones, con sus ojos fijos en la Aurora.

-Estoy seguro de que sí -le dije-. Antes de pocos minutos estaremos a la par suya.

Sin embargo, en ese instante, y como si una fatalidad desgraciada lo hubiese hecho a propósito, se interpuso entre la Aurora y nosotros un remolcador que arrastraba tres barcazas. Sólo un giro total de la rueda de nuestro timón nos libró de un choque, aunque, para cuando pudimos contornear el obstáculo y volver a ponernos en nuestro rumbo, la Aurora nos había sacado una ventaja de otros buenos doscientos metros. Sin embargo, seguía estando bien a la vista, y la luz incierta y borrosa del crepúsculo cedía el paso a una noche clara y estrellada. Nuestras calderas habían alcanzado su presión máxima, y el débil cascarón vibraba y crujía por efecto del empuje furioso que nos arrastraba. Habíamos pasado en trompa por el Pool, habíamos dejado atrás los muelles de la West India, cruzando Deptford Reach después de contornear la isla de los Perros.

La mancha borrosa que llevábamos por delante de nosotros se fue transformando hasta dibujarse con bastante claridad la elegante silueta de la Aurora. Jones la enfocó con nuestro proyector móvil y pudimos distinguir con claridad las figuras de los hombres que

iban a bordo. Un hombre iba sentado a popa con un objeto negro entre las rodillas, sobre las que se apoyaba. A su lado se veía una masa oscura, que producía la impresión de un perro de Terranova tumbado. El muchacho empuñaba la caña del timón, y pude yo, al rojo resplandor del horno, distinguir a Smith padre, desnudo hasta la cintura y echando carbón como si en ello se jugara la vida. Quizás al principio tuvieran alguna duda sobre si eran ellos a quienes perseguíamos, pero ya no podían dudar, viéndonos tomar todos sus cambios de rumbo. A la altura de Greenwich estábamos a unos trescientos pasos detrás suyo. En Blackwell no llevábamos más de doscientos cincuenta. Durante la accidentada carrera de mi vida he perseguido en muchos países a muchas clases de animales, pero jamás partida alguna me produjo una emoción tan arrebatada como esta caza, llevada a una velocidad de locura, en pos del hombre. Támesis abajo,vara tras vara, íbamos acortando siempre distancias. Podíamos oír en el silencio de la noche el jadeo y los redobles de su máquina. El hombre de popa seguía agazapado sobre cubierta, pero sus brazos se movían como si estuviesen atareados en algo: de cuando en cuando alzaba la vista y medía con la mirada la distancia que todavía nos separaba. Ibamos acercándonos cada vez más. Jones les gritó que se detuviesen. Ya sólo estábamos a cuatro largos de la lancha, y la suya y la nuestra volaban a velocidades tremendas. Corríamos por una sección despejada del río, con Barking Level a un lado y las melancólicas marismas de Plumbstead al otro. Al oír nuestros gritos, el hombre que iba a popa se puso bruscamente en pie sobre cubierta y nos amenazó con los puños crispados, lanzándonos al mismo tiempo maldiciones con voz chillona y cascada. Era un hombre fornido, de regular estatura. Al erguirse y afianzarse, abriendo el compás de las piernas, vi que tenía amputada la pierna hasta la altura del muslo y que llevaba una pata de palo. La masa oscura acurrucada sobre cubierta se movió cuando resonaron los gritos estridentes e irritados, y al erguirse la vimos transformada en un hombrecillo negro, el más pequeño que yo había visto nunca, de cabeza grande y deforme y una mata de cabellos rizados y enmarañados. Holmes había sacado ya su revólver, y yo saqué de un tirón el mío, al distinguir a aquel hombre salvaje y deforme.

Estaba envuelto en una especie de capote o manta negra que sólo dejaba su cara al descubierto, pero esa cara era suficiente para quitarle a cualquiera el sueño. Jamás he visto facciones que tuvieran tan profundamente impresa la marca de la bestialidad y la crueldad. Sus ojillos brillaban y ardían con una luz siniestra, y

sus gruesos labios se arrugaban hacia arriba y hacia abajo, mostrándonos los dientes y farfullando con furia medio bestial.

-Dispare su arma si levanta la mano -dijo tranquilamente Holmes.

Sólo nos separaba ya el largo de lancha: podíamos casi tocar nuestra presa con las manos. Me parece estar viendo a aquellos dos hombres: el blanco, con su pata de palo y las piernas abiertas, vociferando maldiciones, y el enano infernal, con su cara repugnante y sus dientes fuertes y amarillos rechinando; ambos enfocados por la luz de nuestra linterna.

Suerte fue que le viésemos con tal claridad. Estábamos mirándole cuando extrajo de debajo de sus ropas un trozo de madera largo y redondo, parecido a la regla de un escolar, y se lo llevó a los labios. Nuestras pistolas dispararon simultáneamente. El hombre giró sobre sí mismo, extendió hacia arriba los brazos, dejó escapar una especie de tos ahogada y cayó de costado al río. Aún pude captar la visión rápida y breve de sus venenosos y amenazadores ojos destacándose entre el blanco remolino de las aguas. En ese mismo instante, el hombre de la pata de palo se abalanzó sobre la rueda del timón y la empujó bruscamente hacia un lado, dirigiendo su lancha hacia la orilla sur, mientras nosotros cruzábamos, disparados, por detrás de su popa, a sólo unos pocos pies de distancia. Nos bastó un instante para virar y salir tras la Aurora, pero la otra lancha estaba ya muy cerca de la orilla. Era aquel un sitio salvaje y desolado; la luz de la luna brillaba sobre una ancha extensión de tierras pantanosas, en las que se veían charcas de agua estancada y macizos de vegetación podrida. La Aurora fue a chocar, con un ruido sordo, contra la ribera fangosa, quedando su proa en alto y su popa al nivel de las aguas. El fugitivo saltó a tierra, pero su pata de palo se hundió instantáneamente y por completo en el blando suelo. Fue inútil que forcejease y se retorciese. No podía dar un solo paso hacia adelante ni hacia atrás. Vociferó con rabia impotente y pateó frenético en el barro con el otro pie; pero con su forcejeos sólo consiguió que la pata de madera se hundiese aún más en la ribera pegajosa. Cuando emparejamos nuestra lancha a la Aurora se hallaba nuestro hombre anclado con tal seguridad, que tuvimos que echarle un cabo de cuerda por encima de los hombros, y sólo así logramos sacarlo e izarlo por encima de nuestra horda, igual que a un pez diabólico. Los dos Smith, padre e hijo, permanecían sentados y ceñudos en su lancha, pero subieron mansamente a bordo de la nuestra cuando se les ordenó. Desembarrancamos la

Aurora y la sujetamos a nuestra popa. Sobre la cubierta encontramos un sólido cofre de hierro de artesanía india. No cabía duda de que era el que había contenido el infausto tesoro de los Sholto. No tenía llave alguna, pero pesaba mucho, y por eso la trasladamos con cuidado a nuestro pequeño camarote. Cuando remontamos el río, a poca velocidad, dirigimos nuestro proyector móvil en todas direcciones; pero no hallamos rastro alguno del isleño. En alguna parte del fangoso lecho del Támesis yacen los huesos de aquel extraordinario visitante de nuestras costas.

-Vea usted aquí -dijo Holmes, señalando hacia la escotilla de madera-. No fuimos lo bastante rápidos con nuestras pistolas.

En efecto: uno de aquellos dardos asesinos, que nosotros conocíamos bien, estaba clavado detrás del sitio en que habíamos estado sentados. Debió de pasar silbando entre nosotros en el instante que disparábamos.

Holmes lo miró sonriente y se encogió de hombros con su habitual despreocupación; pero yo confieso que me sentí enfermo de sólo pensar en la horrible muerte que tan cerca de nosotros había pasado aquella noche.

Capítulo XI

EL GRAN TESORO DE AGRA

Nuestro prisionero estaba sentado en el camarote, frente a la caja de hierro por la que tanto se había ingeniado y para hacerse con la cual tanto tuvo que esperar. Era un individuo atezado, de mirada atrevida, con sus facciones de caoba recubiertas de una red de pliegues y arrugas que pregonaban una dura vida a la intemperie. La punta barbuda de su mandíbula era de una prominencia extraordinaria, que delataba a un hombre al que no era fácil desviar de sus propósitos. Tendría alrededor de sus cincuenta años, porque sus cabellos negros y ensortijados estaban veteados de abundante gris. No era totalmente desagradable su rostro en reposo, aunque sus cejas espesas y su barbilla agresiva le daban una expresión terrible cuando las conmovía la ira, según yo acababa de ver. Ahora se hallaba con las manos esposadas sobre el regazo y la cabeza hundida en el pecho, mientras contemplaba con ojos vivos y centelleantes el cofre que había sido la causa de todas sus malas acciones. En la expresión rígida y reprimida de su rostro me pareció observar más pesar que furia. Incluso en un momento dado alzó su mirada hacia mí, y había en ella un algo que parecía un atisbo de humor.

-Bueno, Jonathan Small; siento que hayamos llegado a esta situación -dijo Holmes encendiendo un cigarro.

-Y yo también -contestó él con franqueza-. No creo que puedan colgarme por esto. Le juro por la Biblia que yo no levanté la mano contra Sholto. Fue ese pequeño sabueso infernal de Tonga quien le disparó y clavó uno de sus malditos dardos. Yo no tuve en ello parte alguna, señor. Me dolió, igual que si se hubiese tratado de un pariente mío. Golpeé por ello al pequeño demonio aquel con varios latigazos fuertes del extremo de la soga; pero el mal estaba hecho, y no me hallaba en condiciones de repararlo.

-Fume un cigarro -dijo Holmes-. Y lo mejor que podría hacer usted es echar un trago de mi frasco, porque está usted empapado. ¿Cómo esperaba que ese negroide, pequeño y débil,

dominase al señor Sholto mientras usted trepaba por la cuerda?

-Parece que usted lo sabe todo como si hubiera estado viéndolo. La verdad es que esperaba encontrar desierta la habitación. Estaba bastante bien enterado de las costumbres de la casa, y Sholto solía bajar a esa hora a cenar. No guardaré secreto alguno en este asunto. La mejor defensa que puedo tener será decir toda la verdad. En cambio, si se hubiese tratado del viejo mayor me habría lanzado sobre él con corazón alegre. Me habría importado tan poca cosa acabar con él como fumarme este cigarro. Pero es condenadamente duro el tener que ir a presidio por la muerte de ese joven, Sholto, contra el que yo no tenía ninguna deuda pendiente.

-Se encuentra usted en manos del señor Athelney Jones, de Scotland Yard. Lo va a conducir a mis habitaciones particulares, y usted me hará un relato completo de todo el asunto. Tendrá que hablarme con el corazón en la mano, y si así lo hace, pienso que podré serle útil. Creo que podré demostrar que el veneno obra con tal rapidez, que el hombre ya estaba muerto cuando usted llegó a la habitación.

-Sí, señor; así fue. Jamás el corazón me dio un vuelco tan grande como cuando, al entrar por la ventana lo vi, sonriéndome de aquella manera, con la cabeza caída sobre el hombro. Le digo, señor, que me produjo una gran sacudida. Si Tonga no se hubiese escabullido, creo que le habría matado. Esa fue la causa de que se dejase allí su maza y también algunos de los dardos, según me dijo; creo que ellos le pondrían a usted en nuestra pista, aunque no me explico cómo fue usted capaz de atraparnos. No le guardo rencor por ello. -Luego agregó con amarga sonrisa-: Sí que resulta por demás extraño el que yo, que puedo reclamar en justicia mi parte de medio millón de libras esterlinas, me haya pasado la primera etapa de mi vida construyendo una presa de agua en Andamán y tenga, probablemente, que pasarme la otra mitad cavando zanjas en Dartmoor. Día desgraciado para mí aquel en que puse por vez primera mis ojos en el mercader Achmet y tuve relación con el tesoro de Agra, que hasta ahora sólo maldiciones ha acarreado a cuantos lo han poseído. Al mercader le acarreó el ser asesinado; al mayor Sholto, temor y remordimientos, y a mí, esclavitud para toda la vida.

AthelneyJones asomó en ese instante la cabeza y los hombros en el minúsculo camarote, y dijo:

-Parece que estamos en una reunión de familia. Me están entrando ganas de echarle un trago a esa botella, Holmes. Bien, creo que todos podemos felicitarnos mutuamente. Lástima ha sido que no le hayamos echado el guante con vida al otro, pero no hubo elección posible. Oiga, Holmes: creo que se salió con la suya por un pelo. Hicimos lo único posible para alcanzar a la otra lancha.

-Bien está lo que bien acaba -dijo Holmes-. Pero la verdad es que ignoraba que la Aurora fuese un clíper tan veloz.

-Smith asegura que es una de las lanchas más veloces que surcan el río, y que si hubiera contado con otro hombre que le ayudase en la máquina, no le habríamos alcanzado jamás. Jura que nada sabía de ese asunto de Norwood.

-Y es cierto lo que dice. No sabía ni una palabra -exclamó nuestro prisionero-. Elegí su lancha porque había oído decir que volaba. Nada le dijimos, pero le pagamos bien, y habría recibido un premio espléndido si hubiésemos alcanzado a nuestro vapor, el Esmeralda, en Gravesand, barco que zarpaba para el Brasil.

-Bueno; si él no ha hecho nada malo, ya cuidaremos de que nada malo le ocurra a él. Si somos bastante rápidos en echar el guante a la gente, no lo somos tanto en condenarla.

Resultaba divertido el ver cómo aquel fatuo de Jones empezaba ya a darse importancia por aquella captura. La leve sonrisa que jugueteó en la cara de Sherlock Holmes me hizo comprender que no le habían pasado inadvertidas aquellas palabras.

-Estaremos en al puente de Vauxhail en un instante -dijo Jones-, y allí lo desembarcaré a usted con el tesoro, doctor Watson. No necesito decirle que al dar este paso tomo sobre mí una grave responsabilidad.

Es algo fuera de las normas, pero lo convenido obliga. Sin embargo, y teniendo en cuenta lo valioso de la carga que lleva, creo que es mi deber enviar en su compañía a un inspector. Irá en coche, ¿verdad?

-Sí; iré en coche.

-Es una lástima que el cofre no tenga llave para que podarnos hacer antes un inventario. ¿Dónde está la llave, hombre?

-En el fondo del río -contestó secamente Small. -¡Ya! No hacía falta que nos diese esa molestia inútil. Ya nos ha dado, aun sin eso, bastante trabajo. En fin, doctor, no necesito advertirle que tenga mucho cuidado. Vuelva con el cofre a las habitaciones de Baker Street. Allí nos encontrará, camino de la comisaría.

Me desembarcaron en Vauxhall con mi pesado cofre de hierro y con un inspector, franco y simpático, de acompañante. Una carrera de un cuarto de hora en coche nos condujo hasta la casa de la señora Cecil Forrester. El criado mostró su sorpresa ante una visita tan tardía. Me explicó que la señora había salido y que, probablemente, volvería muy tarde. Pero la señorita Morstan sí que estaba en la sala; y a la sala fui llevando en brazos el cofre y dejando en el coche al amable inspector.

La joven se hallaba sentada junto a la ventana abierta. Vestía con una especie de tejido blanco y diáfano, con algunos toques de escarlata en el cuello y los puños. La luz suave de una lámpara con pantalla se proyectaba sobre ella; estaba recostada en un sillón de mimbre; la luz jugueteaba en su cara, dulce y seria, tiñendo de centelleos suaves y metálicos los rizos brillantes de su espléndida cabellera. Una mano y uno de su brazos marfileños colgaban a un costado del sillón, y el conjunto de su postura y de su rostro expresaban una absorbente melancolía. Sin embargo, al oír mis pasos se puso rápidamente en pie y sus pálidas mejillas se colorearon con un vivo sonrojo de sorpresa y de placer.

-Oí detenerse un coche -dijo-, y pensé que la señora Forrester regresaba muy pronto; pero ni en sueños se me ocurrió que fuese usted. ¿Qué noticias me trae?

-Le traigo algo mejor que noticias -le dije, depositando encima de la mesa el cofre y expresándome con jovialidad y bullicio, aunque sentía un peso en el corazón-. Le traigo una cosa que vale por todas las noticias del mundo. Le traigo una fortuna.

Ella miró el cofre de hierro. -¿De modo que ese es el tesoro? -preguntó con bastante frialdad.

-Sí: éste es el gran tesoro de Agra. Una mitad le pertenece a usted, y la otra mitad, a Thaddeus Sholto.

Les corresponderá a cada uno un par de cientos de miles de libras. Una renta anual de unas diez mil libras.

Pocas jóvenes habrá en Inglaterra más ricas que usted... ¿No es esto magnífico?

Creo que debí exagerar mi satisfacción y que ella se dio cuenta de que mis felicitaciones sonaban a hueco, porque le vi arquear un poco las cejas y clavar en mí una miraba llena de curiosidad.

-Si tengo el tesoro, a usted se lo debo -dijo.

-No, no -le contesté-. No a mí, sino a mi amigo Sherlock Holmes. Con toda mi voluntad no habría sido yo capaz de seguir una pista que ha puesto en apuros incluso su genial capacidad para el análisis. Y con todo y con eso, casi estuvimos a punto de perderlo en el último instante.

-Por favor, siéntese y cuéntemelo todo, doctor Watson -dijo ella.

Le relaté con brevedad todo cuanto había ocurrido desde nuestra última entrevista: el nuevo método empleado por Holmes en la búsqueda, el hallazgo de la Aurora, la aparición de AthelneyJones, nuestra expedición nocturna y la furiosa persecución, Támesis abajo. Ella escuchaba mi relato de aquellas aventuras con los labios entreabiertos y los ojos brillantes. Cuando le hablé del dardo que tan cerca nos había pasado, se puso tan pálida que temí fuese a desmayarse. Me apresuré a servirle agua, y entonces me dijo:

-No es nada. Ya vuelvo a estar bien. Es que me afectó muchísimo el enterarme de que había expuesto a mis amigos a tan horrible peligro.

-Pero todo eso ya pasó -le contesté-. No fue nada. No quiero contarle más detalles lúgubres.

Hablemos de algo más alegre. Ahí está el tesoro. ¿Puede haber nada más alegre? Conseguí permiso para traérselo, creyendo que le interesaría ser la primera en verlo.

-Me interesaría muchísimo -dijo ella. Pero no había en su voz ninguna emoción. Más bien parecía que temiera parecer poco

elegante al declararse indiferente hacia algo que tanto había costado obtener. -¡Qué cofre más bello! -dijo, inclinándose para examinarlo-. Es trabajo indio, ¿verdad?

-Sí; trabajo en metal de Benarés. -¡Y cuánto pesa! -exclamó intentando levantarlo-. El cofre, de por sí, debe ya de valer bastante. ¿Dónde está la llave?

-Small la tiró al Támesis -le contesté-. Tendré que recurrir a un atizador de la señora Forrester.

El cofre tenía en el frente un pasador grueso y ancho, forjado, que representaba la imagen de un Buda sedente. Metí debajo el extremo del atizador e hice con el mismo palanca hacia afuera. El pasador saltó con un fuerte chasquido, quedando el cofre abierto. Levanté con dedos temblorosos la tapa. Ella y yo nos quedamos atónitos. ¡El cofre estaba vacío!

No era extraño que pesase tanto. La obra de hierro tenía en toda su extensión dos tercios de pulgada de espesor. Era maciza, bien fabricada; sólida, como recipiente destinado a transportar objetos de gran valor: pero en su interior no había sombra de joyas o metales preciosos. Estaba absoluta y totalmente vacío. -¡E1 tesoro se ha perdido! -dijo la señorita Morstan con tranquilidad.

Al oír esas palabras y darme cuenta de su alcance, pareció que desaparecía de mi alma una densa sombra.

No supe todo lo que me había abrumado aquel tesoro de Agra hasta ahora que la pesadilla quedaba apartada de una manera definitiva. Esto era, sin duda, egoísta, desleal e injusto; pero yo no advertí sino que la barrera de oro desaparecía de entre nosotros. -¡Gracias sean dadas a Dios! -exclamé desde el fondo de mi corazón.

Ella me miró con sonrisa rápida e interrogadora. -¿Por qué lo dice usted? -me preguntó.

-Porque está usted de nuevo a mi alcance -dije, cogiendo su mano. Ella no la retiró-. Porque la amo, Mary, tan lealmente como jamás un hombre amó a una mujer. Porque ese tesoro, esas riquezas sellaban mis labios. Ahora que han desaparecido puedo decirle cuanto la amo. Por esa razón exclamé: ¡Gracias sean

dadas a Dios!

-Entonces, yo también digo: ¡Gracias sean dadas a Dios! -murmuró ella al atraerla hacia mí.

Si alguien había perdido aquella noche un tesoro, yo, por lo menos, había ganado uno.

Capítulo XII

LA EXTRAÑA HISTORIA DE

JONATHAN SMALL

El inspector que había quedado en el coche de alquiler era hombre de paciencia, porque tuvo tiempo de aburrirse hasta que volví a reunirme con él. Su rostro se ensombreció cuando le mostré la caja vacía. -¡Se nos fue la recompensa! -dijo sombríamente-. Donde no hay dinero, no hay paga. Si el tesoro hubiese estado allí dentro, la labor de esta noche nos habría valido a Sam Brown y a mí sendos billetes de diez libras.

-El señor Thaddeus Sholto es un hombre rico -le dije-; él cuidará de que ustedes reciban su recompensa, con tesoro o sin él.

Sin embargo, el inspector movió la cabeza con desaliento.

-Mal asunto -repitió-; y lo mismo le parecerá al señor Athelney Jones.

Su predicción resultó exacta, porque el detective oficial se quedó mirando con bastante turbación cuando le enseñé el cofre vacío. Acababan, precisamente, de llegar él, Holmes y el preso, porque por el camino habían alterado sus planes respecto al trámite de presentar el informe en la comisaría. Mi compañero estaba arrellanado en su sillón y tenía la expresión que era en él habitual, mientras que Small se hallaba sentado frente a él, imperturbable y con su pata de palo cruzada sobre su pierna sana. Cuando mostré el cofre vacío se echó hacia atrás en su silla y se echó a reír ruidosamente.

-Esto es cosa suya, Small -dijo Athelney Jones, irritado.

-Sí; tiré el tesoro donde no puedan ustedes nunca echarle mano -exclamó jubiloso-. El tesoro es mío, y si yo no puedo quedarme con el botín, he de tener buen cuidado de que tampoco aproveche a nadie. Les digo a ustedes que no hay ser viviente con derecho al tesoro, fuera de los tres hombres que se hallan

actualmente en el presidio de Andamán y yo. Sé que no podré yo beneficiarme del tesoro y sé que tampoco se podrán beneficiar ellos. He actuado siempre pensando más en ellos que en mí mismo.

Siempre hemos sido fieles al signo de los cuatro. Pues bien, tengo la seguridad de que ellos aprobarían mi manera de obrar y que preferirán que haya tirado el tesoro al Támesis antes de permitir que fuese a parar a manos de parientes y amigos de Sholto o de Morstan. No hicimos lo que hicimos con Achmet para enriquecerlos a ellos. El tesoro lo encontrarán ustedes en el mismo lugar que la llave y que al pequeño Tonga. Cuando comprendí que la lancha nos alcanzaría, puse el botín en lugar seguro. Por esta vez la cosa no les va a producir rupias a ustedes.

-Small, usted nos está engañando -dijo Athelney con severidad-. Si hubiese deseado arrojar el tesoro al Támesis, le hubiera sido más fácil tirarlo con cofre y todo.

-Sí; habría sido más fácil para mí tirarlo y más fácil para ustedes el recuperarlo -contestó, mirando de soslayo con expresión astuta-. El hombre que era lo bastante inteligente para seguirme la pista lo sería igualmente para extraer del fondo del río un cofre de hierro. Pero como las joyas están desparramadas en un trayecto de cinco millas, más o menos, la tarea resultará mucho más dificil. La verdad es que me dolió en el alma hacerlo. Cuando ustedes nos alcanzaron, estaba yo medio loco. Pero de nada sirven las lamentaciones. En el transcurso de mi vida he tenido altibajos y he aprendido a no llorar ante la leche derramada.

-Este es un asunto muy serio, Sinail -dijo el detective-. Si usted hubiese ayudado a la justicia, en vez de burlarla de este modo, tendría muchas más probabilidades de salir bien parado del juicio. -¡La justicia! -exclamó, con expresión de mofa, el ex presidiario-. ¡Bonita justicia! ¿De quién era este botín sino nuestro? ¿Dónde hay justicia en que yo lo hubiese entregado a quien jamás se lo ganó? ¡Vean, en cambio, cómo me lo gané yo! Veinte años largos pasé en aquellas tierras pantanosas e infectadas de fiebres, trabajando de día entre los mangles y pasando las noches con grilletes en las sucias chozas de los convictos, comido por los mosquitos, sacudido de tercianas, humillado por las fanfarronadas de todos aquellos guardianes negros, que se cobraban en mí sus cuentas contra los hombres blancos. Así fue como yo me gané el tesoro de Agra. ¡Y ustedes

me hablan de justicia porque no puedo soportar la idea de que hubiese yo pagado ese precio únicamente para que otro disfrutase del tesoro!

Preferiría que me ahorcasen veinte veces, o que me clavasen uno de esos dardos de Tonga, que pasarme la vida en una celda de presidio y saber que otro hombre vive cómodamente en un palacio gracias a un dinero que debería ser mío.

Small había dejado caer su máscara de estoicismo, y sus palabras le brotaron en furioso torbellino de su boca, mientras sus ojos llameaban y las esposas chocaban entre sí con ruido metálico en sus desatinados manoteos. Viendo los furores y arrebatos de aquel hombre, comprendí que no era ni infundado ni extraordinario el terror que había poseído al sargento Sholto cuando se enteró por vez primera de que el perjudicado presidiario había encontrado su pista.

-Se olvida usted de que nosotros nada sabemos de todo esto -le dijo con calma Holmes-. No nos ha contado todavía su historia y no podemos juzgar hasta qué punto la justicia estuvo primitivamente de su parte.

-Bien, señor; aunque me doy cuenta de que es a usted a quien debo el encontrarme esposado en este momento, me ha hablado en todo instante con mucha consideración. No le guardo, pues, rencor. Ha jugado limpio y de frente. Si desea oír el relato de mi vida, yo no tengo ningún deseo de ocultarla. Lo que le digo es el evangelio hasta la última palabra. Gracias.

Puede usted colocar el vaso aquí, a mi lado, y yo acercaré a él mi boca si tengo sed. »Yo soy del Worcestershire, y nací cerca de Pershore. Creo que si usted quiere averiguarlo, encontrará que aún hoy viven allí un puñado de gentes de apellido Small. Muchas veces me entraron ganas de darme una vuelta por allí, pero la verdad es que nunca he dado motivos para que la familia se sintiera orgullosa de mí, y dudo de que se alegrasen mucho de verme. Eran todos ellos gente formal, frecuentadora de la capilla, pequeños granjeros, muy conocidos y respetados en la región; yo, en cambio, fui siempre un poco vagabundo. Pero cuando tenía alrededor de dieciocho años dejé de ocasionarles molestias, porque tuve un lío por cuestión de una muchacha, y no encontré otro medio de salir del paso que aceptando el chelín de la reina y alistándome en el tercero de Coraceros, que estaba a punto de

salir para la India. »Poco era, sin embargo, lo que estaba destinado a servir en la milicia. Había salido apenas del aprendizaje del paso de ganso y el manejo del mosquete cuando cometí la tontería de ponerme a nadar en el Ganges.

Por suerte para mí, John Holder, sargento de mi compañía, que era uno de los mejores nadadores del regimiento, estaba también en el agua. Cuando yo cruzaba por el centro del río, me cogió un cocodrilo y me cortó la pierna derecha con la misma limpieza que hubiera podido hacerlo un cirujano, justamente por encima de la rodilla. Me desmayé, por efecto del traumatismo y de la pérdida de sangre, y me habría ahogado si Holder no me hubiera cogido y conducido a nado hasta la orilla. Estuve cinco meses en el hospital. Cuando, al fin, pude salir cojeando de éste, con mi pata de palo sujeta al muñón, me encontré dado de baja en el ejército por invalidez e incapaz de dedicarme a ocupaciones activas. »Ya se imaginarán ustedes la desgracia que aquello significaba para mí, porque, sin haber cumplido aún los veinte años, me veía convertido en un completo inválido. Sin embargo, esa desgracia resultó pronto una bendición disimulada. Un señor llamado Abel White, que había llegado allí para dedicarse al cultivo del añil, tuvo necesidad de un capataz que vigilara a sus coolies y les hiciera trabajar. Resultó ser amigo del coronel, que desde mi accidente se tomó gran interés por mí. Para abreviar una larga historia, el coronel me recomendó con gran insistencia para el cargo, y como el trabajo tenía que hacerse principalmente a caballo, mi pierna no resultaba un gran inconveniente, porque me había quedado suficiente muslo para sujetarme bien a la silla. Lo que yo tenía que hacer era recorrer los cultivos a caballo, vigilar a los hombres durante el trabajo y dar cuenta de los haraganes. La paga era bastante buena, yo estaba bien instalado y, en una palabra, me di por satisfecho con pasar el resto de mi vida en una plantación de añil. Abel White era hombre bondadoso; muchas veces se dejaba caer por mi chabola y fumaba una pipa en mi compañía, porque los blancos, cuando están por aquellos países, gustan de reunirse entre sí puesto que jamás acaban por sentirse en casa. »Pero mi buena suerte no fue nunca muy duradera. De pronto, y sin ninguna clase de previo aviso, estalló la gran insurrección. La India estuvo durante un mes tan tranquila y pacífica, en apariencia, como Surrey o Kent; al mes siguiente andaban desatados un par de cientos de miles de diablos morenos y todo el país era un completo infierno. Pero ustedes, caballeros, están bien enterados de todo eso... probablemente mucho mejor que yo, porque la lectura no ha sido

mi especialidad. Sólo sé lo que tengo visto con mis propios ojos. Nuestra finca estaba en un lugar llamado Muttra, cerca de la frontera de las provincias del Noroeste. Noche tras noche iluminaban el firmamento los incendios de bungalows, y día tras día pasaban por nuestra finca pequeños grupos de europeos con sus mujeres e hijos camino de Agra, lugar donde estaban estacionadas las tropas más próximas. El señor Abel White era un hombre obstinado. Se le había metido en la cabeza que se exageraba la cosa y que la insurrección se apagaría tan súbitamente como había estallado. Y permanecía sentado en la terraza, bebiendo whisky con soda y fumando sus puros, mientras toda la región circundante ardía. Como es natural, Dawson y yo nos mantuvimos a su lado.

Dauson, con su mujer, llevaba los libros y la administración. Y un buen día llegó la catástrofe. Yo había estado ausente en una plantación distante y regresaba al atardecer a casa cabalgando a paso cansino. De pronto, mis ojos vieron un bulto confuso que había en el fondo de una hondonada. Bajé en mi caballo para ver de qué se trataba y la sangre se me heló al reconocer a la esposa de Dawson, cortada en trozos y medio comida por los chacales y los perros salvajes. Algo más adelante yacía Dawson, de bruces en la carretera, cadáver ya, con un revólver descargado en la mano y cuatro cipayos caídos a escasa distancia, uno junto a otro. Frené mi caballo, preguntándome qué camino debería tomar; pero en ese instante vi una espesa humareda que ascendía del bungalow de Abel White, y ya empezaban a salir llamas por el tejado.

Comprendí que nada bueno podía hacer por mi patrón y que con intervenir solo conseguiría perder la vida. Desde donde estaba podía distinguir cientos de demonios negros, vestidos aún con sus chaquetillas rojas, bailando y aullando alrededor de la casa en llamas. Algunos de ellos me señalaron a los demás, y un par de halas pasaron junto a mi cabeza. Huí, pues, cruzando los arrozales, y ya muy avanzada la noche me vi a salvo dentro de los muros de Agra. »Pero resultó que tampoco allí se estaba muy seguro. La región entera andaba revuelta como un enjambre furioso. Allí donde los ingleses consiguieron reunirse en pequeños grupos, eran dueños del terreno hasta donde alcanzaban sus fusiles. En todos los demás lugares eran fugitivos sin amparo. Luchaban millones contra centenares; y lo más cruel de todo resultaba que los hombres contra quienes combatíamos, infantería, caballería y artillería, eran nuestras tropas elegidas, a

las que habíamos adiestrado y entrenado, y que se servían de nuestras propias armas y usaban nuestros mismos toques de corneta. Agra se hallaba guarnecida por el tercero de Fusileros de Bengala, algunos sikhs, dos escuadrones de caballería y una batería de artillería. Se había formado un cuerpo de voluntarios con los empleados y comerciantes, y a él me agregué con mi pata de palo y todo. A principios de julio salimos al encuentro de los rebeldes en Shahgunge, y los rechazamos durante algún tiempo, pero al agotarsenos la pólvora tuvimos que retirarnos a la ciudad. »Sólo nos llegaban malas noticias de todas partes cosa de la que no hay que sorprenderse, porque si ustedes consultan el mapa, verán que nos encontrabamos en el corazón mismo de la revuelta. Lucknow está a algo más de cien millas hacia el este. y Cawnpore, a una distancia parecida hacia el sol. Desde todos los puntos cardinales, sólo nos llegaban noticias de torturas, asesinatos y atropellos.

Agra es una gran ciudad, en la que polulan toda clase de fanáticos y furiosos adoradores del demonio.

Entre las calles, estrechas y tortuosas, hubiera estado perdido un puñado de hombres. En vista de ello, nuestro jefe nos hizo cruzar el río y estableció su posición en el viejo fuerte de Agra. Es un sitio por demás extraño, el más extraño de cuantos yo conozco, a pesar de que he estado en rincones por demás extraordinarios. Yo no sé, caballeros, si habrán leído u oído hablar de aquel viejo fuerte. En primer lugar; se distingue por su enorme tamaño. Yo diria que el recinto abarca varios acres. Tiene una parte moderna, Con la que con gran holgura cupo toda nuestra guarnicion, las mujeres, los niños, los almacenes y todo lo demás. Pero la parte moderna no tiene ni punto de comparación con la parte vieja, que nadie visita y que está abandonada a los escorpiones y ciempiés. Está llena por todas partes de grandes salones desiertos, tortuosos pasillos y largos corredores que se entrecruzan, de modo que es fácil que cualquiera pudiera perderse. Por esta razón, era muy raro que nadie se metiese por aquella parte, aunque, de cuando en cuando, algún grupo, provisto de antorchas, se lanzaba a explorar »El río baña la parte frontera del viejo fuerte y de este modo lo protege; pero a los costados y en la parte trasera hay muchas puertas, y, como es natural, tenían que ser vigiladas, lo mismo con la parte vieja que el sector que la que las tropas ocupaban verdaderamente. Estábamos escasos de personal. Teníamos apenas gente suficiente para proteger las esquinas del edificio y manejar las armas. Por

consiguiente, nos era imposible estacionar una fuerte guardia en cada una de las innumerables salidas. Lo que hicimos fue organizar un cuerpo de guardia central en medio del fuerte y encargar de cada puerta a un blanco y a dos o tres nativos. Me eligieron a mí para que, durante algunas horas de la noche, estuviese al cuidado de una puerta, pequeña y aislada, en la parte sudoeste del edificio. Colocaron bajo mi mando a dos soldados sikhs, y recibí orden de que, si ocurría alguna novedad, disparase mi mosquete, seguro de que acudirían en el acto desde el cuerpo de guardia central para ayudarme. Sin embargo, como éste se encontraba a unos buenos doscientos pasos de distancia y como el espacio intermedio se hallaba cortado por un laberinto de pasillos y corredores, yo abrigaba grandes dudas de que pudieran llegar a tiempo en caso de un verdadero ataque.

La verdad sea dicha, yo estaba muy orgulloso de que me hubiesen dado ese pequeño mando, siendo como era un recluta sin experiencia, y, además, privado de una de las piernas. Monté la guardia durante dos noches con mis punjabis. Eran hombres altos y de presencia feroz y se llamaban Mahomet Singh y Ahdullah Khan, ambos veteranos guerreros que habían luchado armas en mano contra nosotros en Chilian Wallah. Sabían hablar el inglés bastante bien, pero eran realmente muy parcos en palabras. Preferían permanecer juntos y parlotear durante toda la noche en su extraño dialecto sikh. Por mi parte, yo solía situarme del lado exterior de la puerta, mirando desde allí el ancho y serpenteante río, y las parpadeantes luces de la gran ciudad. El redoble del tambor y el golpeteo de los tain-tams, con los gritos y aullidos de los rebeldes, borrachos de opio y de pólvora, bastaban para hacernos recordar durante toda la noche a los peligrosos vecinos que teníamos en la otra orilla del río. El oficial de noche solía recorrer cada dos horas los puestos, a fin de asegurarse de que todo estaba en orden. »La noche tercera de mi guardia se presentó lóbrega y oscura, con una fina llovizna. Permanecer a la puerta de la muralla con semejante tiempo, hora tras hora, resultaba tarea triste. Una y otra vez intenté, aunque sin mucho éxito, entablar conversación con los sikhs. A las dos de la madrugada pasó la ronda, y rompió, por un instante, la monotonía de la noche. En vista de que no había modo de conseguir que mis compañeros tomasen parte en una conversación, saqué mi pipa y dejé en el suelo mi mosquete para encender una cerilla. En un segundo, los dos sikhs se abalanzaron sobre mí. Uno de ellos levantó en alto mi fusil de chispa y me apuntó con él a la cabeza, en tanto que el otro me

arrimaba a la garganta la punta de un gran cuchillo y juraba entre dientes que me lo clavaría si me movía un paso. »Mi primer pensamiento fue que aquellos individuos se hallaban aliados con los rebeldes y que eso constituía el comienzo de un asalto. Si nuestra puerta caía en manos de los cipayos, por fuerza tenía que caer el fuerte, y las mujeres y los niños recibirían el mismo trato que en Cawnpore. Quizás ustedes, caballeros, se imaginen que yo estoy intentando presentar las cosas de modo que me favorezcan, pero les doy mi palabra de que cuando pensé en aquello, a pesar de que sentía en mi garganta la punta del cuchillo, abrí la boca con el propósito de dar un grito, aunque fuese el último de mi vida, con objeto de dar la alarma a la guardia principal. El hombre que me tenía sujeto pareció leer en mis pensamientos, porque en el instante mismo en que yo tomaba fuerzas para gritar, me cuchicheó: »-No haga ningún ruido. El fuerte está a salvo. A este lado del río no hay perros rebeldes.

«En su voz había un acento de verdad, y comprendí que si alzaba mi voz era yo hombre muerto. Lo pude leer en sus ojos oscuros. Esperé, pues, en silencio para enterarme de lo que de mí querían. El más alto y de aspecto más salvaje de los dos, el que respondía al nombre de Abdullah Khan, dijo: »-Escuche, sahib: es preciso que se ponga de nuestro lado o tendremos que hacerle callar para siempre.

El asunto es demasiado importante para que vacilemos. O bien se pone con el alma y el corazón del lado nuestro, jurándolo sobre la cruz de los cristianos, o esta noche su cadáver será arrojado al foso y nosotros nos pasaremos a nuestros hermanos del ejército rebelde. No puede haber término medio. ¿Qué quiere, pues, que sea; la muerte o la vida? Sólo podemos darle tres minutos para que se decida, porque el tiempo pasa y es preciso hacerlo todo antes que vuelva a pasar la ronda. »-¿Córno puedo yo decidir? -les dije-. No me han dicho lo que quieren de mí. Pero desde ahora les digo que si se trata de algo que vaya contra la seguridad del fuerte, no quiero saber nada: de modo, pues, que pueden clavarme el cuchillo y bien venido sea. »-No se trata de nada contra el fuerte -me respondió-. Sólo le pedimos que haga usted lo que sus compatriotas vienen a hacer en este país. Le pedimos que consienta en ser rico. Si esta noche es usted uno de nosotros, le juramos sobre este cuchillo desenvainado y por medio del triple juramento, al que ningún sikh se sabe que haya faltado jamás, que tendrá usted su parte justa del botín. Una cuarta parte del tesoro será suya. Creemos que no se puede ser más justo. »-

Pero ¿qué tesoro es ése? -le pregunté-. Yo deseo, tanto como ustedes, hacerme rico, a condición de que expliquen cómo puedo conseguirlo. »-¿Jurará usted -me dijo él- por los huesos de su padre, por el honor de su madre y por la cruz de su religión que no levantará su mano ni hablará una sola palabra en contra nuestra, ahora ni nunca? »-Lo juraré con tal que con ello no pongamos en peligro el fuerte -les contesté. »-Pues entonces mi camarada y yo juraremos que usted tendrá una cuarta parte del tesoro, el cual será dividido por partes iguales entre nosotros cuatro. »-No somos más de tres -dije. »-No; Dost Akbar debe tener su parte. Mientras lo esperamos, podemos contarle a usted la historia.

Mahomet Singh, quédate en la puerta de la muralla y danos aviso cuando llegue. Mire, sahib: lo que ocurre en esto, y se lo digo porque me consta que un juramento resulta obligatorio para un feringhee (europeo) y que podemos confiar en usted. Si se tratase de un indio embustero, aunque nos lo jurase por todos los falsos dioses de sus templos, su sangre habría corrido por mi cuchillo y su cadáver habría sido arrojado a las aguas. Pero los sikhs conocen a los ingleses, y los ingleses conocen a los sikhs. Escuche, pues, lo que tengo que decirle: »Hay en las provincias del norte un rajá riquísimo, aunque sus dominios sean pequeños. Heredó mucho de su padre, y aún es más lo que él ha reunido por sí mismo, porque es hombre ruin y amontona su oro en lugar de gastarlo. Cuando estalló la revuelta, él quiso ser amigo al mismo tiempo del león y del tigre: del cipayo y del gobierno de la Compañía de la India. Sin embargo, pronto creyó que los días de los hombres blancos habían llegado a su término, porque de todas las partes del país no recibía otras noticias que las de la muerte y la expulsión de esos hombres. Pero, como es precavido, planeó las cosas de manera que, fuera cual fuese el final, le quedase al menos la mitad de su tesoro. La parte en oro y plata de éste la guardó consigo en las cámaras de su palacio; pero las piedras más preciosas y las perlas más selectas que poseía las colocó en un cofre de hierro y lo envió a cargo de un servidor leal que, disfrazado de mercader, quedó encargado de traerlo al fuerte de Agra, para que esté guardado aquí hasta que vuelva a reinar la paz en el país. De ese modo, si ganan los rebeldes, él tendrá siempre su dinero; pero si triunfa la Compañía, salvará sus piedras preciosas. Hecha esta división de su tesoro, se entregó a la causa de los cipayos, porque éstos eran fuertes junto a sus fronteras. Al hacer esto, fíjese bien en lo que le digo, sahib, sus bienes pasaron a ser el botín de quienes han permanecido

leales a la causa de aquellos con los que compartieron su sal.

"Este supuesto mercader, que viaja bajo el nombre de Achmet, se encuentra ahora en la ciudad de Agra y desea acceder al fuerte. Trae como compañero de viaje a mi hermano de leche, Dort Akbar, que conoce su secreto. Dort Akbar ha prometido conducirlo esta noche hasta una puerta lateral del fuerte y ésta ha elegido para sus propósitos ésta. Llegará de un momento a otro, y nos encontrará a Mohamed Singh y a mí esperándole. El lugar es solitario y nadie se enterará de su venida. El mundo no volverá a tener noticias del mercader Achmet, pero el gran tesoro del rajá será dividido entre nosotros. ¿Qué dice usted a eso, sahib?" »La vida de un hombre se considera algo grande y sagrado en Worcestershire; pero la cosa es muy distinta cuando no hay alrededor de uno más que incendios y muertes y acabamos acostumbrándonos a tropezar con la muerte en cada esquina. El que el mercader Achmet viviese o muriese pesaba para mí tan poco como el aire, pero al oír hablar del tesoro se me fue hacia éste el corazón: pensé en lo que podría hacer con él en mi patria y en los ojos de asombro que abrirían mis parientes cuando viesen regresar, con los bolsillos llenos de monedas de oro, al que ellos consideraban inútil para todo. Estaba, pues, ya resuelto. Sin embargo, Abdullah Khan, creyendo que yo vacilaba, insistió con mayor apremio todavía, y me dijo: »-Piense usted, sahib, que si el mayor del fuerte apresa a este hombre lo ahorcará o fusilará y sus joyas pasarán a poder del Gobierno, de manera que con ello nadie ganará una rupia. Ahora bien: si somos nosotros quienes lo apresamos, ¿por qué no hemos de hacer también lo demás? Las piedras preciosas estarán en nuestras manos tan bien como en los cofres de la Compañía. Hay suficiente para convertirnos los cuatro hombres en ricos y en grandes jefes. Nadie se enterará en absoluto del asunto, porque en este lugar nos hallamos apartados de todos. ¿Qué mejor oportunidad para nuestro designio? Repita, pues, sahib, si está con nosotros o si hemos de considerarle como enemigo. »-Estoy con vosotros con el alma y la vida -le contesté. »-Está bien -me respondió, devolviéndome mi fusil de chispa-. Ya ve que nosotros confiamos en usted, porque su palabra, como la nuestra, no puede ser quebrantada. Y ahora sólo nos queda esperar a que lleguen mi hermano y el mercader. »-¿Sabe su hermano lo que ustedes se disponen a hacer? -le pregunté. - »-El plan es suyo. El lo ha preparado. Acerquémonos a la puerta de la muralla para compartir la vigilancia con Mahomet Singh. »Seguía cayendo la lluvia sin interrupción, porque nos encontrábamos en los

comienzos de la estación de las lluvias. Nubes oscuras y pesadas cruzaban por el firmamento, y era difícil ver más allá de un tiro de piedra. Delante de nuestra puerta había un foso profundo, pero el agua se hallaba casi seca en algunos lugares y era fácil cruzarlo. Yo experimentaba una sensación extraña al yerme allí con aquellos dos salvajes plunjabies, esperando al hombre que caminaba hacia su muerte.

«De pronto, percibí al otro lado del foso el brillo de una lámpara sombreada. Desapareció entre los montones de tierra y volvió a reaparecer, viniendo lentamente en dirección nuestra.

«-¡Hay están! -exclamé.

«-Usted, sahib, les dará el alto, como de costumbre -murmuró Abdullah-. Que no tenga motivos de recelo. Luego lo envía con nosotros, y mientras usted permanece aquí de guardia, nosotros haremos lo demás. Tenga la linterna preparada para proyectar su luz a fin de que nos aseguremos que se trata, en efecto, de nuestro hombre.

«La luz fue acercándose vacilante: unas veces se detenía y otras se adelantaba; vi, por fin, dos figuras negras al otro lado del foso. Dejé que se descolgaran por el talud inclinado, que chapoteasen en el barro y que trepasen hasta mitad del camino de la puerta, y entonces les di el alto.

«-¿Quién vive? -dije con voz apagada.

«-Amigos -me contestaron.

«Destapé mi linterna y proyecté sobre ellos un torrente de luz. El primero era un sikh enorme, con una barba negra que le llegaba casi hasta la cintura. Jamás he visto, fuera de las barracas de feria, hombre de tan elevada estatura. El otro era un hombrecillo grueso y barrigudo, con un gran turbante amarillo; llevaba en la mano un bulto cubierto con un chal parecía estar temblando de miedo; sus manos se retorcían como si estuviese atacado de tercianas, y volvía constantemente a derecha e izquierda la cabeza, con sus dos ojillos brillantes y parpadeaba, igual que ratoncito que se ariesga a salir de su agujero A mi me dio un escalofrío pensando en que íbamos a matarle, pero pensé también en el tesoro y se me volvió el corazon como el pedernal. Cuando el mercader vio mi cara de hombre blanco dejó escapar

un pequeno gorjeo de alegría y vino corriedo hacia mí.

«-Protegerme sahid. -jadeó-; conceded vuestra protección al desdichado mercader Achmet. He cruzado el Rajputana a fin de buscar el cobijo del fuerte de Agra. Me han robado, me han apaleado, me han insultado, porque he sido amigo de la Compañía. ¡Bendita noche esta en que nos vemos una vez más en salvo.., yo y mi pobreza!

«.-¿Que trae en ese fardo? -le pregunté.

«-Un cofre de hierro -me contestó- que contiene dos o tres recuerdos de familia sin valor para los demás, pero que a mí me dolería mucho perder. Sin embargo, no soy un mendigo; yo le recornpensaré a usted, joven sahib, y también al gobernador del fuerte si me otorgan el cobijo que solicito.

«Yo no podía seguir hablando más con aquel hombre sin traicionarme. Cuanto más contemplaba su rostro gordiflón y asustado, más duro me parecía el que tuviéramos que matarle a sangre fría. Lo mejor era acabar ya.

«-Conducidle al cuerpo de guardia principal -dije.

«los dos sikhs se le colocaron a ambos lados y el gigante camino detrás. cruzando de ese modo la oscura puerta. Jamás un hombre marchó tan bien escoltado hacia la muerte. Yo me quedé, con la linterna, en el umbral de la puerta. Llegaban a mis oídos los pasos acompasados de aquellos hombres a medida que avanzaban por los solitarios corredores. De pronto, cesaron, y oí voces y ruido de golpes. Un instante después, y con horror mio, resonó, viniendo en mi dirección, el ruido de pasos a la carrera, acompañado del ruidoso jadear de un hombre que corría. Enfoqué la linterna hacia el pasillo largo y recto; allí venía el hombre gordiflón corriendo como el viento; un manchón de sangre le cruzaba la cara, y detrás de él, con saltos de tigre, el enorme sikh grandullón y de barba negra, con el cuchillo relampagueante en la mano. jamás vi correr con tal velocidad a ningún hombre corno al pequeño mercader. Le iba sacando ventaja al sikh.

Calculé que si cruzaba por delante de mí y llegaba a campo libre podía salvarse aún. Mi corazón sintió piedad, pero otra vez la idea del tesoro me volvió duro y frío. Cuando iba a cruzar por

delante de mí, le metí entre las piernas mi fusil de chispa, y aquel hombre dio un par de volteretas sobre sí mismo, igual que un conejo alcanzado por un disparo. Antes que pudiera ponerse en pie, tambaleante, el sikh se le echó encima y hundió dos veces el cuchillo en su costado. El hombre no dejó escapar ni siquiera un gemido, ni movió un solo músculo, quedándose donde había caído. Quizá se desnucó al caer.

Ya ven ustedes, caballeros, que estoy cumpliendo mi promesa. Les cuento, palabra por palabra, todo, tal y cual sucedió, me sea o no favorable.»

SinaIl se calló, y alargó sus manos esposadas hacia el whisky con agua que Holmes le había preparado.

Por mi parte, confieso que aquel hombre me inspiraba ya el máximo horror, no sólo por aquel crimen a sangre fría, en el que había intervenido, sino todavía más por la forma, algo jactanciosa y despreocupada, con que lo había narrado. Cualquiera que fuese el castigo que le esperaba, me dije que no sería objeto de mint simpatías. Sherlock Holmes y Jones permanecían sentados, con las manos sobre las rodillas, profundamente interesados por el relato, pero en sus rostros también se leía la repugnancia. Quizá Small lo observó, porque al proseguir su narración, su voz y sus maneras adquirieron un toque de dsafio.

-Sin duda alguna que aquello estuvo muy mal hecho -dijo-. Yo quisiera saber cuántos hombres, en mi pellejo, habrían rehusado una participación en aquel botín si les huhiesen puesto en la alternativa de cogerlo o dejarse cortar el cuello. Además, una vez aquel hombre dentro del fuerte, se trataba de su vida o de la mía. Si hubiera escapado, se habría puesto en claro todo el asunto, me habrían formado consejo de guerra y, probablemente, fusilado; porque en tiempos como aquellos, la gente es muy poco compasiva.

-Siga usted con su relato -dijo Holmes con brusquedad.

-Bueno, entre Ahdullah, Akbar y yo lo metimos adentro. Pesaba mucho, no obstante su corta estatura.

Mahomet Sing quedó de vigilante en la puerta. Lo llevamos a un lugar que los sikhs habían preparado ya.

Quedaba a bastante distancia, en un sitio donde un tortuoso pasillo desemboca en un enorme salón, vacío, cuyos muros de ladrillo estaban desmoronándose. El suelo de tierra se había hundido en una parte, formando un sepulcro natural; depositamos, pues, allí al mercader Achmet, después de cubrir su cadáver con ladrillos sueltos. Hecho eso, volvimos todos a donde se hallaba el tesoro. »Estaba éste donde Achmet lo dejó caer al verse atacado. El cofre era ese mismo que está abierto ahí, sobre la mesa. En el asa tallada que tiene encima colgaba una llave atada con un cordel de seda. Abrimos el cofre, y la luz de la linterna centelleó en una colección de piedras preciosas como aquellas de que hablaban los libros que leí y que me hicieron ensoñar, cuando era yo un muchachito, en Pershore.

Deslumbraban al mirarlas. Después de dar un banquete a nuestros ojos, las sacamos e hicimos una lista de ellas. Había ciento cuarenta y tres diamantes de primera agua, incluyendo uno al que, según creo, llamaban el "Gran Mogol", del que se dice que es, por su tamaño, el segundo de todos los que existen.

Había además noventa y siete esmeraldas finísimas y ciento setenta rubíes, algunos de los cuales eran, sin embargo, pequeños. Había también cuarenta carbunclos, doscientos diez zafiros, sesenta y una ágata, y una gran cantidad de berilos, ónices, ojos de gato, turquesas y otras piedras cuyos nombres ni siquiera conocía entonces, aunque con posterioridad me he familiarizado con algunas de ellos. Además de todo esto, había cerca de trescientas perlas muy finas, doce de las cuales se hallaban engarzadas en una diadema de oro. Dicho sea de paso, estas últimas habían sido sacadas del cofre y no las encontré en él cuando lo recuperé. »Después de contar nuestros tesoros, volvimos a ponerlos en el cofre y los llevamos hasta la puerta de la muralla para mostrárselos a Mahomet Singh. Allí renovamos solemnemente nuestro juramento de mantenernos leales los unos a los otros y a nuestro secreto. Decidimos esconder nuestro botín en lugar seguro hasta que el país estuviese de nuevo en paz, y luego dividirlo entre nosotros en partes iguales.

Nada se adelantaba dividiéndolo en aquel momento, porque si encontraban en nuestro poder piedras de tanto valor, ello daría lugar a sospechas, y en el fuerte no había manera de vivir aislados ni había tampoco lugar en que pudiéramos guardarlas. En vista de ello, llevamos el cofre a la misma sala en que

habíamos sepultado el cadáver, y allí, debajo de determinados ladrillos del muro mejor conservado, hicimos un agujero y ocultamos en él el cofre. Anotamos con gran cuidado el lugar, y yo tracé, al día siguiente, cuatro planos, uno para cada uno de nosotros; al pie de ellos coloqué el signo de los cuatro, porque habíamos jurado que cada uno actuaría en interés de todos, de forma que nadie resultase beneficiado. Con la mano en el corazón, puedo asegurar que yo no he quebrantado nunca aquel juramento. »Bueno; no hace falta que yo les diga a ustedes, caballeros, cómo terminó la sublevación de la India.

Cuando Wilson tomó Delhi y sir Colin hizo levantar el asedio de Lucknow se quebró el espinazo del asunto. Iban llegando tropas de refresco, y Nana Sahib huyó al otro lado de la frontera. Una columna móvil, al mando del coronel Greathed, avanzó hasta Agra y ahuyentó de allí a los pandis. Parecía que iba volviendo la paz al país, y nosotros cuatro empezamos a creer que iba acercándose el momento en que podríamos largarnos tranquilamente con nuestra parte del botín. Sin embargo, nuestras esperanzas quedaron en un instante destruidas al vernos apresados como asesinos de Achmet. »La cosa ocurrió de esta manera. Cuando el rajá entregó sus piedras preciosas a Achmet, lo hizo porque lo juzgaba hombre digno de confianza. Sin embargo, los orientales son gente recelosa; ¿qué hizo, pues, el rajá? Llamó a un segundo criado, de mayor confianza todavía, y le encargó el papel de espía del primero.

A este segundo personaje se le ordenó que no perdiera nunca de vista a Achmet y que lo siguiese como a su sombra. Aquella noche fue siguiendo a Achmet, y le vio entrar por la puerta de la muralla.

Naturalmente, pensó que Achmet había encontrado refugio en el fuerte, y él mismo lo solicitó al día siguiente, pero no pudo encontrar rastro alguno de aquél. Esto le pareció tan sorprendente que se lo comunicó a un sargento de rastreadores, quien lo pasó a oídos del mayor. Se llevó a cabo, rápidamente, una investigación y se descubrió el cadáver. De esa manera, en el momento mismo en que pensábamos que estábamos a salvo, nos vimos presos y tuvimos que comparecer ante un tribunal bajo la acusación de asesinato, tres de nosotros, porque aquella noche estábamos de guardia en la puerta, y el cuarto, por saberse que había acompañado al muerto. En el proceso no se habló para nada de las joyas, porque el rajá había sido depuesto y había

huido de la India; por ello, nadie tenía un interés particular en ellas. Sin embargo, quedó claramente establecido el asesinato, y se tuvo la certeza de que todos estábamos complicados en el mismo. Los tres sikhs fueron condenados a cadena perpetua, y yo a muerte, aunque más tarde se conmutó mi sentencia por la misma pena de los demás. »La situación en que nos encontramos entonces era bastante extraña. Los cuatro nos vimos con una cadena en la pierna y con muy pocas probabilidades de salir jamás en libertad, siendo así que cada uno de nosotros era poseedor de un secreto que, de haber podido servirnos del mismo, nos habría permitido vivir en un palacio. Era como para roerle el corazón: tenían que aguantar los puntapiés y bofetadas de cualquier funcionario subalterno y vivir comiendo arroz y bebiendo agua, siendo así que aquella fortuna espléndida se hallaba siempre disponible, fuera de los muros de la cárcel, para cada uno de los cuatro, esperando, simplemente, que la recogiésemos. Quizás aquello me hubiese arrastrado a la locura, de no haber sido siempre un hombre muy tenaz. Me sostuve, pues, y dejé tiempo al tiempo. »Por último,juzgué que había llegado la ocasión. Me trasladaron desde Agra a Madrás, y de Madrás a la isla de Blair, en las Andamán. En este presidio son pocos los convictos blancos, y como yo me porté bien desde el principio, pronto llegué a ser una especie de privilegiado. Me dieron una choza en Hope Town, que es un lugar enfermizo plagado de fiebres situado en las laderas del monte Harriet, y me dejaron vivir casi independientemente. Es aquel un lugar melancólico y atacado por las fiebres. Más allá de nuestros pequeños calveros, la región se hallaba infestada de indígenas salvajes y caníbales, dispuestos a lanzar sobre nosotros un dardo emponzoñado a la primera oportunidad. Se trabajaba en cavar, en abrir acequias, en plantar ñame y en otra docena de cosas más, de modo que andába¡nos muy atareados todo el día, aunque llegada la noche disponíamos de algún tiempo libre para dedicarlo a nuestras cosas. Entre otras, aprendí del médico a administrar medicinas y adquirí conocimientos superficiales de su ciencia. Yo permanecí siempre al acecho de una oportunidad para huir; pero aquella isla se encuentra a centenares de millas de distancia de la tierra más próxima, y en aquellos mares soplan poco o nada los vientos; de modo, pues, que el huir es tarea terriblemente dificil. »El médico, doctor Somerton, era un hombre gastador y amigo del juego, y los demás oficiales jóvenes se reunían en sus habitaciones y se pasaban las noches jugando a las cartas. La enfermería, donde yo solía preparar las recetas, se hallaba contigua al cuarto de estar del doctor y había una

ventanita de comunicación entre ambos. Muchas veces, al sentirme aislado, apagaba la lámpara de la enfermería, y desde allí escuchaba la conversación de los jugadores y seguía su juego. A mí también me gusta jugar a las cartas, y el ver a los demás jugando era casi tan agradable como jugar uno mismo. Concurrían allí el mayor Sholto, el capitán Morstan, y el teniente Bromley Brown, que estaba al mando de las tropas indígenas, y el médico mismo, con dos o tres oficiales de prisiones; estos eran perros viejos y astutos, que desarrollaban un juego fino, hábil y seguro. En conjunto, formaban una reunión muy apañada.

«Había algo que me llamaba siempre la atención, y era el que los militares solían perder siempre, mientras que los funcionarios civiles ganaban. No digo yo que hiciesen trampa, pero el hecho es que ganaban. Aquellos funcionarios de prisiones apenas habían hecho otra cosa que jugar a las cartas desde que llegaron a las islas Andamán; conocía cada uno al dedillo el juego de los demás, mientras que los militares jugaban sólo para pasar el rato y no se preocupaban mucho por el desarrollo del juego. Noche tras noche, los militares se iban empobreciendo, y cuanto más pobres se veían, más anhelo tenían por jugar. El mayor Sholto era quien más perdía. Al principio pagaba con billetes y monedas de oro, pero pronto empezó a pagar con letras firmadas y por sumas importantes. Tenía pequeñas rachas favorables, lo suficiente para que cobrase ánimos, y de pronto la suerte le volvía la espalda peor que nunca. Durante el día, iba y venía de un lado para otro, tan sombrío como el trueno, y acabó por dedicarse a la bebida más de lo que resultaba conveniente. Una noche perdió aún más que otras veces. Yo estaba sentado en mi choza cuando él y el capitán Morstan pasaron camino de sus habitaciones. Eran amigos íntimos, y nunca se alejaban mucho el uno del otro. El mayor iba como loco por sus fuertes pérdidas. Cuando cruzaban por delante de mi choza, iba diciendo: »-Morstan, esto se acabó. Tendré que pedir la baja. Estoy arruinado.

No me diga tonterías, viejo amigo -le contestó el otro dándole una palmada en la espalda-. También yo me las he visto negras, pero…

«Eso fue todo lo que oí, más que suficiente para hacerme pensar. Un par de días más tarde, el mayor Sholto paseaba por la playa. Yo aproveché la oportunidad para hablarle. »-Mayor, desearía consultar una cosa con usted -le dije. »-¿De qué se trata, Small? -preguntó, retirando el cigarro puro de la boca.

«-Señor, querría preguntarle quién es la persona más indicada para hacerle entrega de un tesoro escondido. Yo sé dónde hay oculto medio millón de libras, y como yo no puedo aprovecharlo, pensé que quizá lo mejor que podría hacer es ponerlo en manos de las autoridades correspondientes, porque quizá de ese modo me rebajarían el tiempo de condena.

«-¿Medio millón, Small? -dijo, casi sin aliento, mirándome fijamente para ver si yo hablaba en serio.

«-Medio millón, señor. En piedras preciosas y perlas. Está escondido en un lugar donde no es útil para nadie. Y lo más extraño del caso es que su verdadero propietario ha sido puesto fuera de la ley y desposeído de toda propiedad, de modo que en realidad pertenece al primero que llegue.

«-Pertenece al gobierno, Small; al gobierno -tartamudeó. Pero lo dijo como a trompicones, y yo comprendí, allá en mi corazón, que tenía al mayor en mis manos.

«-¿De modo, señor, que yo debería poner el hecho en conocimiento del gobernador general? -le pregunté con mucha tranquilidad.

«-Bueno, bueno; no haga usted nada con precipitación de que luego pueda arrepentirse. Dígame a mí lo que hay del caso, Small. Póngame al corriente de los hechos.

«Le relaté la historia completa, introduciendo pequeñas variantes con objeto de que él no pudiera identificar los lugares. Cuando terminé mi relato, vi que se había quedado como de piedra y absorto en meditaciones. Por la contorsión de sus labios adiviné la fuerte lucha que se libraba en su interior.

«-Este es un asunto de mucha importancia, Small -dijo por último-. No debe usted decir una palabra acerca del mismo a nadie, y muy pronto volveremos a hablar.

«Dos noches después, él y su amigo el capitán Morstan vinieron a mi choza alumbrándose con una linterna a altas horas de la noche. »-Small, deseo que el capitán Morstan pueda oír de sus propios labios ese relato -me dijo.

«Se lo repetí tal como a él se lo había contado.

«-¿Verdad que suena a cosa verdadera? ¿Te parece que tiene base suficiente para actuar? -dijo el mayor.

El capitán Morstan asintió con la cabeza, y el mayor agregó-: Mire, Small: hemos tratado del asunto mi amigo aquí presente y yo, llegando a la conclusión de que esto no es ni mucho menos algo en que deba intervenir el gobierno, sino que atañe exclusivamente a usted, y del que puede disponer como bien le parezca. El problema que ahora se plantea es saber cuál sería el precio que usted pediría. Si nos pusiésemos de acuerdo en las condiciones, quizá nos sintiésemos inclinados a aceptarlo, o por lo menos a estudiarlo.

«El mayor procuraba expresarse en forma fría y sin darle importancia, pero en sus ojos brillaban la excitación y la avaricia. Yo le contesté procurando también simular frialdad, pero sintiéndome tan excitado como lo estaba él mismo:

«-En cuanto a eso, caballeros, sólo puede hacer un trato quien se encuentra en la situación en que yo me encuentro. Lo que exijo es que me ayuden a recobrar la libertad, y que ayuden también a mis tres compañeros. Conseguida ésta, los aceptaremos en nuestra sociedad y les daremos una quinta parte para que se la repartan entre ustedes.

«-¡Hum! ¡Una quinta parte! ¡No es cosa muy tentadora! -dijo él.

«-Son unas cincuenta mil libras para cada uno -dije yo.

«-Pero ¿cómo vamos a lograr su libertad? Usted sabe muy bien que lo que pide es imposible.

«-Nada de eso -le contesté-. Lo tengo todo bien pensado, hasta en el más mínimo detalle. El único obstáculo para nuestra fuga es que carecemos de barco apropiado para el viaje y de provisiones suficientes para su mucha duración. En Calcuta y en Madrás hay muchos yates y balandros pequeños que servirán perfectamente para el caso nuestro. Traiga usted uno. Nosotros nos comprometemos a subir a bordo durante la noche, y si nos desembarca en un punto cualquiera de las costas de la India, habrá cumplido con su parte de compromiso.

«-Si se tratara de una persona sola... -dijo él.

«-O todos o ninguno -le contesté-. Lo hemos jurado. Siempre actuamos los cuatro juntos.

«-Ya ve usted, Morstan, que Small es hombre de palabra -dijo el mayor-. No traiciona a sus amigos. Creo que muy bien podemos fiarnos de él.

«-Es un asunto sucio -dijo el otro-. Sin embargo, y como usted dice, ese dinero nos permitiría muy bien salvar nuestros cargos.

«-Bien, Small -dijo el mayor-. Creo que no vamos a tener más remedio que intentarlo y aceptar sus condiciones. Pero habrá que comprobar antes la autenticidad de su relato. Dígame dónde está escondido el tesoro, y yo pediré permiso y regresaré a la India en el barco que trae mensualmente los suministros.

Una vez allí haré las investigaciones necesarias.

«-No tan de prisa -le contesté, enfriándome a medida que él se entusiasmaba-. Necesito el consentimiento de mis tres camaradas. Ya le he dicho que hay que entenderse con los cuatro o con ninguno. »-¡Tonterías! ¿A santo de qué tienen que intervenir en nuestro convenio tres negros? »-Negros o azules -le dije-, ellos están en esto conmigo, y todos actuamos como un solo hombre.

«En fin, que el asunto se cerró en una segunda entrevista, en la que se hallaron presentes Mahomet Singh, Abdullah Khan y Dost Akbar. Volvimos a plantear el asunto desde el principio, y llegamos, por último, a un arreglo. Nosotros suministraríamos a los oficiales sendos mapas de la parte del fuerte de Agra en cuestión y señalaríamos en ellos el sitio donde el tesoro estaba escondido. El mayor Sholto se trasladaría a la India para comprobar la verdad de nuestra historia. Si encontraba el cofre, debía dejarlo donde estaba, y proceder a enviarnos un pequeño yate aprovisionado para el viaje. La embarcación fondearía aguas afuera de la isla Rutland y nosotros nos las arreglaríamos para ir hasta ella. Después, el mayor volvería a su puesto. Acto continuo, el capitán Morstan solicitaría permiso, y vendría a reunirse con nosotros en Agra, donde se realizaría el reparto final, haciéndose cargo Morstan de su parte y de la del mayor. Todo aquello lo sellamos con los juramentos más solemnes que pueden la

imaginación inventar y pronunciar los labios.

Yo trabajé durante toda la noche con papel y tinta, y cuando llegó la mañana tuve preparados los dos mapas, firmados con el signo de los cuatro, es decir, el signo de Abdullah, Akbar, Mahomet y mío. »Bien, caballeros; observo que les estoy aburriendo con mi largo relato y comprendo que mi amigo el señor Jones está impaciente por tenerme a salvo en un calabozo. Abreviaré cuanto pueda. El canalla de Sholto marchó a la India, pero ya no regresó. Poco tiempo después, el capitán Morstan me mostró su nombre en una lista de pasajeros de barco correo. Había muerto un tío suyo dejándole una gran fortuna y había abandonado el ejército; sin embargo, fue muy capaz de rebajarse hasta el punto de conducirse de aquella manera con cinco hombres como nosotros. Morstan se trasladó poco después a Agra y se encontró, como esperábamos, con que el tesoro había desaparecido. El muy canalla lo robó íntegro, sin cumplir ninguna de las condiciones bajo las cuales le habíamos vendido el secreto. Desde esa fecha no viví sino para la venganza. Durante el día pensaba en ella y durante la noche la acariciaba amorosamente.

Se convirtió para mí en una pasión avasalladora, absorbente. Me importaba poco la justicia, me importaba poco la hora. Fugarme, perseguir a Sholto hasta encontrarlo, apretarle con las manos el cuello ése era mi único pensamiento. Hasta el tesoro de Agra había pasado a ser cosa subalterna junto al ansia de matar a Sholto.

«Bueno, yo me he propuesto en la vida muchas cosas, y en todas ellas logré su realización. Pero pasaron largos años antes que llegase mi hora. Ya les he dicho que había aprendido algo de medicina. En una ocasión, y estando el doctor Somerton en cama con fiebres, una cuadrilla de presidiarios recogió en los bosques a un pequeño indígena de Andamán que, al sentirse mortalmente enfermo, se había encaminado a un lugar solitario para morir. Me hice cargo de él, a pesar de que era tan feroz como una serpiente, y en dos meses logré curarlo y ponerlo en situación de caminar por su pie. En vista de eso, aquel individuo se encariñó conmigo y andaba siempre merodeando alrededor de mi choza, sin querer regresar a sus bosques. Yo aprendí de él un poco de su dialecto, y esto hizo que se aficionase todavía más a mí. »Tonga, que así se llamaba, era un magnífico navegante y tenía una canoa grande y muy espaciosa de propiedad suya. Cuando me convencí

de que me era leal y de que sería capaz de hacer cualquier cosa por mí, comprendí que allí se hallaba mi oportunidad de escapar. Hablé con él acerca del asunto. Se encargó de traer su lancha una noche determinada a un viejo embarcadero que no estaba vigilado, donde me recogería a bordo. Le di instrucciones para que cargase varias calabazas de agua y gran cantidad de ñame, cocos y boniatos. ¡Era hombre leal y firme el pequeño Tonga! Nadie tuvo nunca un camarada más fiel.

«La noche convenida estuvo con su lancha en el muelle. Sin embargo, dio la casualidad de que se encontraba allí uno de los guardias del presidio, un indígena miserable de las fronteras del Afganistán que jamás había perdido ocasión de ofenderme e injuriarme. Yo le había jurado venganza, y vi llegado el momento de realizarla. Se hubiera dicho que el destino lo había situado en mi camino para que pudiera cobrarle mi deuda antes de abandonar la isla. Se encontraba en el malecón, vuelto de espaldas a mí, y con la carabina al hombro. Busqué a mi alrededor una piedra con la que poder saltarle los sesos, pero no vi ninguna.

«De pronto un extraño pensamiento me mostró dónde tenía yo a mano un arma. Me senté en la oscuridad y solté las correas de mi pata de palo. Tres largos saltos sobre un pie me bastaron para llegar hasta él. Se echó el arma a la cara, pero yo le di de lleno, en la mitad de la frente. Vean ustedes la hendidura que señala el sitio en que golpeó la madera. Los dos caímos al mismo tiempo, porque no pude conservar el equilibrio; pero cuando yo me levanté lo vi a él en el suelo, inmóvil. Busqué la lancha y una hora después nos encontrábamos mar adentro. Tonga se había llevado consigo todas las riquezas que tenía en este mundo: sus armas y sus dioses. Traía, entre otras cosas, una larga lanza de bambú, algunas esterillas de cocotero de Andamán, y con ellas hice una especie de vela. Navegamos por espacio de diez días sin rumbo fijo, fiándonos a nuestra suerte, y al undécimo fuimos recogidos por un barco mercante que marchaba de Singapur a Jeddah con un cargamento de peregrinos malayos. Eran estos gente por demás extraña; y pronto Tonga y yo nos las arreglamos para instalarnos entre ellos. Una buena condición tenían: no se metían con uno ni le hacían preguntas.

«Bien, pues. Si yo les contara todas las aventuras que nos ocurrieron a mi pequeño camarada y a mí, ustedes no me lo agradecerían, porque los obligaría a permanecer escuchándome

hasta que saliera el sol.

Rodamos de aquí para allá por el mundo. Siempre se nos ponía por delante algún obstáculo que nos impedía llegar a Londres. Pero ni un solo instante perdí yo de vista mi propósito. Soñaba todas las noches con Sholto. Lo habré matado en sueños un centenar de veces. Pero, al fin, hará cosa de tres o cuatro años, nos vimos en Inglaterra. No me costó mucho trabajo descubrir el paradero de Sholto, y entonces me dediqué a la tarea de averiguar qué había hecho con el tesoro o si estaba éste todavía en su poder. Me hice amigo de alguien que podía servirme de ayuda, y no doy nombres porque no deseo meter a nadie más en un aprieto, y pronto averigüé que las joyas seguían en sus manos. Intenté entonces llegar hasta él de varias maneras; pero era muy astuto, y tenía siempre dos boxeadores para guardarlo, además de sus hijos y el khirnutgar indio.

«Sin embargo, un día recibí aviso de que se estaba muriendo. Escalé la tapia y llegué a su jardín, enloquecido por la idea de que pudiera escapárseme de entre las garras de aquella manera; mirando por la ventana, le vi tendido en la cama y teniendo a cada lado a uno de sus hijos. Yo estaba dispuesto a saltar dentro, enfrentándome con los tres hombres, pero cuando lo miraba vi que su mandíbula caía hacia abajo sin fuerza y comprendí que había muerto. A pesar de todo, me metí aquella misma noche en su cuarto y busqué entre sus papeles, para ver si había dejado en algún sitio constancia del lugar en que había escondido el tesoro. Nada encontré, y me retiré, como es de suponer, tan furioso y amargado como puede estar un hombre. Antes de retirarme, se me ocurrió que, si alguna vez volvía yo a encontrarme con mis amigos los sikhs, les serviría de satisfacción el saber que yo había dejado alguna constancia de nuestro odio; garrapateé, pues, el signo de los cuatro, tal como lo habíamos estampado en los mapas, y se lo clavé en el pecho con un alfiler. Me resultaba intolerable que pudiera ser llevado a su tumba sin algún recuerdo de los hombres a quienes había robado y traicionado.

«Por aquel entonces nos ganábamos la vida gracias a las exhibiciones del pobre Tonga en ferias y otros sitios por el estilo, donde aparecía como el caníbal negro. Comía carne cruda y bailaba su danza guerrera; y así, nos encontrábamos, después del trabajo del día, con el sombrero lleno de peniques. También recibías noticias de Pondicherry Lodge, aunque durante algunos años sólo supe que buscaban el tesoro.

Pero un buen día me llegó la noticia que habíamos esperado tanto tiempo. Había sido descubierto el tesoro. Estaba en la buhardilla de la casa sobre el laboratorio de Bartholomew Sholto. Fui en seguida y examiné bien la situación, pero no vi modo de encaramarme hasta allá arriba con mi pata de palo. Supe, sin embargo, que existía una trampilla en el tejado y averigüé también la hora en que el señor Sholto cenaba habitualmente. Creí que podría arreglármelas sin dificultad, valiéndome de Tonga. Me lo llevé con una larga cuerda arrollada a la cintura. El trepaba como un gato, y no tardó en meterse por el tejado; pero la mala suerte quiso que Bartholomew Sholto estuviese en su cuarto, para su desdicha. Tonga creyó que había hecho algo muy inteligente matándole, porque cuando yo llegué arriba me lo encontré pavoneándose muy orgulloso. Su sorpresa fue grande cuando yo le golpeé con el cabo de la cuerda y le maldije, diciéndole que era un enano sanguinario. Me apoderé del cofre del tesoro y lo descolgué al jardín, y luego me descolgué yo mismo, después de dejar el signo de los cuatro sobre la mesa, dando así a entender que las joyas volvían, por fin, a quienes con mayor derecho pertenecían. Entonces Tonga recogió la cuerda, cerró la ventana y salió por el mismo camino que había entrado.

«Creo que nada más me queda por decir a ustedes. Había oído a un botero ponderar la rapidez de la lancha de Smith, la Aurora, y se me ocurrió que nos sería un medio adecuado para escapar.

Comprometí al viejo Smith, que se habría ganado una suma muy importante si nos hubiese llevado sanos y salvos al barco. Debió de comprender que había en todo ello algo sospechoso, pero nunca estuvo en nuestro secreto. Todo esto es la pura verdad, y si se la he contado, caballeros, no ha sido para divertirlos, porque la pasada que me han jugado no ha sido precisamente un favor, sino porque creo que mi mejor defensa consiste en no ocultar nada, dejando que el mundo sepa lo mal que se comportó conmigo el mayor Sholto y lo inocente que soy de la muerte de su hijo.»

-Es un relato extraordinario -dijo Sherlock Holmes-. Un apropiado cierre para un caso muy interesante. En la parte última de su relato no ha habido para mí nada nuevo, fuera de que trajo usted la cuerda de que se sirvió. Eso lo ignoraba. A propósito, yo calculé que Tonga había perdido toda su provisión de dardos; sin embargo nos dispararon uno desde la lancha.

-Los había perdido todos señor, menos el que tenía en la cerbatana. -¡Naturalmente! No había caído en ello -dijo Holmes. -~Desean ustedes preguntarme alguna otra cosa? -preguntó el presidiario con afabilidad.

-Creo que no; gracias -contestó mi compañero.

-Bien, Holmes -intervino Athelney Jones-; es usted una persona a quien hay que rendir tributo, y todos sabemos que es un connoisseur del crimen; pero la obligación es la obligación, y ya me he excedido bastante con hacer lo que usted y su amigo me pidieron. Me sentiré más cómodo cuando tenga a nuestro narrador bajo llave y candado. El coche aún sigue esperando, y en la planta baja hay dos inspectores. Les quedo muy reconocido a los dos por la ayuda que me han prestado. Como es natural, tendrán que hacer acto de presencia ante el tribunal. Buenas noches.

-Buenas noches, caballeros -dijo Jonathan Small.

-Usted adelante, Small -dijo el precavido Jones al salir de la habitación-. Sea o no cierto lo que hizo al caballero de las Adamán, yo pondré cuidado especial dei que no me aporree usted con su pata de palo.

-Bueno, y con esto acaba nuestro pequeño drama -dije yo, cuando llevábamos un rato sentados y fumando en silencio-. Me temo que sea esta la última investigación en que tendré la ocasión de estudiar sus métodos, Holmes. La señorita Morstan me ha hecho el honor de aceptarme como futuro esposo.

Holmes dejó escapar un melancólico suspiro y rió:

-También yo me lo temía. La verdad, no puedo felicitarle.

Me sentí un poco ofendido y le pregunté: -¿Existe algún motivo para que se sienta usted molesto por mi elección?

-De ninguna manera. Creo que es una de las jóvenes más encantadoras que he conocido, y ha sido más útil en esta tarea de lo que podíamos esperar. Cuenta con verdadero talento, como lo demuestra el que entre todos los papeles que tenía su padre guardase precisamente el plano de Agra. Pero el amor es un

estado emotivo, y todo lo emocional resulta opuesto al razonar frío y sereno, que yo coloco por encima de todas las cosas. No me casaré jamás, por temor a perder el juicio.

-Bien -le dije, echándome a reír-; confío en que mi juicio saldrá con bien de la prueba. Pero tiene usted cara de fatiga.

-Sí; la reacción se deja ya sentir en mí. Durante una semana voy a estar tirado como un trapo.

-Es sorprendente -le dije- cómo alternan en usted, con los accesos de magnífica energía y fortaleza, los paréntesis que yo calificaría de pereza en otra persona.

-Sí -me contestó-; llevo dentro de mí elementos para ser un grandioso vago, y también los que entran en la formación de un hombre de actividad extraordinaria. Muchas veces me acuerdo de estas líneas del viejo Goethe:

"Schade dass die Natur nur einem Mensch aus dir schuf Denn zum würdigen Mann war und zum Schelmen der Stoff" (9)

(9) ¡Lástima que la Naturaleza hiciera de ti tan sólo un hombre, pues tienes madera para haber sacado una persona honrada y un bribón!

A propósito de este asunto de Norwood, dicho sea de paso, ya ha visto usted cómo tenían, según mi suposición, un socio dentro de la casa, y éste no puede ser otro que Lal Rao, el despensero.Jones no tendrá necesidad de compartir con nadie el honor de haber pescado un pez en su gran redada.

-El reparto me parece muy poco justo -dije yo-. Usted lo ha hecho todo en este asunto. Yo me llevo una esposa. Jones se lleva la fama. ¿Quiere decirme con qué se queda usted?

-Para mí -contestó Sherlock Holmes- aún queda el frasco de cocaína.

Y extendió en su busca, su larga y blanca mano.

FIN